

CRIMEN & CIA.

***Ruth
Rendell***

***ETERNA
DESPEDIDA***



se

La señora Hathall bajó las escaleras tranquilamente y le comunicó a su hijo: «Ha habido un accidente, tu mujer ha muerto». La señora Hathall, que ya se había enfrentado a una muerte en varias ocasiones, no dio gritos de espanto...

El inspector jefe Wexford, encargado del caso, no podía dar con motivo alguno para esta extraña muerte. Quizá la pobre mujer había sorprendido a un ladrón y éste la había asesinado brutalmente; era una posibilidad, pero en la mente del veterano policía existía aún una duda...



Ruth Rendell

Eterna despedida

Inspector Wexford - 9

Crimen & Cia. - 41

ePub r1.7

Titivilius 24.03.2018

Título original: *Shake Hands for Ever*

Ruth Rendell, 1975

Traducción: Celia Filipetto

Ilustraciones: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



Para mis tías, Jenny Waldorff,
Laura Winfield, Margot Richards y
Phyllis Ridgway, con todo mi afecto

LA MUJER QUE ESPERABA debajo del indicador de salidas de la estación Victoria tenía el cuerpo rectangular, plano, y la cara también rectangular, dura como el hierro. Un sombrero de fieltro arrugado, color cervato, le encasquetaba la cabeza a modo de cáscara de nuez; llevaba las manos enguantadas de algodón color antílope, y a sus pies descansaba la maleta de cuero marrón, duradera pero no muy gastada, que cuarenta y cinco años antes había usado en su luna de miel. Sus ojos escrutaban a los apresurados viajeros, mientras la boca se le iba tensando cada vez más hasta que los labios se le afinaron en una delgadísima línea.

Esperaba a su hijo. Llevaba un minuto de retraso y aquella impuntualidad comenzaba a proporcionarle una radiante satisfacción. Apenas fue consciente de ese placer y, si la hubieran acusado de él, lo habría negado, del mismo modo que habría negado el deleite que le producían todos los fallos y descarriamientos ajenos. Pero estaba presente como una sensación no definida de bienestar, destinada a desaparecer casi con la misma rapidez con que había nacido para ser reemplazada, ante la llegada repentina y precipitada de Robert, por su acostumbrado malhumor. Había llegado puntual y cualquier comentario sobre su tardanza hubiera resultado absurdo, por lo que se contentó con ofrecer la mejilla correosa a los labios de su hijo y decirle:

—Ah, ya has llegado.

—¿Has sacado el billete? —inquirió Robert Hathall.

No lo había hecho. Sabía que en los últimos tres años de su segundo matrimonio, su hijo había ido bastante escaso de dinero, pero la culpa era de él. Si se pagaba el billete, no haría más que fomentarle la dejadez.

—Será mejor que vayas a comprarlos —le sugirió—, a menos que quieras que perdamos el tren —y se aferró con más fuerza al bolso cerrado.

Robert tardó un buen rato en la taquilla. La mujer notó que el tren de Eastbourne, con paradas en Toxborough, Myringham y Kingsmarkham, salía a las seis y doce minutos, y ya eran las seis y cinco. Por su mente no llegó a cruzársele la idea premeditada e inexorable de que habría estado bien perder el tren, como tampoco se le había ocurrido que habría sido bueno encontrar a su nuera llorosa, con la casa mugrienta y sin la comida preparada, pero una vez más comenzaron a germinar en ella las semillas de un grato resentimiento. Había esperado la llegada de aquel fin de semana con una profunda satisfacción, segura de que sería un fracaso. Nada le hubiera agradado más que comenzara a fracasar llegando los dos tarde, sin tener ella la culpa, y que la tardanza provocara una discusión entre Robert y Angela. Pero todo esto ardía de forma latente, silenciosa, no analizada, sirviéndole de fondo a la certeza de que Robert volvía a liar las cosas.

No obstante, tomaron el tren. Iba atestado y ambos tuvieron que viajar de pie. La señora Hathall no se quejó en ningún momento. Hubiera preferido desmayarse antes de esgrimir su edad y sus varices como motivos por los cuales este o aquel hombre deberían haberle ofrecido el asiento. La controlaba el estoicismo. En cambio, plantó su cuerpo macizo, que envuelto en el rígido abrigo color cervato, tenía todo el aspecto de un armario, de tal manera que impidió que el pasajero que viajaba en el asiento del lado de la ventanilla pudiera mover las piernas o leer el periódico. Sólo tenía una cosa que decirle a Robert, y podía esperar hasta que hubiera

menos oyentes, y le resultaba difícil suponer que él tuviera nada que decirle. ¿Después de todo, acaso los últimos dos meses no habían pasado juntos las noches de los días laborables? Pero la gente, reflexionó no sin cierta perplejidad, tendía a la charla incluso cuando nada tenía que decirse. Hasta su propio hijo pecaba de esto. Lo escuchaba con aire severo, mientras Robert le hablaba de la belleza del paisaje y de las comodidades de Bury Cottage, y de cuánto deseaba Angela verla. Al oír esto último, la señora Hathall se permitió lanzar una especie de bufido, un gruñido bisilábico producido en alguna parte de la glotis que podía interpretarse como una carcajada. Sus labios no se movieron. La mujer reflexionaba sobre la única vez que había visto a su nuera, en aquel cuarto de Earls Court, cuando Angela había cometido el desatino de calificar a Eileen de zorra codiciosa. Mucho tendría que hacerse, realizarse muchas reparaciones antes de que pudiera olvidar esa indiscreción. La señora Hathall recordó cómo había abandonado aquel cuarto y bajado las escaleras, firmemente decidida a que nunca, bajo ninguna circunstancia, volvería a ver a Angela. El hecho de que ahora fuese a Kingsmarkham era una prueba de su tolerancia.

El pasajero sentado junto a la ventanilla, que ya tenía las piernas entumecidas, se bajó del tren en Myringham con paso vacilante y la señora Hathall ocupó su asiento. Notó que Robert se ponía nervioso. No le sorprendió en absoluto. Él sabía muy bien que la tal Angela no podía competir con Eileen como cocinera y ama de casa, y el hombre se estaría preguntando cuán por debajo del nivel de su primera esposa quedaría la segunda. El comentario que hizo a continuación, confirmó las sospechas de la señora Hathall de que eso era lo que perturbaba a su hijo.

—Angela se pasó la semana limpiando la casa para tenerla presentable a tu llegada.

La señora Hathall se escandalizó de que alguien realizara semejante comentario en voz alta, en un vagón atestado de gente. Le hubiera gustado decirle, en primer lugar, que debía bajar la voz y, en segundo lugar, que cualquier mujer decente mantenía limpia su

casa en todo momento. Pero se conformó con un: «Estoy segura de que no hacía falta que se molestara por mí», y con tono represivo comentó que ya era hora de que le bajara la maleta.

—Todavía faltan cinco minutos —observó Robert.

Por toda respuesta, la señora Hathall se levantó pesadamente y se esforzó por bajar la maleta. Robert y otro hombre acudieron en su ayuda y la maleta estuvo a punto de ir a parar sobre la cabeza de una muchacha con un niño en brazos; cuando el tren se detuvo en Kingsmarkham, todos perdieron el equilibrio y se vieron obligados a agarrarse entre sí, produciendo un pequeño tumulto.

Una vez en el andén, la señora Hathall le reprochó a Robert:

—Nos podríamos haber evitado todo eso si hubieras hecho lo que se te pedía. Siempre has sido un testarudo.

No comprendía por qué no se desquitaba y se peleaba con ella. Debía de sentirse más tenso de lo que había pensado. Para azuzarlo un poco más, le dijo:

—Imagino que tomaremos un taxi, ¿no?

—Angela vendrá a recogernos en el coche.

Entonces no tendría mucho tiempo para decirle lo que debía. Empujó la maleta hacia él y se sujetó de su brazo como si fuera su dueña. No lo hacía porque necesitara el apoyo o la seguridad de su hijo, sino porque le parecía esencial que aquella nuera —¡qué mortificante y deshonesto tener dos nueras!— en su primer atisbo de los dos, los viera consolidados y del brazo.

—Eileen vino a verme esta mañana —le dijo la señora Hathall a su hijo cuando entregaron los billetes a la salida de la estación.

Robert se encogió de hombros con aire ausente y le comentó:

—Me pregunto por qué no os habéis ido a vivir juntas.

—Eso te facilitaría las cosas. No tendrías que pasarle la pensión por alimentos. —La señora Hathall se aferró del brazo de su hijo con más fuerza cuando éste intentó apartarlo—. Me ha dado recuerdos para ti y me ha pedido que te preguntara por qué no vas a verla una tarde, cuando estés en Londres.

—Estás de guasa —dijo Robert Hathall, pero lo hizo con un tono vago, sin mucho rencor. Escrutó el aparcamiento de coches.

Continuando con su tema, la señora Hathall comenzó a decir:

—Es una verdadera vergüenza... —Y se interrumpió en mitad de la frase. Acababa de caer en la cuenta de algo maravilloso. Conocía el coche de Robert, lo reconocería en cualquier parte, porque lo tenía desde hacía años, precisamente debido a los aprietos en los que lo habían metido las mujeres. Ella también dejó que sus ojos de lince se pasearan por el cuadrilátero de asfalto, y después, con tono satisfecho, dijo:

—No da la impresión de que se haya matado para venir a: recibírnos.

—El tren llegó unos minutos antes —observó Robert, que parecía turbado.

—Llegó tres minutos tarde —rectificó su madre y suspiró feliz. Eileen estaría en la estación, esperándoles, dispuesta a dar un beso a su suegra y anunciarles de que en casa les esperaba un buen té. Y su nieta también... dijo para sí la señora Hathall, aunque en voz lo bastante alta como para que la oyeran—: Pobrecita mi Rosemary.

Resultaba muy impropio de Robert —que se parecía mucho a su madre— tomarse este tipo de afrentas sin hacer comentarios, pero nuevamente permaneció callado.

—No tiene importancia —dijo él—. Después de todo no es tan lejos.

—Puedo caminar —dijo la señora Hathall con el tono estoico de quien sabe que le esperan peores pruebas y que la primera y más sencilla debe soportarse con valentía—. Ya estoy acostumbrada.

La caminata los condujo al acceso de la estación y a Station Road, cruzaron Kingsmarkham High Street y recorrieron el Stowerton Road. Era una bonita tarde de septiembre, el aire estaba radiante con la luz del crepúsculo, los árboles cargados de un pesado follaje, los jardines brillaban con las últimas y más hermosas flores del verano. Pero la señora Hathall que, como el enamorado de la balada podría haber dicho: «¿Qué me importan a mí las

bellezas de la naturaleza?», no reparó en nada. Su aire esperanzado había dado paso a la certidumbre. La depresión de Robert sólo podía significar una cosa. Que la esposa de su hijo, esa ladrona, esa destroza matrimonios felices, iba a defraudar a su esposo y que él lo sabía.

Giraron por Wool Lane, un camino estrecho, sin asfaltar, sombreado por los árboles.

—Eso es lo que llamo yo una casa bonita —comentó la señora Hathall.

Robert echó un vistazo a la villa de entre guerras y repuso:

—Además de la nuestra, es la única de su tipo por esta zona. En ella vive una mujer que se apellida Lake. Es viuda.

—Lástima que no sea tuya —dijo su madre con profusión de implicaciones—. ¿Falta mucho todavía?

—Después de la próxima curva. No entiendo qué pudo ocurrirle a Angela. —Miró a su madre con inquietud—. Siento mucho todo esto, mamá. Lo siento de veras.

La asombró tanto el hecho de que su hijo se alejara de la tradición familiar hasta el punto de disculparse por nada, que fue incapaz de contestarle y permaneció callada hasta que divisaron la casita de campo. Un ligero desengaño echó a perder su satisfacción, porque aquélla era una casa vieja pero decente, de ladrillos pardos y un bonito tejado de pizarra.

—¿Es aquí?

Robert asintió y le abrió el portal. La señora Hathall notó que el jardín no estaba bien cuidado, que los parterres aparecían llenos de hierbas y que el césped tenía ya varios centímetros. Al pie de un árbol de aspecto descuidado, había un manto de ciruelas podridas.

—Ejem —dijo la señora Hathall; un sonido nada comprometido, característico en ella y que significaba que las cosas estaban resultando tal como se esperaba. Robert introdujo la llave en la cerradura y abrió de par en par la puerta principal.

—Pasa, mamá.

Estaba verdaderamente enfadado. No cabía duda. La señora Hathall conocía aquel modo que tenía su hijo de apretar los labios mientras se le contraía un pequeño músculo de la mejilla izquierda. Y notó la ronquera y el nerviosismo de su voz cuando gritó:

—¡Angela, ya estamos aquí!

La señora Hathall siguió a su hijo hasta la sala. Le costaba creer lo que veían sus ojos. ¿Dónde estaban las tazas sucias de té, las copas de ginebra llenas de huellas, la ropa tirada, las migas y el polvo? Se plantó cuan rectangular era sobre la alfombra inmaculada; lentamente, giró a su alrededor y, escrutadora, buscó telarañas en el techo, manchas en las ventanas, alguna colilla olvidada en los ceniceros. Un frío desagradable y extraño se apoderó de ella. Se sintió como la campeona que, segura de la victoria y de su propia superioridad, es derrotada por un aprendiz.

Robert regresó y le dijo:

—No tengo idea de dónde puede haber ido Angela. No está en el jardín. Iré al garaje y miraré si está el coche. ¿Te gustaría subir, mamá? Tu dormitorio es el grande del fondo.

Después de cerciorarse de que la mesa del comedor no estaba puesta y de que no había señales de preparativos para la cena en la cocina inmaculada, donde los guantes de goma y los de quitar el polvo yacían junto al fregadero, la señora Hathall subió las escaleras. Pasó el dedo a lo largo del pasamanos del descansillo. Ni una marca; la madera parecía recién pintada. Su dormitorio estaba exquisitamente limpio, como el resto de la casa; la cama dejaba ver las sábanas rayadas como un caramelo; uno de los cajones de la cómoda, forrado de papel tisú, estaba abierto. Notó cada detalle, pero ni siquiera una vez, a medida que se sucedían las revelaciones, permitió que aquellas pruebas de las excelencias de Angela mitigaran su odio. Era una pena que su nuera se hubiera valido de esas armas, una pena y nada más. Sin duda, sus demás faltas, como el no estar presente para recibirla, superarían ampliamente aquella pequeña virtud.

La señora Hathall entró en el baño. Esmalte pulido, toallas limpias y esponjosas, jabón para los invitados... Crispó los labios con aire severo. No podían andar tan escasos de dinero como Robert sostenía. Se dijo que lo único que le fastidiaba era el engaño de su hijo, sin permitirse formular el pensamiento de que se enfrentaba a una segunda pérdida: la de no poder reprocharles su pobreza y el motivo de la misma. Se lavó las manos y salió al descansillo. La puerta del dormitorio principal estaba ligeramente entornada. La señora Hathall vaciló. Pero la tentación de echar un vistazo al interior y encontrar la cama sin hacer, quizás, o un revoltijo de escuálidos cosméticos, fue tan grande que no pudo resistirse. Entró en el dormitorio cautelosamente.

La cama no estaba revuelta sino prolijamente hecha. Sobre las mantas, boca abajo, yacía una muchacha, en apariencia completamente dormida. El pelo oscuro, un tanto desgredado le cubría los hombros, y tenía el brazo izquierdo estirado hacia afuera.

—¡Uf! —murmuró la señora Hathall; volvió a inundarla aquel placer genuino, cálido. La mujer de Robert estaba durmiendo, hasta era posible que estuviera borracha. No se había molestado en quitarse las zapatillas antes de desplomarse sobre la cama, y llevaba exactamente la misma ropa que aquel día, en Earls Court, y hasta era probable que siempre se vistiese así, con unos tejanos gastados y una camisa roja de cuadros. La señora Hathall pensó en los bonitos vestidos de Eileen y en su pelo corto, con permanente; pensó que sólo habría dormido de día si se hubiera encontrado en el umbral de la muerte; entonces, se dirigió a la cama, bajó la vista y frunció el ceño.

—¡Uf! —volvió a murmurar, pero esta vez fue un «uf» de amonestación, pensado para anunciar su presencia y obtener una respuesta inmediata y avergonzada.

No la obtuvo. La rabia genuina de quien se siente insoportablemente desairado se apoderó de la señora Hathall. Posó la mano en el hombro de su nuera, dispuesta a sacudirla. Pero no la sacudió. La carne de aquel cuello estaba fría como el hielo, y al

levantarle el velo de cabellos, notó una mejilla pálida, hinchada y azulada.

Cualquier mujer hubiera gritado. La señora Hathall no emitió sonido alguno. Su cuerpo se tornó un poco más rígido, con lo cual aumentó su parecido con un armario, se irguió y se llevó la mano grande y gruesa al corazón palpitante. En su larga vida, había visto muchas veces la muerte: la de sus padres, la de su marido, la de sus tíos, pero nunca había presenciado lo que la señal purpúrea de aquel cuello indicaba: una muerte violenta. No se le cruzó por la cabeza ninguna idea de triunfo, ni de temor. No sentía más que sobresalto. Atravesó pesadamente el dormitorio y comenzó a bajar.

Robert esperaba al pie de las escaleras. En ese momento amaba a su hijo en la medida en que era capaz de amar y, al acercársele y colocarle la mano sobre el brazo, se dirigió a él con un tono apagado, renuente, lo más parecido a la ternura que pudo lograr. Y utilizó las únicas palabras que conocía para transmitir este tipo de malas noticias.

—Ha habido un accidente. Será mejor que subas y lo veas por ti mismo. Es... es demasiado tarde para hacer nada. Procura tomarlo como un hombre.

Robert se quedó muy quieto. No dijo palabra.

—Ya no está, Robert, tu mujer ha muerto. —Repitió las palabras porque él no pareció comprenderlas—. Hijo mío, Angela ha muerto.

La invadió la incómoda y vaga sensación de que debería abrazar a Robert, decirle alguna palabra de aliento, pero hacía tiempo que había olvidado cómo hacerlo. Además, se había echado a temblar y el corazón le latía irregularmente. Robert no había palidecido ni se había sonrojado. Con paso seguro, dejó atrás a su madre y subió las escaleras. La señora Hathall se quedó allí, esperando impotente, pasmada, frotándose las manos y encogiendo los hombros. Entonces, desde lo alto de las escaleras, con voz ronca pero tranquila, su hijo le ordenó:

—Llama a la policía, mamá, y cuéntales lo que ha ocurrido.

Se alegró de tener algo que hacer; encontró el teléfono sobre una mesita, debajo de una estantería, y marcó el número nueve.

ERA UN HOMBRE ALTO, poco pesado por su corpulencia. No tenía el aspecto muy saludable: el vientre le colgaba y tenía la piel roja y moteada. Aunque todavía negro, el pelo seco comenzaba a ralearle, y sus facciones eran temerarias y adustas. Estaba sentado en una butaca, repantigado como si después de recibir una herida lo hubiesen arrojado allí. Su madre, por el contrario, estaba sentada bien erguida, con las piernas sólidas firmemente unidas, las manos, con las palmas hacia abajo, posadas sobre el regazo, los duros ojos fijos en su hijo, con un aire más de severidad que conmiseración.

Al inspector jefe Wexford le vinieron a la mente aquellas madres espartanas que preferían ver a sus hijos regresar a casa muertos, tendidos sobre sus escudos, que saber que habían sido capturados. No se habría sorprendido de oír a aquella mujer decirle a su hijo que se dominara, pero todavía no había dicho palabra, ni le había dado a él ni al subinspector Burden ninguna señal, sólo una brusca inclinación de cabeza al abrirles la puerta. Al inspector jefe, aquella mujer le recordaba las antiguas carceleras, o las dueñas de asilos.

Desde arriba les llegó el rumor de las pisadas de otros policías, que iban de un lado a otro. El cuerpo de la mujer había sido fotografiado donde yacía, había sido identificado por el viudo y trasladado a la morgue. Pero los hombres todavía tenían mucho trabajo por delante. Examinaban la casa en busca de huellas, del

arma, de alguna pista que permitiera descubrir cómo había encontrado la muerte aquella muchacha. Para tratarse de una casita de campo era grande, con cinco cuartos de buen tamaño, además de la cocina y el baño. Habían llegado a eso de las ocho y ya era casi medianoche.

Wexford, de pie junto a una mesa sobre la que se encontraba el carnet de conducir de la difunta, su monedero y demás cosas de su bolso, examinaba su pasaporte. En él se la identificaba como súbdita británica, nacida en Melbourne, Australia, de treinta y dos años de edad, ocupación ama de casa, cabello castaño oscuro, ojos grises, un metro setenta y dos de altura, ninguna señal o marca distintiva. Angela Margaret Hathall. El pasaporte tenía tres años y jamás había sido utilizado para pasar por ninguna frontera. El parecido entre la difunta y quien figuraba en la foto era el mismo que suele haber normalmente entre este tipo de retratos y quien posa para ellos.

—Señor Hathall, ¿durante la semana su esposa vivía aquí sola?
—inquirió, apartándose de la mesa para sentarse.

Hathall asintió con la cabeza. Contestó en voz baja, algo más que un murmullo:

—Trabajaba en Toxborough. Cuando conseguí otro empleo en Londres, no podía ir y volver cada día. Eso fue en julio. Los días laborables vivo con mi madre y regreso a casa los fines de semana.

—Usted y su madre llegaron aquí a las siete y media, ¿no es así?

—A las siete y veinte —rectificó la señora Hathall, abriendo la boca por primera vez. Tenía una voz áspera, metálica. Tras el acento del sur de Londres se le notaba el deje de sus orígenes nortños.

—¿Entonces no ve a su esposa desde... cuándo? ¿El domingo pasado? ¿El lunes?

—El domingo por la noche —repuso Hathall—. El domingo por la noche fui a casa de mi madre en tren. Mi... Angela me llevó en coche a la estación. Le... le telefoneaba todos los días. Hoy mismo

he hablado con ella. A mediodía. Se encontraba bien. —Lanzó un sonido entrecortado, algo así como un sollozo, y su cuerpo se inclinó hacia adelante—. ¿Quién... quién pudo haberlo hecho? ¿Quién podía querer matar a... *Angela*?

Aquellas palabras tenían un timbre teatral, un sonido falso, como si las hubiera aprendido en algún programa de televisión, o alguna telenovela de misterio, plagada de frases trilladas. Pero Wexford sabía que a veces el dolor sólo puede expresarse mediante lugares comunes. Somos originales en nuestros momentos de felicidad. La pena tiene una sola voz, un solo grito.

Contestó la pregunta con palabras igualmente trilladas.

—Es lo que debemos averiguar, señor Hathall. ¿Estuvo usted trabajando todo el día?

—En Marcus Flower, Consultores de Relaciones Públicas, Half Moon Street. Soy contable. —Hathall se aclaró la garganta—. Ellos le confirmarán que estuve trabajando todo el día.

Wexford no llegó a levantar las cejas. Se acarició la barbilla y en silencio miró al hombre. La cara de Burden no reveló nada, pero pudo adivinar que el subinspector pensaba lo mismo que él. Durante ese silencio, Hathall, que había realizado el último comentario casi con entusiasmo, lanzó un sollozo más sonoro y se cubrió la cara con las manos.

Rígida como la piedra, la señora Hathall le dijo:

—No te vengas abajo, hijo. Afróntalo como un hombre.

Pero debo sentirlo como un hombre... Cuando la frase de *Macbeth* le acudió a la mente, Wexford se preguntó fugazmente por qué él también sentía tan poca lástima de Hathall, por qué no estaba conmovido. ¿Acaso se estaba volviendo tal y como había jurado no ser jamás? ¿Se habría vuelto por fin duro e indiferente? ¿O de verdad había algo falso en el comportamiento de aquel hombre que le restaba credibilidad a aquellos sollozos y a aquel abandonarse al dolor? Posiblemente estuviera cansado y encontrara explicaciones donde no las había; tal vez la mujer había recogido en el coche a un

extraño y éste la había matado. Esperó a que Hathall apartara las manos y levantara la cara.

—¿Le falta el coche, verdad?

—Cuando llegué a casa, no estaba en el garaje. —Las mejillas duras y enjutas estaban secas. ¿Sería capaz el hijo de aquella mujer con cara de piedra de arrancar lágrimas a sus ojos?

—Quiero una descripción de su coche y la matrícula. El sargento Martin le pedirá los detalles dentro de un momento. —Wexford se puso de pie—. Creo que el doctor le ha dado un sedante. Le sugiero que se lo tome e intente dormir. Por la mañana, me gustaría volver a hablar con usted; por hoy basta.

Al marcharse, la señora Hathall les cerró la puerta con el mismo talante de quien replica airadamente: «Hoy no, gracias» a un par de buhoneros. Durante unos instantes Hathall permaneció en el sendero, examinando la casa. La luz proveniente de las ventanas del dormitorio le dejaron ver las dos extensiones de césped, que llevaba meses sin cortar, y un ciruelo desnudo. El sendero estaba pavimentado, pero el camino que se extendía entre la pared de la casa y el cerco de la derecha era una tira de cemento.

—¿Dónde está el garaje?

—Debe de estar en la parte de atrás —repuso Burden.

Siguieron el caminito hasta la parte trasera de la casa de campo. Los condujo hasta una choza de fibrocemento con un tejado de fieltro de amianto, construcción que no se veía desde la calle.

—Si salió a dar un paseo —comentó Wexford—, y regresó acompañada, lo más probable es que hayan metido el coche en el garaje sin que nadie los viese. Y de allí entrarían en la casa por la puerta de la cocina. Tendremos suerte si llegamos a encontrar a alguien que los haya visto.

En silencio observaron los campos vacíos, bañados por la luna, que ascendían hacia las colinas arboladas. En la distancia, aquí y allá, titilaba una que otra luz. Al regresar andando el camino, notaron lo aislada que estaba la casa, y lo apartado de aquella callejuela. Por las noches, sus elevados laterales coronados por

voluminosos y altos árboles la convertían en un túnel negro, y durante el día en un corredor boscoso poco frecuentado.

—La casa más próxima —comentó Wexford—, es la que hay junto a Stowerton Road, y la otra es Wool Farm. Están a casi un kilómetro en esa dirección —añadió señalando hacia el túnel arbolado y luego se dirigió a su coche—. Ya podemos empezar a despedirnos del fin de semana. Te veré mañana, a primera hora.

La casa del inspector jefe se encontraba al norte de Kingsmarkham, en el extremo opuesto del arroyo Kingsbrook. Todavía había luz en el dormitorio, y al entrar encontró a su esposa despierta. Dora Wexford era demasiado sosegada y sensata como para esperar levantada a su esposo, pero había estado haciéndole de canguro a su hija mayor y acababa de regresar. La encontró sentada en la cama leyendo, con un vaso de leche caliente en la mesita de noche y, aunque llevaba sin verla apenas cuatro horas, se le acercó y la besó. El beso fue más efusivo que de costumbre, porque por más feliz que fuera su matrimonio, por más satisfecho que estuviera con su suerte, a veces era preciso que el desastre exterior le demostrase sin lugar a dudas lo afortunado que era y cuánto valoraba a su mujer. Había muerto la esposa de otro hombre, había muerto vilmente... Dejó de lado los remilgos, la sensibilidad propia de la madrugada y, comenzando a desvestirse, le pregunto a Dora qué sabía acerca de los ocupantes de Bury Cottage.

—¿Dónde queda Bury Cottage?

—En Wool Lane. Donde vive un tal Hathall. Esta tarde estrangularon a su esposa.

Los treinta años que llevaba casada con un policía no habían adormecido la sensibilidad de Dora Wexford, ni habían empeorado su lenguaje, tampoco le habían restado ternura, pero como era natural, ya no lograba reaccionar ante tales noticias con el horror de la mujer corriente.

—Santo cielo —dijo y en tono convencional agregó—: ¡Qué horror! ¿Será un caso sencillo?

—Todavía no lo sé. —Como de costumbre, la voz sencilla y suave de su mujer lo calmó—. ¿Alguna vez has visto a esta gente?

—La única persona que he visto en Wool Lane es una tal señora Lake. Vino al Instituto de la Mujer en un par de ocasiones, pero creo que estaba demasiado ocupada en otras cosas como para dedicarle tiempo a esos temas. Ya sabes, es de las que cae muy bien a los hombres.

—¿No me irás a decir que el Instituto de la Mujer rechazó su solicitud de afiliación? —inquirió Wexford haciéndose el horrorizado.

—No seas tonto, cariño. No somos tan estrechas de miras. Al fin y al cabo, es viuda. No entiendo por qué no ha vuelto a casarse.

—Quizá se parezca a Jorge II.

—Ni por asomo. Es muy guapa. ¿A qué te refieres?

—En el lecho de muerte de su esposa, Jorge II le prometió que no volvería a casarse, que sólo tendría amantes. —Mientras Dora reía entrecortadamente, Wexford analizó su silueta ante el espejo, entrando los músculos del estómago. En el último año había perdido casi veinte kilos, gracias al régimen, a la gimnasia y al terror que le había inspirado su médico, y, por primera vez en diez años, podía ver su propio reflejo con satisfacción, aunque no con verdadera delicia. Sentía que había merecido la pena. La agonía de pasarse sin todo aquello que le gustaba comer y beber había merecido el esfuerzo. *Il faut souffrir pour être beau*. Si sólo existiera alguna cosa de la que se pudiera prescindir, algún juego extenuante que se pudiera jugar, para remediar de algún modo la caída del cabello...

—Ven a la cama —le dijo Dora—. Si no dejas de acicalarte, creeré que vas a buscarte amantes. Y eso que todavía no me he muerto.

Wexford sonrió y se metió en la cama. Muy al principio de su carrera, había aprendido a no pensar en el trabajo por las noches, y lo cierto era que éste pocas veces lo había mantenido despierto o había turbado sus sueños. Pero al apagar la lámpara y arrimarse a Dora —cuánto más fácil y placentero le resultaba ahora que estaba delgado— se permitió reflexionar unos minutos sobre los hechos de

aquella noche. Quizá resultara un caso sencillo, era posible. Angela Hathall había sido una mujer joven, probablemente de buen ver. No tenía hijos y, aunque orgullosa de su casa, durante aquellos días y aquellas noches solitarias debió de encontrarse con un montón de tiempo pesándole entre las manos. No era nada extraño que hubiera recogido a algún hombre para llevarlo de regreso a Bury Cottage. Wexford sabía que no era preciso que una mujer estuviese desesperada, que fuese una ninfómana o se hallara en la vía de la prostitución para hacer algo semejante. Incluso no era preciso que tuviera en mente ser infiel. Porque la actitud de la mujer frente al sexo, por más que digan las nuevas tendencias, no es igual que la del hombre. Y aunque es generalmente cierto que un hombre que recoge a una desconocida sólo busca «una cosa» y, en términos generales, ella lo sabe, la mujer se aferrará a la generosa creencia de que sólo busca conversación y, quizá, algún beso. ¿Acaso Angela Hathall habría creído lo mismo? ¿Habría recogido a un hombre en su coche, un hombre que quería más que eso y que la había estrangulado porque no pudo conseguirlo? ¿La habría matado para dejarla tendida sobre la cama y huir después en el coche de ella?

Era posible. Wexford decidió que trabajaría sobre esas bases. Pensando luego en temas más gratos, en sus nietos, en sus recientes vacaciones, no tardó en dormirse.

—NO ME CABE LA MENOR DUDA, señor Hathall —dijo Wexford—, de que tiene usted sus propias ideas sobre cómo ha de conducirse este tipo de investigaciones. Es probable que mis métodos le parezcan poco ortodoxos, pero son mis métodos y puedo asegurarle que me han dado resultados. No puedo llevar a cabo mi investigación basándome exclusivamente en pruebas circunstanciales. Necesito saber todo lo que pueda averiguar sobre los implicados, de modo que si contesta mis preguntas de un modo sencillo y realista, podremos avanzar mucho más deprisa. Le aseguro que las formularé con el único y exclusivo fin de descubrir quién mató a su esposa. Si se ofende usted, no haremos más que demorar la solución del caso. Si insiste en que ciertos asuntos pertenecen únicamente a su vida privada y rehúsa a revelármelos, es posible que perdamos un tiempo valiosísimo. ¿Lo ha comprendido? ¿Cooperará?

La perorata había sido ocasionada por la reacción de Hathall a la primera pregunta que Wexford le formulara a las nueve de la mañana del sábado. Simplemente le había solicitado que le informara si Angela tenía por costumbre recoger a desconocidos en su coche, pero Hathall, al parecer refrescado por la noche de sueño inducido por los somníferos, había reaccionado con un malhumorado estallido.

—¿Qué derecho tiene usted a poner en duda la moralidad de mi esposa?

Wexford le había contestado calmadamente:

—La gran mayoría de las personas que se ofrecen a llevar a autoestopistas no tienen en mente otra cosa que el ser serviciales —y después, cuando Hathall siguió mirándolo con sus amargos ojos irascibles, ya le había soltado el sermón.

El viudo hizo un gesto de impaciencia, se encogió de hombros, tendió las manos y dijo:

—En un caso como éste, hubiera esperado que trabajasen con las huellas digitales y... en fin, ese tipo de cosas. Quiero decir que está claro que entró algún hombre y... tuvo que dejar huellas. He leído sobre cómo suelen conducirse este tipo de asuntos. Se trata de sacar conclusiones a partir de pelos, pisadas y... en fin, de las huellas.

—Acabo de decirle que no me cabe la menor duda de que tiene usted sus propias ideas sobre cómo ha de conducirse una investigación. Dentro de mis métodos están los que ha mencionado. Anoche vio usted con sus propios ojos que registramos la casa a fondo pero no somos magos, señor Hathall. No podemos encontrar una huella o un cabello a medianoche y decirle a quién pertenece nueve horas después.

—¿Cuándo lo sabrá?

—No puedo decírselo. Sin duda, en el curso del día tendré elementos para saber si ayer entró algún extraño en Bury Cottage.

—¿Cómo que un *extraño*? Por supuesto que fue un extraño. Eso se lo podía decir yo mismo ayer a las ocho de la noche. Fue un asesino patológico el que entró aquí, me atrevería a agregar que por la fuerza y... y después me robó el coche. ¿Han encontrado mi coche?

Con tono frío y tranquilo Wexford le contestó:

—No lo sé, señor Hathall. No soy Dios, y tampoco soy clarividente. Todavía no he tenido tiempo de ponerme en contacto con mis colaboradores. Si contesta usted a la pregunta que le he

formulado, lo dejaré solo durante un momento y me iré a hablar con su madre.

—Mi madre no sabe nada. Jamás había pisado esta casa hasta ayer por la noche.

—Mi pregunta, señor Hathall.

—No, no tenía por costumbre recoger a autoestopistas —gritó Hathall con el rostro crispado y enrojecido—. Era tan tímida y nerviosa que ni siquiera logró hacer amistad con los vecinos. Yo era la única persona en la que podía confiar, y no me extraña, después de lo que pasó. El hombre que entró aquí lo sabía, sabía que estaba siempre sola. Si quiere trabajar sobre este aspecto, hágalo. Ésa es mi vida privada, como la llama usted. Apenas llevaba tres años de casado y adoraba a mi esposa. Pero la dejaba sola toda la semana, porque era incapaz de aguantar el viaje de ida y vuelta a Londres, y mire cómo acabó todo. Tenía un miedo espantoso a quedarse sola. La convencí de que no sería por mucho tiempo y que aguantara... todo por mi propia comodidad. Y lo cierto es que no fue por mucho tiempo, ¿verdad?

Apoyó el brazo en el respaldo de la silla, sepultó en él la cara, y se echó a temblar. Wexford lo observó pensativo pero no dijo nada más. Se dirigió a la cocina donde encontró a la señora Hathall ante el fregadero, lavando los platos del desayuno. Sobre la encimera había un par de guantes de goma, pero estaban secos y la señora Hathall hundía sus manos desnudas en el agua jabonosa. Wexford llegó a la conclusión de que se trataba del tipo de mujer que asume una postura masoquista en relación con las tareas de la casa, y que prefería usar la escoba en lugar de una aspiradora, y seguramente afirmaba que las lavadoras no dejaban la ropa limpia. Le extrañó que en lugar de delantal llevara una toallita de cuadros anudada a la cintura. Estaba claro que no iba a traerse un delantal para la visita del fin de semana, pero evidentemente cualquier mujer, tan orgullosa de su casa como lo había estado Angela, debía de tener varios. Sin embargo, no comentó nada, se limitó a decir buenos días

y le preguntó a la señora Hathall si le importaría contestar unas cuantas preguntas mientras trabajaba.

—Hum —repuso la señora Hathall. Se enjuagó las manos y se volvió despacio para secárselas en una toalla que colgaba de un escurridor—. No sirve de nada que me pregunte a mí. No sé en qué andaba ella cuando su marido no estaba en casa.

—Tengo entendido que su nuera era tímida y solitaria, que no se metía con nadie, como suele decirse. —El sonido que hizo la señora Hathall lo dejó fascinado. Era una mezcla de sofoco, con algo de gruñido y una pizca de estertor de muerte. Dedujo que en realidad se trataba de una carcajada—. ¿No le daba a usted esa impresión?

—Erótica —dijo la señora Hathall.

—¿Cómo ha dicho?

Lo miró con sorna y repuso:

—Nerviosa. Más bien histérica.

—Ya —dijo Wexford. El uso errado de aquella palabra le resultaba nuevo y lo saboreó—. ¿Y por qué sería así? ¿Por qué era... esto... neurótica?

—No sabría decírselo. Sólo la vi una vez.

Pero llevaban casados tres años...

—No lo comprendo, señora Hathall.

La mujer apartó la mirada de la cara de Wexford, y la paseó por la ventana, de la ventana pasó al fregadero y después tomó otro paño de cocina y se puso a secar los platos. La tabla sólida de su cuerpo, vuelto de espaldas a él, expresaba el mismo desaliento y la misma exclusión que una puerta cerrada. En silencio, secó las tazas, las copas, los platos y los cubiertos, enjuagó con abundante agua el escurridor, lo secó, colgó el paño con la concentración de quien lleva a cabo una tarea intrincada, aprendida con esfuerzo. Finalmente, se vio obligada a volverse otra vez y encararse a la paciente silueta de Wexford que esperaba sentada.

—Tengo las camas por hacer —dijo ella.

—Han asesinado a su nuera, señora Hathall.

—Lo sé mejor que nadie. Yo la encontré.

—Ya. ¿Cómo era exactamente?

—Ya se lo he dicho. Ya le he dicho todo. —Abrió el trastero de las escobas, sacó un cepillo, un plumero, utensilios superfluos, innecesarios en aquella casa sin mácula—. Usted no tendrá trabajo, pero yo sí.

—Señora Hathall —le dijo con tono suave—, ¿se da cuenta de que tendrá que presentarse en la encuesta? Es usted la testigo más importante. La interrogarán a fondo y entonces no podrá negarse a contestar. Comprendo que nunca antes ha estado usted en contacto con las autoridades, pero debo advertirle que existen penas muy serias para quien obstruye el trabajo de la policía.

Se quedó observándolo de mala gana, asustada a penas, y murmuró:

—Nunca debí haber venido. Dije que jamás iba a poner el pie en esta casa y debí mantener mi palabra.

—¿Por qué vino entonces?

—Porque mi hijo insistió. Quería que hiciésemos las paces. —Caminó pesadamente hasta situarse a un metro de Wexford y se detuvo. El inspector jefe recordó la ilustración de un libro de cuentos de uno de sus nietos, el dibujo de un armario con brazos, piernas y la cara enfurruñada—. Le diré una cosa —prosiguió la señora Hathall—, si la tal Angela era nerviosa, seguramente sería por culpa de la vergüenza. Estaba avergonzada de haber destrozado el matrimonio de mi hijo y de convertirlo en un hombre pobre. Y motivos no le faltaban para ello; arruinó la vida a tres personas. Pienso decirlo en su indagatoria. No me importará contárselo a quien sea.

—Dudo mucho que se lo pregunten —dijo Wexford—. Le he preguntado acerca de lo que pasó anoche.

La mujer levantó la cabeza de golpe. Con aire petulante repuso:

—Estoy segura de que no tengo nada que ocultar. Sólo pienso en él; ahora todo saldrá a relucir. Se suponía que anoche mi nuera debía ir a la estación para recibirnos. —Un «hum» cortó secamente la última palabra.

—Pero estaba muerta, señora Hathall.

Sin prestarle atención, la mujer prosiguió con tono rápido y escueto:

—Llegamos aquí, y él fue a buscarla. La llamó y la buscó abajo por todas partes, miró en el jardín y en el garaje.

—¿Y arriba?

—No subió. Me pidió que fuese arriba y que dejara mis cosas. Entré en el dormitorio de ellos y allí estaba. ¿Contento? Pregúntele a él y veremos si le dice algo diferente. —El aparador andante salió pesadamente de la cocina; las escaleras crujieron cuando subió por ellas.

Wexford regresó al cuarto donde estaba Hathall, no con sigilo, pero procuró no hacer demasiado ruido. Había estado en la cocina aproximadamente media hora, y era probable que Hathall creyera que ya se había marchado, porque se había recuperado a toda velocidad de su demostración de dolor, y se encontraba de pie, junto a la ventana, escudriñando atentamente la primera plana del periódico de la mañana. La expresión de su cara enjuta y rubicunda era intensa, de suma concentración, calculadora, y tenía las manos muy quietas. Wexford tosió con suavidad. Hathall no dio un respingo. Se dio la vuelta y una angustia que Wexford hubiera jurado genuina volvió a convulsionarle el rostro.

—No volveré a molestarlo ahora, señor Hathall. He estado pensando y considero que será mejor que volvamos a hablar en un entorno diferente. En estas circunstancias, éste no es el mejor para el tipo de conversación que debemos sostener. Por favor, ¿podría ir a la comisaría, a eso de las tres, y preguntar por mí?

Hathall asintió con la cabeza. Pareció aliviado.

—Lamento haber perdido los estribos.

—No tiene importancia. Es natural. Antes de ir a verme esta tarde, ¿quisiera echar un vistazo a las pertenencias de su esposa para comprobar si falta algo?

—Sí, de acuerdo. ¿Sus hombres no querrán volver a revisar la casa?

—No, ya han terminado.

En cuanto Wexford llegó a su despacho de la comisaría de Kingsmarkham, hojeó los periódicos de la mañana y encontró el que Hathall había estado examinando con tanto interés, el *Daily Telegraph*. Al pie de la primera plana, en las noticias de última hora, había un párrafo de unos tres centímetros que decía: «La señora Angela Hathall, 32 años, fue encontrada anoche sin vida, en su casa de Wool Lane, Kingsmarkham, Sussex. Fue estrangulada. La policía baraja la hipótesis de asesinato». Esto era lo que Hathall había mirado con tanta intensidad. Wexford reflexionó durante un momento. Si hubieran asesinado a su esposa, lo último que se le hubiera ocurrido hacer era leer la noticia en el periódico. Manifestó su reflexión en voz alta, cuando Burden entraba en la oficina, y agregó que no tenía sentido proyectar las propias sensaciones en los demás, porque no somos todos iguales.

—A veces —manifestó Burden un tanto apesadumbrado—, creo que si todos se parecieran a ti y a mí, el mundo sería mucho mejor.

—Eres un arrogante redomado. ¿Nos han enviado algo los de huellas digitales? Hathall es un fanático de las huellas. Es de esas personas que funcionan con el malentendido de que somos como sabuesos. Que nos muestran una huella o una pisada y de inmediato, ponemos nariz en tierra y seguimos el rastro sin parar hasta no derribar a nuestra presa dos horas más tarde.

Burden soltó la risotada. Metió un manojo de papeles debajo de la nariz del inspector jefe y le dijo:

—Está todo aquí. Le he echado un vistazo y hay algunos puntos interesantes, pero el zorro no aparecerá en dos horas, ni mucho menos. Quien lo haya hecho, está lejos, muy lejos, y ya puedes ir diciéndoselo al tío.

—Supongo que no habrá noticias del coche, ¿verdad? —inquirió Wexford con una sonrisa sarcástica.

—Lo más probable es que aparezca en Glasgow o en alguna otra parte, a mediados de la semana entrante. Martin estuvo en la empresa donde trabaja Hathall, Marcus Flower. Habló con su

secretaria. Se llama Linda Kipling y sostiene que Hathall estuvo ayer en el despacho durante todo el día. Los dos entraron alrededor de las diez... Santo Dios, ¿por qué no tendré yo esa suerte?... y sacando la hora y media que se tomó para comer, Hathall estuvo en la oficina hasta que se marchó a las cinco y media.

—El que te comentara que lo pesqué leyendo en el periódico lo del asesinato de su mujer, no significa que sostenga que haya sido él. —Wexford le dio unas palmaditas a la silla que había junto a la suya y añadió—: Venga, Mike, siéntate, y cuéntame qué pone ese mamotreto que acabas de traerme. Hazme un resumen. Luego me lo miraré yo.

El subinspector se sentó y se puso las gafas de reciente adquisición. Eran unas gafas elegantes, con una montura estrecha, de color negro, y le daban a Burden todo el aspecto de un abogado de éxito. Con su amplia colección de trajes de buena factura, su cabello rubio bien cortado y una figura que no necesitaba de regímenes para mantenerse en forma, nunca había tenido aspecto de detective —hecho que había jugado a su favor—. Su voz era formal y precisa, un poco más cohibida de lo normal, porque aún no se había habituado a las gafas, a las que aparentemente consideraba culpables de provocar un cambio generalizado en su aspecto, incluso en su personalidad.

—Lo primero que hay que destacar —comenzó a decir—, es que en la casa no había tantas huellas como era de esperar. Era una casa excepcionalmente ordenada, todo estaba muy limpio y lustrado. La señora Hathall debió de limpiarla muy a fondo, porque prácticamente no había huellas del marido. En la puerta principal encontramos una huella entera, y otras en otras puertas y los pasamanos, pero está claro que las hicieron después de que él regresara anoche. Había huellas de la madre de Hathall en la encimera de la cocina, los pasamanos, el dormitorio del fondo, en los grifos del baño y en la cisterna del inodoro, también en el teléfono, y por extraño que parezca, en la barandilla del descanso.

—No debería extrañarte —le dijo Wexford—. Es la típica vieja gruñona que pasaría el dedo por la barandilla para comprobar si su nuera le ha quitado el polvo. Y si no lo hubiera hecho, lo más probable es que escribiera «marrana» en el polvo, o algo igual de provocativo.

Burden se colocó mejor las gafas, las manchó con la punta del dedo y las frotó, impaciente, con el puño de la camisa.

—Las huellas de Angela estaban en la puerta trasera, la que comunica la cocina con el vestíbulo, la de su dormitorio y en varios frascos y potes de su tocador. Pero en ninguna parte más. Al parecer, usaba guantes para hacer el trabajo de la casa, y si se los quitaba para ir al lavabo, después lo limpiaba todo.

—Suenan exageradamente obsesivos. Pero supongo que hay mujeres así.

Burden, cuya expresión dejaba entrever que estaba más bien de acuerdo con esta clase de mujeres, dijo:

—Las únicas otras huellas que encontramos son las de un hombre y las de una mujer desconocidos. Las del hombre estaban en unos libros y en el interior del armario del dormitorio, que no era el de Angela. Y sólo hay una huella de la otra mujer. Se trata de una huella completa, de la mano derecha, se ve muy clara, tiene una pequeña cicatriz con forma de A en el índice, y la encontramos en el borde de la bañera.

—Hum —dijo Wexford, y como aquel sonido le recordó a la señora Hathall, lo convirtió en un «Ah». Hizo una pausa y se quedó pensativo. Luego añadió—: Supongo que esas huellas no estarán en los archivos, ¿verdad?

—Aún no lo sé. Dales tiempo.

—No debo ser como Hathall. ¿Hay algo más?

—Unos cabellos oscuros, largos y gruesos. Tres en total. Estaban en el suelo del baño. No son de Angela. Los suyos eran más finos. Y sólo los encontramos en el cepillo de su cómoda.

—¿Son de hombre o de mujer?

—Es imposible de precisar. Ya sabes que hoy en día hay tíos que llevan el pelo muy largo. —Burden se tocó su elegante corte de pelo y se quitó las gafas—. Hasta esta noche no conseguiremos ningún resultado del análisis *post mortem*.

—De acuerdo. Debemos encontrar ese coche y además, a alguien que la haya visto salir en él y, con un poco de suerte, a alguien que la haya visto a ella y a su autoestopista regresar en el coche... si es así como ocurrieron las cosas. Debemos encontrar a los amigos de Angela. Tenía que tener algún amigo.

Bajaron en el ascensor y atravesaron el vestíbulo con el suelo blanco y negro de damero. Mientras Burden se detenía a hablar con el sargento de guardia, Wexford se dirigió a las puertas giratorias que conducían a la escalinata y al patio. Una mujer subía por la escalinata, con el paso seguro de quien jamás ha conocido el rechazo. Wexford le mantuvo abierta la puerta de la derecha, y cuando la mujer se encontró cara a cara con él, se detuvo, y lo miró directamente a los ojos.

No era joven. No podía andar muy lejos de los cincuenta, pero quedó claro inmediatamente que era una de esas raras criaturas a las que el tiempo no logra marchitar, desgastar ni desvitalizar. Cada una de las finas arrugas de su rostro parecía la señal de la risa y la picardía, aunque había muy pocas alrededor de sus enormes y brillantes ojos azules, sorprendentemente jóvenes. Le sonrió con una sonrisa capaz de revolucionar el corazón de un hombre y le dijo:

—Buenos días. Me llamo Nancy Lake. Quiero ver a un policía, algún jefe, alguien muy importante. ¿Es usted importante?

—Me atrevería a decir que podré servirla —comentó Wexford.

Lo miró como ninguna mujer lo había hecho desde hacía veinte años. La sonrisa se tornó meditativa, las delicadas cejas se elevaron.

—Estoy segura que sí —le dijo y entró—. Y ahora hablemos en serio. He venido a decirle que creo que fui la última persona que vio a Angela Hathall con vida.

CUANDO UNA MUJER guapa envejece, el hombre reacciona normalmente pensando en lo bonita que debió de haber sido. No era éste el efecto producido por Nancy Lake. En ella había algo de inmediato. Al verla no se pensaba en su juventud y en su futura vejez, como no se piensa en la primavera o en las Navidades cuando se disfruta de los últimos días del verano. Aquella mujer pertenecía a la estación en la que se encontraban, una mujer de época de cosecha, que hacía recordar las fiestas de la uva, la fruta madura y las largas noches cálidas. Wexford hizo estas reflexiones mucho después. Mientras la conducía a su despacho, sólo tuvo conciencia de lo extremadamente agradable de aquella distracción en medio de tanto asesinato, los testigos recalcitrantes, las huellas, los coches perdidos. Además, era exactamente una distracción. Feliz del hombre que puede combinar el placer con el deber...

—Qué bonito despacho —dijo la señora Lake. Tenía una voz gruesa, dulce y chispeante—. Creí que las comisarías de policía eran oscuras y sucias, con las paredes llenas de fotos de enormes brutos buscados por atracar bancos. —Observó con cálida aprobación la alfombra, las sillas amarillas, el escritorio de palo de rosa—. Es precioso. Y qué bonita vista, con todos esos bonitos tejados. ¿Puedo sentarme?

Wexford ya estaba apartándole la silla. Recordó lo que Dora le había dicho de aquella mujer, que era de las que caía bien a los hombres, y a esa observación añadió algo de cosecha propia: a ella le gustaban los hombres. Era morena. Tenía abundante cabellera castaña, probablemente teñida. Pero su piel conservaba un fulgor rosado y ambarino, la textura del melocotón, y una luz delicada parecía brillar por debajo de su superficie, como suele ocurrir en los rostros de las muchachas o de los niños, pero que rara vez se conserva hasta la edad madura. Sus labios rojos parecían siempre dispuestos a la sonrisa. Era como si conociese algún delicioso secreto y estuviera a punto de divulgarlo, sin llegar a hacerlo nunca. En opinión de Wexford, su vestido era exactamente como debía ser el vestido de una mujer: amplio en la falda, ajustado en la cintura, de algodón estampado azul y malva; el escote pronunciado dejaba entrever apenas unos centímetros del declive superior de un pecho pleno y dorado. Ella notó que Wexford la examinaba y, al parecer, disfrutó y se regodeó con el escrutinio, pues comprendía mejor que él su significado.

Wexford levantó la vista abruptamente y le dijo:

—Tengo entendido que vive usted en la casa del extremo de Wool Lane que apunta a Kingsmarkham.

—Se llama Ribera Soleada. Siempre he considerado que suena a hospital psiquiátrico. Pero mi difunto marido escogió el nombre y supongo que tenía sus motivos.

Wexford realizó un decidido esfuerzo por aparentar seriedad y, eventualmente lo logró.

—¿Era usted amiga de la señora Hathall?

—Oh, *no*. —Wexford pensó que Nancy Lake sería muy capaz de decir que no tenía amigas, cosa que le hubiera disgustado, pero no dijo palabra—. Sólo iba a su casa a buscar las «maravillas».

—¿Las *qué*?

—Es una broma de estar por casa. Me refería a las ciruelas amarillas.

—Ah, las *mirabelles*. —Era la segunda vez en el día que oía un término mal empleado, pero decidió que en el caso que le ocupaba, se trataba de un error deliberado—. ¿Fue usted ayer a su casa a recoger ciruelas?

—Siempre lo hago. Cada año. Solía recogerlas cuando el anciano señor Somerset vivía allí, y al llegar los Hathall me dijeron que podía llevármelas. Hago mermelada.

Wexford tuvo una súbita visión en la que Nancy Lake aparecía de pie, en una cocina soleada, revolviendo el contenido de un cacharro colmado de fruta dorada. Aspiró el aroma de la fruta, vio la cara de la mujer al hundir un dedo en el recipiente y llevárselo a los labios plenos y rojos. La visión amenazó con convertirse en fantasía. Se libró de ella preguntando:

—¿A qué hora fue usted?

La rudeza de su voz hizo que la señora Lake frunciera las cejas.

—Telefoneé a Angela a las nueve de la mañana y le pregunté si podía pasar a recoger las ciruelas. Había notado que se estaban cayendo. Para ser como era, se mostró bastante satisfecha. No era una persona muy grata, ¿sabe?

—No, no lo sé. Espero que me lo cuente.

La señora Lake movió un poco las manos, en un ademán casual, suplicante, y continuó:

—Me pidió que fuera a las doce y media. Recogí las ciruelas y me ofreció una taza de café. Creo que me invitó a entrar sólo para enseñarme lo arreglada que estaba la casa.

—¿Por qué? ¿Acaso no estaba siempre arreglada?

—¡Cielos, no! No es que a mí me importe, después de todo, era asunto de ella. A mí tampoco me gusta demasiado hacer la limpieza, pero normalmente, la casa de Angela parecía más bien una pocilga. Vamos, que era un desastre en marzo, la última vez que estuve allí. Me comentó que la había limpiado para impresionar a la madre de Robert.

Wexford asintió con la cabeza. Tuvo que aplicar toda su fuerza de voluntad para continuar interrogándola con aire impersonal,

porque aquella mujer ejercía una especie de hechizo, la mágica combinación de gentileza femenina y fuerte sexualidad. Pero era preciso que se esforzara.

—Señora Lake, ¿le comentó que esperaba alguna otra visita?

—No, me dijo que iba a salir con el coche, pero no me dijo adónde. —Nancy Lake se inclinó sobre el escritorio con aire serio, y acercó la cara a casi un palmo de la del inspector jefe. Su perfume era afrutado y cálido—. Me invitó a pasar y me ofreció café, pero en cuanto me tomé una taza, me dio la impresión de que quería que me marchara. A eso me refería cuando le dije que sólo quería enseñarme lo arreglada que estaba su casa.

—¿A qué hora se marchó usted?

—Déjeme calcular. Debió de ser poco antes de la una y media. Estuve en la casa diez minutos. Y el resto del tiempo me lo pasé recogiendo las milagrosas.

La tentación de permanecer cerca de aquella cara vital, movediza y, en cierto modo, traviesa, fue enorme, pero debía resistirse. Wexford hizo girar su silla como quien no quiere la cosa, y miró a Nancy Lake con aire severo, profesional.

—¿No la vio marcharse de Bury Cottage, o regresar más tarde?

—No, me fui a Myringham. Y pasé allí la tarde y parte de la noche.

Por primera vez notó algo velado y secreto en su respuesta, pero no hizo comentario alguno.

—Hábleme de Angela Hathall. ¿Qué clase de persona era?

—Brusca, vulgar, descortés. —Se encogió de hombros, como si escapara a su comprensión el que una mujer pudiera tener tales defectos—. Quizá por eso se llevaba tan bien con Robert.

—¿Ah, sí? ¿Eran una pareja feliz?

—Mucho. Sólo tenían ojos el uno para el otro, como suele decirse. —Nancy Lake lanzó una leve carcajada—. Hechos el uno para el otro. Que yo sepa; no tenían amigos.

—Tengo la impresión de que era tímida y nerviosa.

—¿De veras? Yo no diría eso. A mi más bien me parecía que estaba sola porque le gustaba. También es cierto que tuvieron muchos problemas económicos hasta que él consiguió ese nuevo empleo. Ella me comentó que después de pagar todos los gastos, sólo les quedaban quince libras a la semana para poder vivir. Él tenía que pasarle a su exmujer una pensión por alimentos o como quiera que se llame. —Hizo una pausa y sonrió—. Hay que ver cómo se complica la vida la gente, ¿no le parece?

En su voz se apreció un deje de tristeza, como si ella hubiera pasado ya por tales tribulaciones. Wexford volvió a girarse porque acababa de asaltarle una idea.

—Señora Lake, ¿me permite que le mire la mano derecha?

Se la tendió sin titubeos, pero no la posó sobre la mesa, sino sobre su mano, con la palma hacia abajo. Era casi un gesto de amantes, un gesto que se ha convertido en algo típico en los inicios de una relación entre un hombre y una mujer, aquella forma de cubrir una mano con otra, un primer acercamiento, una manifestación de comodidad y confianza. Wexford sintió la calidez de aquella mano, notó lo suave y cuidada que estaba, observó el brillo delicado de las uñas y el anillo de diamantes que aprisionaba el dedo medio. Absorto, la dejó descansar allí un instante demasiado prolongado.

—Si alguien me hubiera dicho —comentó Nancy Lake, con ojos danzarines—, que esta mañana iba a hacer manitas con un policía, no me lo habría creído.

—Disculpe usted —se excusó Wexford, ceremonioso, y le dio vuelta la mano. Ninguna cicatriz en forma de A le desfiguraba la suave superficie de la yema del índice; le soltó la mano.

—¿Es así como analizan las huellas digitales? Cielos, siempre creí que se trataba de un proceso mucho más complicado.

—Lo es —replicó él, sin más explicaciones—. ¿Tenía Angela Hathall alguna mujer de limpieza?

—Que yo sepa, no. No se lo hubieran podido permitir. —Hizo todo lo posible por ocultar el deleite que le producía el desconcierto

de Wexford, pero él notó cómo ella fruncía los labios, y ganó el deleite—. Señor Wexford, ¿puedo servirle en alguna otra cosa más? ¿No querrá tomarme una muestra de mis pisadas, por ejemplo, o una muestra de sangre?

—No gracias. No será necesario, señora Lake. Pero puede que quiera volver a hablar con usted.

—Eso espero. —Se puso de pie con gracia y dio unos cuantos pasos en dirección a la ventana. Wexford, que se vio obligado a levantarse cuando Nancy Lake lo hizo, descubrió que se había colocado muy cerca de ella. La señora Lake lo había hecho adrede, lo sabía, y se sintió halagado. ¿Cuánto hacía que una mujer no flirteaba con él, no anhelaba su compañía y disfrutaba con el contacto de su mano? Dora lo había hecho, claro está, su esposa lo había hecho así... Mientras se erguía con dignidad, consciente de su figura firme y nueva, se acordó de su esposa. Recordó que no sólo era un policía sino un esposo que debía cumplir con los votos del matrimonio. Pero Nancy Lake le había posado suavemente la mano sobre el brazo, y le había hecho notar el sol que brillaba afuera, los coches de High Street que habían comenzado su larga marcha hacia la playa.

—Hace un día ideal para ir a la playa, ¿no le parece? —dijo ella. El comentario sonó a nostalgia, casi a invitación—. Es una pena que tenga que trabajar usted en sábado. —Era una pena que el trabajo, las convenciones y la prudencia le impidieran conducir a aquella mujer hasta su coche, para llevarla a algún hotel tranquilo. Champán y rosas, pensó Wexford, y aquella mano, tendida por encima de la mesa para posarse cálidamente en la suya...— Pensar que el invierno no tardará en llegar —añadió ella.

Sin duda no lo había dicho en serio, no había sido su intención darle aquel doble sentido a la frase. Que el invierno no tardaría en llegar para los dos, que la carne se tornaría flácida, y la sangre se enfriaría...

—No la entretengo más —dijo Wexford, con un tono tan gélido como el invierno que se aproximaba.

Ella se echó a reír, en absoluto ofendida, pero le quitó la mano del brazo y se dirigió a la puerta.

—Al menos podría decir que hice bien en venir.

—Es verdad. Muy cívico de su parte. Adiós, señora Lake.

—Adiós, señor Wexford. Tiene usted que venir a casa a tomar el té y le haré probar mi mermelada milagrosa.

Wexford mandó llamar a alguien para que la acompañara. Y en lugar de volver a sentarse tras el escritorio, regresó a la ventana y miró hacia abajo. Allá estaba ella, cruzando el patio con la seguridad de la juventud. No se le ocurrió pensar que ella se volvería a mirar hacia arriba, pero lo hizo de repente, como si el pensamiento de Wexford le hubiera llegado a la señora Lake conminándola a lanzar aquella rápida mirada. Lo saludó con la mano. Levantó el brazo y lo saludó con la mano. Podían muy bien haberse conocido de toda la vida, porque aquel ademán fue cálido, impensado, íntimo, como si acabaran de separarse después de una deliciosa cita clandestina, no por acostumbrada, menos dulce. Wexford levantó el brazo en ademán de saludo y cuando ella hubo desaparecido entre la multitud de compradores sabatinos, él también bajó a buscar a Burden para ir a almorzar.

El café Carousel, ubicado frente a la comisaría, siempre estaba lleno los sábados a la hora del almuerzo, pero al menos el tocadiscos estaba en silencio. El bullicio de verdad comenzaría a eso de las seis, cuando llegaran los jóvenes. Burden ocupaba la mesa del rincón que siempre tenían reservada, y cuando Wexford se acercó, el dueño, un italiano sumiso, se le aproximó con deferencia y considerable respeto.

—Inspector jefe, para usted hoy va mi especialidad. Le recomiendo el hígado con beicon.

—De acuerdo, Antonio, pero nada de patatas deshidratadas, ¿eh? Y nada de glutamato monosódico.

Con aire perplejo, Antonio replicó:

—Eso no está en mi menú, señor Wexford.

—No, pero figura igualmente, es el agente secreto, la quinta columna alimentaria. Espero que últimamente no hayas tenido más sucesos estimulantes.

—Gracias a usted, ya no, señor Wexford.

El inspector jefe se refería a la travesura que, un par de semanas antes, realizara uno de los jóvenes contratados por Antonio a tiempo parcial. Aburrido de la sobria clientela, el muchacho había introducido en el depósito de cristal del zumo, con sus naranjas de plástico flotantes, cien pastillas de anfetaminas, y como resultado, se produjo un alegre tumulto durante el cual, el hasta entonces serio propietario se había puesto a bailar encima de una mesa. Wexford apareció por casualidad, y como estaba de régimen, pidió zumo de naranja, por lo que logró detectar la fuente de aquel jolgorio casi saturnal y, simultáneamente, al bromista. Rió de buena gana recordándolo.

—¿Cuál es la broma? —inquirió Burden ácidamente—. ¿O es que la tal señora Lake te ha alegrado el día? —Al ver que Wexford dejaba de reírse pero no le contestaba, añadió—: Martin se ha instalado en un despachito de la iglesia. Ha montado una especie de centro de investigación e información general. Se ha notificado a la gente con la esperanza de que quien haya visto a Angela el viernes por la tarde, se presente y nos lo comunique. Y si no salió, existe la posibilidad de que hayan visto a su visitante.

—Sí que salió —dijo Wexford—. Le dijo a la señora Lake que saldría en el coche. Mike, me pregunto quién será la mujer con la cicatriz en forma de A. No es la señora Lake, y ella dice que Angela no tenía mujer de limpieza, ni tampoco amigos.

—¿Y quién será el hombre que mete los dedos en la parte interior de las puertas de los armarios?

La llegada del hígado con beicon y de los espaguetis a la boloñesa les hizo guardar silencio durante unos minutos. Wexford bebió su zumo de naranja, pensando con tristeza cuánto disfrutaría, si en el depósito le hubieran metido un buen pelotazo y de repente,

Burden se tornara alegre y desinhibido. Pero el subinspector, que comía remilgadamente, mostraba la expresión resignada de quien ha tenido que sacrificar un fin de semana por el deber. Las arrugas profundas que iban desde las aletas de la nariz hasta la comisura de los labios, se intensificaron al decir:

—Iba a llevar a los niños a la playa.

Wexford pensó en Nancy Lake, en lo llamativa que sería en traje de baño, pero de inmediato apartó de su mente aquella visión, antes de que se convirtiera en una imagen tridimensional y a todo color.

—Mike, a estas alturas de un caso, acostumbramos a preguntarnos si hemos notado algo extraño, alguna discrepancia, o alguna mentira, sin más. ¿Has notado algo?

—No podría decirte que sí, salvo la falta de huellas.

—Angela había limpiado a fondo la casa para impresionar a la vieja, aunque reconozco que es raro que haya vuelto a repasarlo todo antes de realizar su excursión en coche. La señora Lake tomó café con ella a eso de la una, pero sus huellas no aparecen por ninguna parte. Aunque hay algo que me parece más extraño todavía, la forma en que se comportó Hathall al llegar anoche a su casa.

Burden apartó el plato vacío, contempló el menú y, después de decidir que no tomaría postres, le hizo señas a Antonio para que le llevara café.

—¿Te pareció extraña? —inquirió.

—Hathall y su mujer llevaban casados tres años. Durante todo ese período, la vieja sólo vio a su nuera en una ocasión, y está claro que entre ambas existía una considerable rivalidad. Al parecer, se debe a que Angela destruyó el primer matrimonio de Hathall. Sea como fuere, y te advierto que pienso enterarme mejor de todo esto, Angela y su suegra estaban enfrentadas. Sin embargo, hubo una especie de *rapprochement*, habían convencido a la vieja de que fuera a pasar el fin de semana con ellos, y Angela se preparó para recibirla para lo cual decidió arreglar la casa más allá de lo que tenía por costumbre. Se suponía que Angela debía pasar a recogerlos por

la estación, pero no se presentó. Hathall dice que su esposa era tímida y nerviosa; la señora Lake la calificó de brusca y descortés. Teniendo todo esto en cuenta, ¿qué conclusiones crees tú que sacó Hathall cuando su esposa no se presentó a la estación?

—Que se había echado atrás. Que tenía tanto miedo que no se atrevía a enfrentarse a su suegra.

—Exactamente. ¿Pero qué pasó cuando llegó a Bury Cottage? No encontró a Angela. La buscó en el piso de *abajo* y en el jardín. Pero no subió para nada. Sin embargo, a esas alturas, tenía que haber sospechado ya que Angela se había puesto muy nerviosa y llegado a la conclusión de que una mujer nerviosa no se refugia en el jardín sino en su propio dormitorio. Pero en vez de subir a buscarla, *envió a su madre*, justamente la persona que él sabía que provocaba las angustias de Angela. Aquella muchacha tímida y nerviosa, a la que tan ligado estaba, se había refugiado en su dormitorio, y eso es precisamente lo que debió de pensar, pero en lugar de subir a infundirle confianza y bajar con ella para enfrentarse juntos a su madre, él se va al garaje. Y eso, Mike, es muy extraño. De veras muy extraño.

Burden asintió y le comentó:

—Bébetelo el café. Has dicho que Hathall vendría a verte a las tres. Quizá te de alguna respuesta.

AUNQUE WEXFORD FINGÍA examinar la lista de objetos perdidos —un brazalete, un par de anillos y una cadena dorada— que Hathall le había llevado, en realidad lo estaba observando. Había entrado en el despacho con la cabeza inclinada, y ahora estaba allí sentado, en silencio, con las manos cruzadas sobre el regazo. Pero la combinación de tez rubicunda y cabello negro le confiere a un hombre un aspecto airado. A pesar de su pena, Hathall parecía colérico, ofendido. Sus facciones duras, escabrosas tenían todo el aspecto de estar cinceladas en granito rosáceo, sus manos eran largas y rojizas, y hasta los ojos, aunque no inyectados en sangre, tenían un brillo enrojecido. Wexford no lo habría calificado como atractivo para las mujeres, sin embargo, había tenido dos esposas. ¿Sería tal vez que ciertas mujeres, muy femeninas o nerviosas o desequilibradas, veían en él a la roca en la que aferrarse, al bastión en el cual encontrar refugio? Posiblemente aquellos colores, además de malhumor, indicaran pasión, tenacidad y fuerza.

Wexford dejó la lista sobre su escritorio, levantó la vista e inquirió:

—Señor Hathall, ¿qué cree usted que ocurrió ayer por la tarde?

—¿Y a *mí* me lo pregunta?

—Lo más probable es que conociera usted a su esposa mucho mejor que nadie. Sabrá usted quién pudo haberla llamado o a quién

pudo ir a recoger.

Hathall frunció el ceño, y aquel gesto le ensombreció todo el rostro.

—Ya se lo he dicho. Algún hombre entró en la casa para robar. Se llevó las cosas que figuran en esa lista y cuando mi mujer lo interrumpió, él la... la mató. ¿Qué otra cosa pudo ocurrir? Está claro.

—No lo creo así. Más bien creo que quien haya ido a su casa, la limpió tan a fondo que la dejó prácticamente sin huellas. A un ladrón no le hubiera hecho falta hacerlo. Porque habría llevado guantes. Habría muy bien podido golpear a su esposa, pero no la habría estrangulado. Además, de la lista se deduce que ha valorado usted los objetos perdidos en menos de cincuenta libras en total. Admito que haya gente capaz de matar por menos, pero dudo que alguna vez una mujer haya sido estrangulada por un motivo semejante.

Cuando Wexford repitió la palabra «estrangulada», Hathall volvió a inclinar la cabeza y masculló.

—¿Qué otra alternativa queda?

—Dígame quién iba a su casa. Qué amigos o conocidos visitaban a su esposa.

—No teníamos amigos —replicó Hathall—. Cuando llegamos aquí, vivíamos prácticamente de la caridad ajena. Para tener amigos en un sitio así, hace falta dinero. No teníamos dinero como para asociarnos a un club o dar cenas, ni siquiera para invitar a nadie a una copa. Lo más normal era que Angela no viera a nadie desde el domingo por la noche hasta el viernes por la noche. Y los amigos que yo tenía antes de casarme con ella... en fin, que mi primera esposa se encargó de que los perdiera. —Tosió con impaciencia y cabeceó del mismo modo que lo hacía su madre—. Será mejor que le cuente un poco por lo que Angela y yo habíamos pasado, y entonces, quizá comprenda que hablar de amigos es de una idiotez supina.

—Me parece lo más conveniente, señor Hathall.

—Será la historia de mi vida —dijo Hathall con una risa sin humor, que más bien sonó a ladrido. Era la risa amarga del paranoico—. Comencé a trabajar como mensajero en una empresa contable, la Craig y Butler, de Gray's Inn Road. Más tarde, cuando me ascendieron a administrativo, el socio más antiguo quiso que firmara un contrato de aprendiz y me disuadió para que me apuntara a los exámenes del instituto. Entretanto, me había casado y había comprado una casa en Croydon, que iba pagando con una hipoteca, de modo que el dinero extra me vino bien. —Levantó la vista y volvió a fruncir el ceño con aire afligido—. Me parece que hasta hoy no he pasado por una sola época en la que tuviera una cantidad razonable de dinero con la que vivir, y ahora que la tengo, no me sirve de nada.

»Mi primer matrimonio no fue feliz. Quizá mi madre crea que lo fue, pero los de afuera no se enteran de nada. Me casé hace diecisiete años y dos años más tarde supe que había cometido un error. Pero para entonces teníamos una hija, de modo que me quedaban muy pocas alternativas. Supongo que hubiera ido tirando, procurando hacer lo mejor posible, si no hubiese conocido a Angela en una fiesta de la oficina. Cuando me enamoré de ella y me di cuenta de que... bueno, que ella me correspondía, le pedí el divorcio a mi esposa. Eileen, así se llama mi exmujer, me montó unas escenas espantosas. Metió a mi madre en el asunto, incluso a Rosemary, que por entonces tenía once años. Me resulta difícil describir lo que fue mi vida, ni siquiera voy a intentarlo.

—Y eso ocurrió hace cinco años, ¿no?

—Sí, hace más o menos cinco años. En fin, que con el tiempo, me marché de casa y me fui a vivir con Angela. Ella tenía una habitación en Earls Court y trabajaba en la biblioteca de la Liga Nacional de Arqueólogos. —Hathall, que acababa de afirmar que le resultaba difícil describir lo que había sido su vida, comenzó de inmediato a hacerlo—. Eileen comenzó su... su campaña de persecuciones. Me montaba números en el despacho y en el trabajo de Angela. Incluso llegó a venir a Earls Court. Le supliqué que me

concediera el divorcio. Angela tenía un buen empleo y a mí me iba bastante bien. Pensé que podía permitírmelo, fueran cuales fueran las exigencias de Eileen. Finalmente, accedió, pero para entonces, Butler me había despedido por culpa de las escenas de Eileen, y sin previo aviso. Fue una injusticia indignante. Y para rematarlo, Angela tuvo que dejar la biblioteca pues se encontraba al borde del colapso nervioso.

»Conseguí un trabajo de medio día como contable, en una factoría de juguetes, la Kidd and Co., de Toxborough, y Angela y yo conseguimos una habitación cerca de allí. Estábamos en la ruina. Angela no podía trabajar. El juez que llevaba el divorcio le dio a Eileen mi casa y le otorgó la custodia de mi hija, así como una porción injustamente sustancial de mis ingresos, por lo demás inadecuados. Por esa época, finalmente, logramos tener un poco de suerte. Angela tiene aquí un primo, un hombre llamado Mark Somerset, que nos dejó Bury Cottage. Había pertenecido a su padre, aunque, evidentemente, no iba a dejárnosla gratis; a pesar de ser un pariente directo, no iba a llevar su generosidad hasta tales extremos. Tampoco puedo decir que haya hecho mucho más por nosotros. Ni siquiera le ofreció su amistad a Angela, aunque sin duda sabía lo sola que estaba.

»Las cosas continuaron así durante casi tres años. Vivíamos prácticamente con quince libras a la semana. Yo seguía pagando la hipoteca de una casa en la que no he vuelto a entrar en cuatro años. Mi madre y mi exesposa le metieron a mi hija una serie de ideas para que se volviera en mi contra. ¿Qué sentido tiene que el juez me haya otorgado un régimen razonable de visitas, si la niña se niega luego a verme? Dijo usted que quería conocer mi vida privada. Pues ahí la tiene. Acosos y persecuciones. Angela era el único punto luminoso y ahora... ahora está muerta.

Wexford, quien creía que, con ciertas excepciones, un hombre padece de persecución crónica y aguda sólo si en su estructura psicológica existe algo que busca la persecución, frunció los labios.

—¿Fue alguna vez el señor Somerset a Bury Cottage?

—Nunca. Nos enseñó la casa la primera vez que nos la ofreció, y después, aparte de un encuentro casual en la calle, en Myringham, no volvimos a verlo más. Fue como si Angela le hubiese inspirado una antipatía irrazonable.

Era tanta la gente a la que le había caído antipática. Wexford pensó que Angela parecía tan inclinada a la paranoia como su esposo. En términos generales, la gente simpática no suele disgustar al prójimo. Y el tipo de amplia conspiración de odio en su contra, que Hathall quería dejar entrever, nunca es factible.

—Señor Hathall, dice usted que se trataba de una antipatía irrazonable. ¿La antipatía de su madre era igualmente irrazonable?

—Mi madre es una incondicional de Eileen. Es anticuada, tiene una mentalidad rígida, y Angela no le caía bien porque, según mi madre, me apartó del lado de Eileen. Es una tontería afirmar que una mujer puede robarle el esposo a otra, a menos que él quiera... en fin, a menos que quiera ser robado.

—Tengo entendido que sólo se vieron en una ocasión. ¿Acaso ese encuentro no fue un éxito?

—Convencí a mi madre para que fuera a Earls Court y conociera a Angela. No sé cómo pude ser tan ingenuo, pero creí que si la conocía, dejaría de pensar que Angela era una mujer pecaminosa. Mi madre le criticó su modo de vestir —llevaba aquellos tejanos y la camisa roja— y cuando Angela hizo un comentario poco amable sobre Eileen, mi madre nos dejó plantados.

Al recordarlo, el rostro de Hathall se había enrojecido aún más.

—¿O sea que no volvieron a hablarse durante todo el tiempo que duró su segundo matrimonio? —inquirió Wexford.

—Mi madre se negaba a visitarnos, y tampoco quería que fuésemos a su casa. A mí me veía, claro está. Y le seré franco, ya me hubiera gustado desligarme de ella por completo, pero sentía que tenía una especie de obligación hacia ella.

Wexford siempre se tomaba tales manifestaciones de virtud con un cierto escepticismo. Le resultaba imposible preguntarse si la

anciana señora Hathall, que rondaba los setenta, no poseería algunos ahorrillos para dejar en herencia.

—¿Cómo fue que se les ocurrió la reunión que planearon para este fin de semana?

—Cuando conseguí este trabajo en Marcus Flower, donde por cierto ganaba el doble que en Kidd's, decidí que durante la semana dormiría en casa de mi madre. Vive en Balham, o sea que no me quedaba muy lejos de Victoria. Angela y yo buscábamos piso de compra en Londres, de modo que aquel arreglo no duraría mucho tiempo. Pero como ya es normal en mí, la desgracia volvió a golpearme. Sin embargo, desde julio, entre semana me quedaba a dormir en casa de mi madre, con lo que tuve ocasión de hablarle de Angela, y de cuánto me hubiera gustado que se llevaran bien. Tardé dos meses en convencerla pero por fin se decidió a venir a pasar un fin de semana. El proyecto había puesto muy nerviosa a Angela. Evidentemente tenía tantas ganas como yo de caerle bien a mi madre, pero se sentía muy recelosa. Fregó la casa de arriba a abajo, para que ella no pudiera encontrar ningún motivo de queja. Aunque jamás sabré si la cosa hubiera funcionado.

—Bien, señor Hathall, anoche cuando llegó usted a la estación y comprobó que su esposa no había ido a recogerlos, tal como habían quedado, ¿cuál fue su reacción?

—No lo entiendo —repuso Hathall bruscamente.

—¿Qué sintió? ¿Alarma? ¿Enfado? ¿O sólo desilusión?

Hathall vaciló y luego repuso:

—Sin duda no me sentí enfadado. Supongo que pensé que era una forma desafortunada de comenzar el fin de semana. Supuse que Angela se habría puesto muy nerviosa y que por eso no había ido a la estación.

—Ya. Y cuando llegó a su casa, ¿qué hizo?

—No sé adónde quiere llegar, pero supongo que habrá algún propósito tras todo esto. —Hathall volvió a menear la cabeza con aquel aire impaciente—. Llamé a Angela, y al ver que no me contestaba la busqué en el comedor y en la cocina. Al no

encontrarla, salí al jardín y le pedí a mi madre que subiera mientras yo iba a ver si el coche estaba en el garaje.

—¿Pensó usted, quizá, que al ir ustedes andando y su esposa en el coche, se habrían cruzado sin encontrarse?

—No sé lo que pensé, pero naturalmente, la busqué por todas partes.

—Pero no en el piso de arriba, ¿verdad, señor Hathall? —inquirió Wexford en voz baja.

—Al principio no. Debí haberlo hecho.

—De todos los lugares de la casa en los que podía refugiarse una mujer nerviosa, que temía enfrentarse a su suegra, ¿acaso su dormitorio no era el primero en el que podía encontrarse? Pero no fue usted allí directamente como era de esperar. Fue usted al garaje y envió a su madre al piso de arriba.

Hathall, que pudo haber reaccionado con cólera, que pudo haberle exigido a Wexford que le dijese con toda claridad adonde quería ir, en tono ceremonioso y sin gracia, replicó:

—No siempre podemos justificar nuestros actos.

—No estoy de acuerdo con usted. Creo que sí podemos, si analizamos honestamente nuestras motivaciones.

—No sé, supongo que pensé que si no había contestado a mis llamadas, no estaría en la casa. Sí, eso fue lo que pensé. Pensé que se habría marchado en el coche y que no nos habíamos encontrado.

Pero el ir por otro camino hubiera significado recorrer más de un kilómetro por Wool Lane hasta la confluencia con el camino de Pomfret a Myringham, y luego, seguir por ese camino hasta Pomfret o Stowerton, antes de retroceder hasta la estación de Kingsmarkham; un recorrido directo de menos de un kilómetro se hubiera convertido en un paseo de casi ocho. Pero Wexford no hizo ningún comentario. En el comportamiento de aquel hombre había otro factor que le llamaba la atención, y quería estar a solas para reflexionar al respecto, para elaborar si se trataba de algo significativo o bien si era el mero resultado de una singularidad de su carácter.

Cuando Hathall se incorporó, dispuesto a marcharse, le dijo:

—¿Puedo preguntarle algo ahora?

—Por supuesto.

Pero Hathall pareció vacilar, como si deseara postergar una cuestión candente, o bien ocultarla bajo otra de menor importancia:

—¿Ha tenido alguna novedad del... del patólogo?

—Todavía no, señor Hathall.

El duro rostro de piedra enrojecida se crispó.

—¿Y de las huellas? ¿Ha sacado algo en claro de las huellas?

¿No hay ninguna pista por ese lado?

—Por lo que puedo deducir, muy poco.

—El proceso me parece lento. Pero claro, no sé nada de todo esto. ¿Me mantendrá usted informado, verdad?

Le había hablado con tono amenazante, como el utilizado por el presidente del consejo de administración de una empresa al dirigirse a un ejecutivo novato.

—En cuanto se produzca algún arresto —dijo Wexford—, puede usted estar seguro de que no lo dejaremos al margen.

—Eso está muy bien, pero tampoco permanecerá al margen el lector de cualquier periódico. Me gustaría que se me informara... — interrumpió la frase como si hubiera estado a punto de tomar un rumbo poco recomendable—. Me gustaría que me informara sobre lo que diga el patólogo.

—Le telefonearé mañana, señor Hathall —le dijo Wexford—. Mientras tanto, procure tranquilizarse y descansar todo lo posible.

Hathall abandonó la oficina con la cabeza inclinada. A Wexford no se le quitaba la idea de que había inclinado la cabeza para impresionar al joven detective que lo había conducido hasta el despacho. Sin embargo, el dolor de aquel hombre parecía real. Pero Wexford sabía que el dolor es mucho más fácil de simular que la felicidad. Exige poco más que un tono de voz apagado, un estallido ocasional de cólera justificada, la reiteración de la propia pena. A un hombre como Hathall, que tenía la convicción de que el mundo le

debía mucho y que padecía un complejo de persecución, no le habría resultado difícil exagerar su actitud normal.

¿Pero por qué no habría demostrado signos de sorpresa? ¿Por qué, por encima de todo, no había demostrado en ningún momento la sorprendida incredulidad que es la primera reacción característica de toda persona al perder de forma violenta al marido, la mujer o un hijo? Wexford reflexionó acerca de las tres conversaciones mantenidas con Hathall, pero no logró recordar una sola manifestación de incredulidad en la terrible realidad. Y eso que recordaba situaciones parecidas, de maridos desolados que habían interrumpido su interrogatorio gritando que era imposible, de viudas que habían exclamado que aquello no podía estar ocurriéndoles a ellas, que todo era un sueño del que pronto debían despertar. La incredulidad desplaza temporalmente al dolor. En estas situaciones, las personas suelen tardar días en caer en la cuenta de lo que les está pasando, y mucho más en aceptarlo. Pero Hathall había hecho ambas cosas de forma inmediata. Mientras reflexionaba y esperaba los resultados del análisis *post mortem*, Wexford tuvo la impresión de que Hathall lo había aceptado todo, incluso antes de trasponer la puerta principal de su propia casa.

—Y la estrangularon con un collar chapado en oro —dijo Burden—. Debió de haber sido un collar bastante grueso.

Wexford levantó la vista del informe y comentó:

—Puede que sea el que figura en la lista de Hathall. Aquí habla de una ligadura dorada. En la piel le encontraron incrustados restos del baño de oro. La víctima no tenía tejido de su asesino debajo de las uñas, por lo que se presume que no hubo lucha. La hora de la muerte se establece entre la una y media y las tres y media. Sabemos que no fue a la una y media, porque a esa hora la dejó la señora Lake. Al parecer, Angela Hathall era una mujer saludable, no estaba embarazada y no se produjo ninguna agresión sexual. —Le ofreció a Burden una versión resumida de lo que Robert Hathall le

había contado—. Todo este asunto comienza a parecer un tanto peculiar, ¿no?

—¿Quieres decir que Hathall sabía algo y por eso se siente culpable?

—Sé que él no la mató. No pudo haberlo hecho. Cuando ella murió, él se encontraba en Marcus Flower, con Linda como se llame, y Dios sabe cuánta gente más. Y no encuentro el móvil. Al parecer, era el único que la quería. Pero ¿por qué anoche no fue al piso de arriba, por qué no está obnubilado por la sorpresa, y por qué le preocupan tanto las huellas?

—Después de matarla, el asesino debió de quedarse un rato más en la casa para limpiar las huellas. Seguramente debió de tocar algunas cosas del dormitorio y de los demás cuartos, y después se olvidaría de qué era lo que había tocado; por eso, para asegurarse, no le quedó más remedio que hacer una limpieza a fondo. De lo contrario, las huellas de Angela y de la señora Lake tendrían que haber estado en la sala. ¿Acaso no es eso prueba de falta de premeditación?

—Probablemente. Y creo que tienes razón. Ni por un momento he creído que Angela fuese tan fanática y estuviera tan asustada de su suegra como para ponerse a fregar la sala antes de recibir a la señora Lake y después, cuando se marchó.

—Lo cómico es que después de tomarse tantas molestias, el asesino dejara huellas en la parte interior de la puerta del armario de una de las habitaciones de huéspedes, un armario que al parecer nunca se usaba.

—Si es que las dejó el asesino, Mike —dijo Wexford—. Si es que las dejó el asesino. Creo que descubriremos que esas huellas pertenecen a un tal señor Mark Somerset, el propietario de Bury Cottage. Averiguaremos exactamente en qué parte de Myringham vive y después le iremos a ver.

MYRINGHAM, sede de la Universidad del Sur, se encuentra a unos veintidós kilómetros de Kingsmarkham. Se jacta de poseer un museo, un castillo amurallado con bosquecillo y unas de las ruinas mejor conservadas de Gran Bretaña de una villa romana. Aunque un nuevo centro ha surgido entre los edificios de la universidad y la estación de ferrocarril, una zona de bloques enormes, galerías comerciales y aparcamientos de varias plantas, tanto cemento y ladrillo rojo se encuentra alejado de la ciudad vieja, que se alza intacta a las orillas del Kingsbrook.

Sus senderos estrechos y sus callejuelas sinuosas recuerdan al visitante las pinturas de Jacob Vrel. Las casas son muy viejas, algunas —de ladrillos marrones y vigas de madera gris parduzco, comidas por la carcoma— construidas antes de la Guerra de las Dos Rosas, e incluso, según se dice, antes de Azincourt. No todas cuentan con propietarios-ocupantes o inquilinos estables, pues algunas han caído en tal estado de abandono y deprimente deterioro, que sus propietarios no pueden permitirse el lujo de adecentarlas. Los ocupantes ilegales han tomado posesión de ellas, sus antiguos derechos están al amparo de la interferencia policial, y a salvo del desahucio porque la ley impide que sus «caseros» derriben sus propiedades y la falta de dinero no les permite repararlas.

Pero estas casas sólo forman una pequeña colonia de la Ciudad Vieja. Mark Somerset vivía en la zona más elegante, en una de las casas antiguas, junto al río. En la época en que Inglaterra fue católica, la casa había pertenecido a un sacerdote, y en uno de los muros del jardín, había un hermoso vitral estrecho, porque se trataba también de un muro de la Iglesia de San Lucas. Los católicos de Myringham contaban ahora con una iglesia nueva en la parte nueva de la ciudad, y la rectoría era una casa moderna. Pero aquí, donde los muros pardos se apiñaban alrededor de la iglesia y el molino, el siglo quince se había rezagado.

Mark Somerset no tenía nada del siglo quince. Era un hombre de aspecto atlético, de unos cincuenta y tantos años, que vestía tejanos negros bien planchados y camiseta; Wexford le detectó la edad sólo por las arrugas que le rodeaban los brillantes ojos azules y por las venas de sus manos fuertes. Tenía el vientre plano, el pecho musculoso, y había tenido la buena suerte de conservar todo el cabello que, en otra época había sido dorado, y ahora lucía un tono plateado y brillante.

—Ah, la pasma —dijo. La sonrisa y el tono agradable le restó descortesía al saludo—. Ya me imaginaba que aparecerían ustedes.

—¿Acaso no deberíamos haber aparecido, señor Somerset?

—No lo sé. Eso es algo que deben decidir ustedes. Pasen, pero háganme el favor de no hacer ruido en el vestíbulo. Mi mujer ha salido del hospital esta misma mañana y hace un momento ha logrado dormirse.

—Espero que no haya sido nada serio —comentó Burden fatuamente y, en opinión de Wexford, sin ninguna necesidad.

Somerset sonrió. Era una sonrisa cargada de triste experiencia, de paciencia, con un ligero tinte de desprecio. Susurrando casi, respondió:

—Hace años que está inválida. Pero no han venido ustedes a hablar de eso. ¿Pasamos a la sala?

Se trataba de una habitación con techo de vigas y paredes cubiertas de paneles. Un par de puertas de cristal, añadido posterior

pero agradable, se abrían a un jardincillo pavimentado en cuyo fondo se alzaban los árboles de la orilla del río: el follaje parecía encaje negro contra el fulgor ámbar del sol poniente. Junto a estas puertas había una mesita sobre la que se veía una botella de vino del Rin metida en un cubo con hielo.

—Soy entrenador de la universidad —comentó Somerset—. El sábado por la noche es el único momento que me permito una copa. ¿Les apetece un poco de vino?

Los dos policías aceptaron y Somerset sacó tres copas de una vitrina. El Liebfraumilch poseía la delicada calidad propia de algunos vinos blancos del Rin: sabía a flores líquidas. Estaba bien frío, y era seco y afrutado.

—Muy amable de su parte, señor Somerset —dijo Wexford—. Me desarma usted. Ahora me resultará imposible pedirle si puedo tomarle las huellas digitales.

Somerset se echó a reír y comentó:

—Será un placer que me tome usted las huellas. Supongo que en Bury Cottage han encontrado las huellas de un hombre misterioso y desconocido, ¿no es así? Seguramente son las mías, aunque hace tres años que no voy a esa casa. No pueden ser las de mi padre, porque al morir él, cambié totalmente la decoración. —Desplegó las manos fuertes, desarrolladas por el trabajo, con una especie de intrépida inocencia.

—Tengo entendido que no se llevaba usted muy bien con su prima.

—Vamos a ver —comenzó a decir Somerset—, en lugar de dejar que me interrogue, y me someta con toda probabilidad a un montón de preguntas que nos harán perder el tiempo, ¿no sería mejor que le contara lo que sé de mi prima, proporcionándole una especie de historia de nuestra relación? Después, podrán preguntarme lo que gusten.

—Es exactamente lo que queremos —aceptó Wexford.

—Bien. —Somerset poseía los modales tajantes y concisos del buen profesor—. Supongo que no querrán ustedes que sea

remilgado y no hable mal de los muertos, ¿verdad? No es que tenga muchas cosas negativas que decir de Angela. Me daba pena. Me parecía una persona débil, y la gente débil no me cae demasiado bien. Nos vimos por primera vez hace cinco años. Vino a este país desde Australia, y nunca la había visto hasta entonces. Pero era mi prima, la hija del difunto hermano de mi padre, de manera que no vayan a pensar ustedes que se trataba de una impostora.

—Ha leído usted demasiadas novelas policíacas, señor Somerset.

—Tal vez. —Somerset sonrió y prosiguió diciendo—: Vino a visitarme porque mi padre y yo éramos los únicos parientes que tenía en este país, y estaba sola en Londres. O al menos eso dijo. Creo que andaba a la caza de las ganancias que pudiera haber para ella. La pobre Angela era una muchacha codiciosa. Por aquella época todavía no había conocido a Robert. Cuando se conocieron, dejó de venir aquí, y no volví a saber de ella hasta que decidieron casarse y no tenían dónde ir a vivir. Le había escrito para informar de la muerte de mi padre, carta a la que por cierto no contestó, y vino a verme para saber si ella y Robert podían irse a vivir a Bury Cottage.

»Mi intención era venderla, pero como no me pagaban lo que yo quería, accedí a alquilársela a Angela y a Robert por cinco libras a la semana.

—Un alquiler muy bajo, señor Somerset —comentó Wexford, interrumpiéndolo—. Pudo haber obtenido por lo menos el doble.

Somerset se encogió de hombros. Sin preguntarles nada, volvió a llenar sus copas y prosiguió:

—Al parecer, iban muy mal de dinero, y después de todo, ella era mi prima. Tengo unas ideas muy tontas sobre los parientes: ya sabe usted, señor Wexford, se dice que los lazos familiares son más fuertes que las distancias, y la verdad es que no logro deshacerme de estas ideas. No me importó en absoluto dejarles la casa amueblada por un alquiler que era algo más que una renta nominal.

Pero me fastidió muchísimo cuando Angela me envió la factura de la electricidad para que yo se la pagara.

—No habían acordado nada al respecto, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Le pedí que viniera a verme para hablar del asunto. Pues bien, cuando vino, volvió a soltarme la misma historia que me había contado sobre lo pobres que eran, que ella estaba enferma de los nervios, que había tenido una adolescencia desdichada junto a una madre que no la había dejado asistir a la universidad. Le sugerí que se buscara trabajo si iban tan mal de dinero. Era bibliotecaria de profesión y le hubiera resultado fácil conseguir un puesto en la biblioteca de Kingsmarkham o en la de Stowerton. Adujo que el estado de sus nervios se lo impedía, pero a mí me parecía perfectamente saludable. Creo que era holgazana. En fin, que salió de aquí como una tromba, diciéndome que era un mezquino, y no volví a verlos hasta hace un año y medio más o menos. En aquella ocasión, ellos no me vieron a mí. Había ido con una persona hasta Pomfret y vi a Robert y a Angela a través de las ventanas de un restaurante. Se trataba de un restaurante caro y, al parecer, los dos se mostraban muy ufanos, de modo que llegué a la conclusión de que su economía había mejorado considerablemente.

»En realidad, volvimos a vernos sólo en otra ocasión más. Fue en abril. Nos encontramos por casualidad en Myringham, en esa monstruosidad que los urbanistas se complacen en llamar centro comercial. Iban cargados de paquetes, pero se los veía deprimidos, a pesar de que Robert había conseguido un nuevo empleo. Tal vez fuera que se sintieron incómodos al encontrarse conmigo cara a cara. Y no volví a ver a Angela. Me escribió hace aproximadamente un mes para decirme que se marcharían de la casa en cuanto consiguieran algo en Londres, y que probablemente sería para Año Nuevo.

—¿Eran una pareja feliz? —inquirió Burden cuando Somerset hubo terminado.

—Por lo que pude adivinar, eran muy felices. —Somerset se puso de pie y fue a cerrar las puertas de cristal; la luz del crepúsculo

se iba apagando y se había levantado un vientecillo—. Tenían mucho en común. ¿Sería muy miserable de mi parte si dijera que lo que tenían en común era la paranoia, la codicia y una idea generalizada de que el mundo les debía algo? Siento que esté muerta, no es agradable enterarse de que una persona ha terminado de ese modo, pero no puedo decir que me cayera bien. Un hombre puede ser torpe y desmañado, pero a mí me gusta ver un poco de gracia en una mujer, ¿no cree? No quiero parecer extravagante, pero en algunas ocasiones he llegado a pensar que Robert y Angela se llevaban tan bien porque la falta de gracia los unía para hacer frente al mundo.

—Nos ha sido usted de gran utilidad, señor Somerset —dijo Wexford más por formulismo que por sinceridad. Somerset le había contado muchas cosas que ignoraba, pero ¿le había esclarecido algo?—. Estoy seguro de que no se molestará usted si le pregunto qué hizo ayer por la tarde.

Hubiera podido jurar que el hombre vaciló un instante. Fue como si ya hubiera pensado en la contestación a esa pregunta, pero como si aún le faltara valor para dar esa respuesta.

—Estuve aquí, solo. Me tomé la tarde libre para disponerlo todo para el regreso de mi esposa. Por desgracia estuve completamente solo y no vi a nadie, por lo que no podré ofrecerles ninguna confirmación de lo que les digo.

—Muy bien —dijo Wexford—. Es algo inevitable. Supongo que no tendrá usted idea de quiénes eran los amigos de su prima.

—En absoluto. Según Angela, no tenían amigos. Todas las personas que había conocido, excepto Robert, habían sido crueles con ella, de modo que hacer amistades era algo así como incitar una mayor crueldad. —Somerset vació su copa—. ¿Un poco más de vino?

—No gracias. Ya nos hemos bebido gran parte de su ración de la noche del sábado.

—Los acompañaré hasta la puerta —dijo Somerset con una sonrisa.

Al salir al vestíbulo, desde arriba les llegó una voz quejumbrosa:
—Marky, Marky, ¿dónde estás?

Somerset dio un respingo, quizá debido al feo diminutivo. Pero los lazos familiares son más fuertes que las distancias, y un hombre y su mujer forman una piña. Se dirigió al pie de las escaleras, le gritó que subiría en seguida y abrió la puerta principal. Wexford y Burden se despidieron rápidamente, porque la voz que les llegaba desde arriba se había convertido en un quejido débil y petulante.

Por la mañana, tal como había prometido, Wexford regresó a Bury Cottage. Acababa de recibir algunas noticias para Robert Hathall, pero no tenía intención de contarle al viudo lo que más quería saber.

La señora Hathall le abrió la puerta y le dijo que su hijo seguía durmiendo. Lo hizo pasar a la sala y le pidió que esperara allí, pero no le ofreció ni té ni café. Wexford llegó a la conclusión de que se trataba del tipo de mujer que en muy contadas ocasiones en su vida ofreció algún refrigerio a nadie, que no fueran los miembros de su propia familia. Los Hathall eran unas personas cautelosas y extrañas, cuyo aislamiento infectaba al parecer a sus cónyuges, porque cuando le preguntó a la señora Hathall si la predecesora de Angela había estado alguna vez en Bury Cottage, le respondió:

—Eileen jamás se habría rebajado a tanto. Es una mujer que no se mete con nadie.

—¿Y Rosemary, su nieta?

—Rosemary vino una vez, y con eso tuvo suficiente. De todos modos, está demasiado ocupada con sus estudios como para salir por ahí.

—¿Sería tan amable de darme la dirección de la señora Eileen Hathall?

El rostro de la señora Hathall enrojeció tanto como el de su hijo; se tornó tan rojo como la piel arrugada del cuello de un pavo.

—¡Ni pensarlo! No tiene usted nada que hablar con Eileen. Si quiere su dirección, averígüela. —Salió dando un portazo y Wexford

se quedó solo.

Era la primera vez que se quedaba solo en aquella sala, y se dedicó a estudiar el cuarto. Los muebles, que había creído de Angela, y que en su opinión la habían hecho acreedora de un cierto buen gusto, pertenecían en realidad a Somerset, y posiblemente formaban parte de la colección del padre de éste. Eran unos bonitos muebles de finales de la época victoriana, con algunas piezas más antiguas; había sillas con patas ahusadas, y una elegante mesita ovalada. Junto a la ventana había una lámpara de aceite de cristal veneciano rojo y blanco, que no había sido adaptada a la electricidad. La estantería acristalada contenía, en su mayor parte, el tipo de libros que un anciano hubiera coleccionado y querido: las obras de Kipling, encuadernadas en cuero rojo, algunos libros de H. G. Wells, *Padre e Hijo*, de Gosse, algunas obras de Ruskin y muchas de Trollope. Pero en el estante superior, donde anteriormente quizá hubiera habido un adorno, se encontraban los libros de los Hathall. Media docena de libros de bolsillo, novelas de misterio, en general, dos o tres obras de arqueología «pop», un par de novelas que al publicarse habían provocado una cierta controversia por su contenido sexual, y dos tomos imponentes, con bonitas fundas.

Wexford sacó el primero de esos tomos. Se trataba de un volumen de grabados en color de antiguas joyas egipcias, que apenas tenía texto, exceptuando las indicaciones al pie de las ilustraciones, y en el interior de la cubierta, llevaba un sello que lo calificaba de propiedad de la biblioteca de la Liga Nacional de Arqueólogos. Sin duda, robado por Angela. Pero los libros, al igual que los paraguas, las estilográficas y las cajas de cerillas pertenecen a esa categoría de objetos cuyo robo constituye una falta leve, y Wexford no le dio demasiada importancia. Colocó el libro en su sitio y sacó el último del estante. Se titulaba: *Hombres y ángeles: Un estudio de las antiguas lenguas británicas*, y cuando lo abrió, notó que se trataba de una obra muy docta, con capítulos dedicados a los orígenes del galés, el gaélico, el gaélico escocés y

el idioma de Cornualles, y sus comunes orígenes celtas. Había costado casi seis libras, y se preguntó cómo los Hathall, que habían sostenido estar prácticamente en la indigencia, habían podido gastarse tanto dinero en una obra que sin duda se encontraba muy por encima de sus niveles culturales, como del suyo propio.

Seguía con el libro en las manos cuando Hathall entró en la sala. Vio al hombre dirigir cautelosamente la vista al libro, para apartarla luego de forma brusca.

—Señor Hathall, no sabía que estudiara usted las lenguas celtas —comentó afablemente.

—Era de Angela. No sé de dónde salió el libro, pero hacía tiempo que lo tenía.

—¡Qué raro! Porque lo han publicado este año. Pero no importa. Pensé que le gustaría saber que han encontrado su coche. Lo dejaron abandonado en Londres, en una calle secundaria, cerca de la estación de Wood Green. ¿Conoce usted ese barrio?

—Nunca he estado allí. —La vista de Hathall continuaba desviándose, con una especie de renuente fascinación o tal vez de aprensión, hacia el libro que Wexford tenía en la mano. Por ese mismo motivo, Wexford estaba decidido a no soltarlo, y a no quitar el dedo de entre unas páginas, donde lo había colocado al azar, como para señalar un lugar concreto—. ¿Cuándo me lo devolverán?

—Dentro de dos o tres días. Después que lo hayamos revisado a fondo.

—Para encontrar las famosas huellas que está buscando, supongo.

—¿Que yo estoy buscando, señor Hathall? ¿Yo? ¿No estará proyectando en mí lo que cree usted que debería yo sentir? —Wexford lo observó, imperturbable. No, no satisfaría la curiosidad de aquel hombre, aunque resultaba difícil precisar qué era lo que Hathall ansiaba más en ese momento. ¿La revelación de lo que las huellas habían permitido descubrir? ¿O que el libro fuera depositado en alguna parte, como si no tuviera importancia alguna?—. Opino que debería dejar de preocuparse por unas investigaciones que sólo

nosotros podemos llevar a cabo. Quizá le tranquilice un poco saber que su esposa no fue víctima de abusos deshonestos. —Esperó alguna señal de alivio, pero sólo vio aquellos ojos con el brillo rojizo dirigirse rápidamente al libro. Tampoco recibió respuesta cuando, al disponerse a partir, le comentó—: Su esposa tuvo una muerte muy rápida; probablemente murió en no más de quince segundos. Es posible que apenas se enterara de lo que le estaba ocurriendo.

Se puso de pie, quitó el dedo de entre las páginas del libro y utilizó el dobléz de la funda como señalador.

—¿Le importaría prestármelo unos días? —inquirió. Hathall se encogió de hombros, pero siguió sin decir palabra.

LA ENCUESTA SE LLEVÓ a cabo el martes por la mañana, y el veredicto fue de asesinato perpetrado por una persona o personas desconocidas. Después, cuando Wexford cruzaba el patio ubicado entre el tribunal del forense y la comisaría, vio a Nancy Lake dirigirse hacia Robert Hathall y la madre de éste. Comenzó a hablarle a Hathall, para expresarle sus condolencias, quizás, o bien ofrecerse a llevarlos a Wool Lane en su coche. Hathall le contestó de forma brusca y breve, aferró a su madre del brazo y se alejaron rápidamente, dejando a Nancy allí de pie, con una mano cubriéndose los labios. Wexford presenció esa pantomima, que había tenido lugar fuera del alcance del oído, y ya se encontraba cerca de la salida del aparcamiento cuando un coche se detuvo a su lado y una voz dulce y vibrante le preguntó:

—¿Está usted muy, muy ocupado, inspector jefe?

—¿Por qué lo pregunta, señora Lake?

—No porque pueda ofrecerle pistas fascinantes —repuso. Sacó la mano por la ventanilla y le hizo señas de que se acercara. Fue un ademán travieso y seductor. Wexford lo encontró irresistible; se acercó a ella y se inclinó—. La cuestión es que he reservado una mesa para dos en el Peacock, de Pomfret, y mi acompañante ha cometido la grosería de dejarme plantada. ¿Le parecería muy osado si le pidiera que me acompañara a almorzar?

Se sintió asombrado. Ya no cabía la menor duda de que esa mujer rica, guapa y absolutamente encantadora le estaba haciendo insinuaciones a él... ¡a él! Y tanto que era osado, era casi inaudito. Ella lo miró tranquilamente, con los ojos brillantes, la comisura de los labios inclinada.

Pero no tenía sentido. Fueran cuales fuesen los senderos de la fantasía que su imaginación pudiera hacerle transitar, o las galerías de imágenes eróticas que pudiera ofrecerle, no tenía sentido. En otra época, sin embargo, cuando era joven, libre y no tenía prestigio ni presiones, la historia habría sido muy diferente. Entonces habría aceptado tales ofrecimientos sin percatarse demasiado, con escasa conciencia de la delicia que encerraban. ¡Ah, quién pudiera ser un poquitín más joven y con la experiencia de ahora...!

—Es que yo también tengo una mesa reservada para el almuerzo —le dijo—. En el Café Carousel.

—¿No anulará esa cita y aceptará mi invitación?

—Señora Lake, estoy, como usted dijo, muy, muy ocupado. ¿Le parecería muy osado de mi parte si le dijera que me distraería usted de mi trabajo?

Ella se echó a reír, pero su risa no fue de alegría, y sus ojos dejaron de bailar.

—En fin, supongo que ya es bastante calificarme de distracción —dijo—. Hace usted que me pregunte si alguna vez fui algo más que una... una distracción. Adiós.

Wexford se alejó rápidamente y subió a su oficina en el ascensor, preguntándose si había sido un tonto, si alguna vez volvería a presentársele semejante ocasión. No le dio un significado especial a las palabras de la señora Lake, ni siquiera reflexionó al respecto, ni intentó interpretarlas, porque no podía pensar en ella de un modo intelectual. Mentalmente recordó el rostro de la señora Lake, tan seductor, tan esperanzado y después, tan abatido porque él había rechazado su invitación. Procuró deshacerse de esta imagen y concentrarse en lo que tenía delante, el árido informe técnico del examen del coche de Robert Hathall, pero aquel rostro le

volvía a la mente, y con él, su voz fascinadora, reducida ahora a un susurro lisonjero.

Y el informe no contenía nada que le permitiera entusiasmarse. Habían encontrado el coche aparcado en una calle, cerca del parque Alexandra, y lo había descubierto un policía en una de sus rondas. Estaba vacío, salvo por un par de mapas y un bolígrafo que encontraron en el estante del panel de mandos, y lo habían limpiado a fondo por dentro y por fuera. Las únicas huellas eran las de Robert Hathall, y estaban en la parte inferior de la tapa del maletero y del capó, y los dos únicos cabellos hallados se encontraban en el asiento del conductor y pertenecían a Angela.

Mandó llamar al sargento Martin, pero no obtuvo de él nada alentador. No se había presentado nadie aduciendo ser amigo de Angela, y al parecer nadie la había visto salir o regresar a casa el viernes por la tarde. Burden había salido a investigar por segunda o tercera vez entre los trabajadores de Wool Farm, de modo que Wexford se encaminó solo al Café Carousel a tomar su solitario almuerzo.

Era temprano, apenas pasado el mediodía, y el café seguía medio vacío. Llevaba quizá unos cinco minutos sentado ante su mesa del rincón y ya había pedido la especialidad del día de Antonio, cordero asado, cuando sintió en el hombro un ligero toque, casi una caricia. Wexford había recibido muchas sorpresas en su vida como para dar un salto. Se volvió lentamente y, con un tono frío que no sentía, dijo:

—Vaya, es un placer inesperado.

Nancy Lake se sentó frente a él. Su presencia hacía que aquel sitio pareciese escuálido. Su traje de seda color crema, su cabello sedoso y castaño, sus diamantes y su sonrisa colocaron en un plano sórdidamente llamativo a la cubertería de Woolworth de Antonio, y el recipiente de plástico de la salsa.

—La montaña no fue a Mahoma —dijo ella.

Wexford sonrió. No tenía sentido fingir que no se alegraba de verla, y le comentó:

—Ah, tendría que haberme visto hace un año. Entonces sí que era una montaña. ¿Qué le apetece tomar? El cordero asado estará malo, pero mejor que el pastel.

—No quiero comer nada. Sólo tomaré café. ¿No se siente halagado de que no haya venido por la comida?

Se sentía halagado. Mirando de reojo el plato que Antonio le colocó delante, comentó:

—Aunque no es ningún cumplido. La señora sólo tomará café. — ¿Acaso la evidente admiración de Antonio aumentaba sus atractivos? Nancy Lake fue consciente de todo ello, y él lo sabía, y en esa conciencia y en la experimentada aceptación de sus poderes residía uno de los pocos signos de su edad.

Mientras él comía, ella permaneció callada durante unos momentos, y Wexford notó que su expresión era de desconsolado sosiego. Pero de pronto, cuando se disponía a preguntarle por qué Robert Hathall la había rechazado con tanta violencia esa misma mañana, ella levantó la vista y le confesó:

—Estoy triste, señor Wexford. Las cosas no me van bien.

Él se sintió muy sorprendido e inquirió:

—¿Quiere hablarme de ello? —Resultaba extraño que la intimidad entre los dos hubiera llegado tan lejos como para permitir que le preguntase algo semejante.

—No lo sé —repuso ella—. No, creo que no. El hábito del secreto y la discreción llega a condicionar tanto, incluso si no se le encuentra demasiado sentido.

—Es verdad. O puede ser verdad en ciertas circunstancias. — ¿Las circunstancias a las que se había referido Dora?

Sin embargo, la señora Lake estuvo a punto de decírselo. Quizá la llegada del café o el revoloteo admirado de Antonio la contuvieron. Se encogió ligeramente de hombros, y en lugar de hacerle algún comentario banal, como él esperaba, le dijo algo que

le sorprendió. Fue tan inesperado y dicho de un modo tan intenso que Wexford apartó el plato y se quedó mirándola fijamente.

—¿Cree usted que está muy mal desear la muerte a alguien?

—No —repuso él, intrigado—, siempre que el deseo no pase de ahí. La mayoría de nosotros lo hemos hecho alguna vez, pero por suerte, el temor al precio a pagar siempre puede más que el impulso primero.

—Quien algo quiere, algo le cuesta.

Se sintió encantado de que le citara el refrán y le preguntó:

—¿Está ese... cómo decirlo... ese enemigo suyo relacionado con el hábito de la discreción y el secreto?

La señora Lake asintió y luego repuso:

—Aunque no debería haber sacado el tema. Fue una tontería de mi parte. En realidad soy muy afortunada, pero ocurre que a veces a una se le hace cuesta arriba esto de alternar el papel de reina con el de... el de distracción. Recuperaré mi corona este año, o el próximo quizá. Jamás abdicaré. ¡Cielos, cuánto misterio! Es usted demasiado listo como para no haber adivinado a qué me refiero, ¿no? —Wexford no respondió—. Cambiemos de tema —le pidió ella.

De modo que cambiaron de tema. Después, cuando ella se hubo marchado y él se quedó de pie, en High Street, como hechizado, le habría resultado muy difícil decir de qué habían hablado; sólo sabía que había sido agradable, demasiado agradable, y que la conversación le había dejado un sentimiento de culpa de lo más desagradable. Pero no volvería a verla. Si era preciso, almorzaría en la cantina de la comisaría, la evitaría, nunca más volvería a estar a solas con ella, ni siquiera en un restaurante. Era como si hubiese cometido adulterio, como si se hubiese confesado culpable y le hubiesen ordenado que «evitara la ocasión». Pero no se había comprometido en ningún sentido. Se había limitado a hablar y a escuchar.

¿Le ayudaba en algo lo que había escuchado? Tal vez. Todos esos rodeos, esas alusiones a un enemigo, al secreto y la discreción

habían sido un indicio. Wexford sabía muy bien que Hathall no iba a admitir nada, sino que se limitaría a dejar que la conmiseración del forense le aumentara el ego. Sin embargo, aunque era consciente de ello, partió por High Street rumbo a Wool Lane. No tenía idea de que aquélla sería su última visita a Bury Cottage y que, aunque vería otra vez a Hathall, transcurriría más de un año antes de que volvieran a cruzar palabra.

Wexford se había olvidado por completo del libro de lenguas celtas, en realidad, ni siquiera se había molestado en volver a mirarlo, pero Hathall lo recibió con la petición de que se lo devolviera de inmediato.

—Se lo haré llegar mañana —le informó.

Hathall pareció aliviado.

—Además, está lo de mi coche. Lo necesito.

—También lo tendrá mañana.

La anciana avinagrada se encontraba en la cocina, parapetada tras una puerta cerrada. Había mantenido la casa en el estado inmaculado en que la dejara su difunta nuera, pero el toque de una mano extraña y sin gusto resultaba ya aparente. Sobre la antigua mesa ovalada del señor Somerset había un florero con flores de plástico. ¿Qué impulso, festivo o funerario, había llevado a la señora Hathall a comprarlas y ponerlas allí? Flores de *plástico*, pensó Wexford, en la estación en que todo maduraba y daba frutos, cuando las flores de verdad llenaban los jardines, los setos y las floristerías.

Hathall no le pidió que se sentara, y él tampoco quiso hacerlo. Permaneció de pie, acodado en el estante de la chimenea, con el puño cerrado apretado contra la dura mejilla colorada.

—¿De modo que en mi coche no ha encontrado nada acusador?

—Yo no he dicho eso, señor Hathall.

—¿Ah, no?

—En realidad, no. Quienquiera que haya matado a su esposa fue muy listo. No sé si me he encontrado alguna vez con alguien en una situación semejante, que haya cubierto sus huellas de una forma tan experta. —Wexford cargó un poco las tintas, y adoptó un ligero tono de enconada admiración. Hathall lo escuchaba con indiferencia. Y si gratificada era una palabra demasiado fuerte para calificar su expresión, satisfecha, no lo era. El puño se abrió y se relajó, y Hathall se reclinó arrogantemente contra la chimenea. Al parecer, usó guantes para conducir su coche —le explicó Wexford—, y además, como precaución, lo lavó. Por lo visto, no lo vieron aparcar, y el viernes tampoco vieron a nadie conducir el vehículo. De momento, tenemos muy pocas pistas en las que basarnos.

—¿Encontrarán ustedes alguna otra? —Se mostró ansioso por saberlo, pero igual de deseoso por ocultar esa ansiedad.

—Todavía es muy pronto, señor Hathall. ¿Quién sabe? —Quizá fuera cruel jugar con aquel hombre. ¿Acaso el fin justifica los medios? Además, Wexford ignoraba qué fin perseguía, y a qué aferrarse después de aquel juego del escondite en un cuarto oscuro—. Sólo puedo decirle que en esta casa hemos encontrado las huellas de un hombre que no es usted.

—¿Figuran en el... cómo lo llaman... en el expediente?

—Resultaron ser las del señor Mark Somerset.

—Ah, bueno... —De pronto Hathall se mostró más afable de lo que Wexford lo había visto nunca. Quizá su inhibición a tocar le impidió adelantarse y darle al inspector jefe unas palmadas en la espalda—. Lo siento —dijo—, pero ocurre que en estos momentos estoy fuera de mí. Debí pedirle que se sentara. ¿O sea que las únicas huellas que encontraron fueron las del señor Somerset? El querido primo Mark, nuestro tacaño casero.

—Yo no he dicho eso, señor Hathall.

—Bueno, también las mías y... y las de Angela, por supuesto.

—Por supuesto. Pero aparte de esas, en su cuarto de baño encontramos la huella de una mano de mujer. Se trata de la huella

de su mano derecha, y en la punta del índice tiene una cicatriz en forma de A.

Wexford había esperado una reacción. Pero creía que Hathall se controlaba tan bien que supuso que la reacción se manifestaría sólo como una nueva oleada de indignación. Protestaría, tal vez, preguntaría por qué la policía no había seguido la pista de esas pruebas, o bien, encogiéndose de hombros con impaciencia, sugeriría que se trataba de la huella de alguna amiga de su mujer, que había olvidado mencionar, dada la pena que lo embargaba. Buscando un camino a tientas en la oscuridad como estaba haciendo él, jamás se hubiera imaginado que sus palabras fueran a tener un efecto tan catastrófico.

Porque Hathall quedó inmovilizado donde se encontraba. Era como si le hubieran arrebatado la vida. Como si de repente le hubiera asaltado un dolor tan grande que lo hubiese paralizado obligándolo a permanecer quieto para protegerse el corazón y todo el sistema nervioso. Pero no dijo palabra, no produjo sonido alguno. Su autocontrol *era* magnífico. Pero su cuerpo, su yo físico, triunfaba sobre sus procesos mentales. Era el ejemplo más claro del dominio de la materia sobre la mente que Wexford hubiera visto jamás. Finalmente, la conmoción había asaltado a Hathall. El asombro, con su incredulidad y terror concomitantes, el saber cómo sería el futuro a partir de ese momento, reacciones que deberían haberlo asaltado al ver por primera vez el cadáver de su mujer, se producían cinco días más tarde. Y lo dejaron aturdido.

Wexford sintió un gran entusiasmo, pero se comportó de una manera muy casual.

—Quizá tenga usted alguna idea de a quién puede pertenecer la huella de esa mano.

Hathall inspiró profundamente. Al parecer tenía una verdadera necesidad de oxígeno. Sacudió la cabeza.

—¿No tiene ninguna idea, señor Hathall?

Continuó sacudiendo la cabeza. Como un robot, automáticamente, como impelido por un espantoso mecanismo

cerebral de precisión, y Wexford tuvo la sensación de que Hathall se vería obligado a aferrarse la cabeza con ambas manos para detener aquel movimiento lento, mecánico.

—La huella bien clara de una mano, en el costado de su bañera. Con una cicatriz en forma de A en el índice derecho. Evidentemente, la utilizaremos como pista en nuestra hipótesis principal de investigación.

Hathall levantó de golpe la barbilla. Un espasmo le recorrió el cuerpo. Con esfuerzo, a través de los labios rígidos, le salió un hilo de voz forzada.

—¿Ha dicho en la bañera?

—En la bañera. ¿Verdad que no me equivoco al pensar que puede usted adivinar de quién es?

—No tengo la más mínima idea —respondió Hathall, trémulo, débil. Su piel había adquirido una palidez abigarrada, pero la sangre le había vuelto otra vez y le latía en las venas de la frente. Ya había pasado lo peor de la conmoción. Había dado paso a... ¿a qué? No era ira, ni indignación. Era pena, pensó Wexford, sorprendido. A esas alturas tan avanzadas, sentía verdadera pena...

Wexford no sintió el impulso de ser compasivo. Implacable, le comentó:

—Durante mis interrogatorios, lo he notado muy ansioso por saber qué hemos deducido de las huellas. La verdad es que nunca había visto a un marido acongojado demostrar un interés tan verdadero por los aspectos forenses de un caso. Por lo tanto, me resulta imposible no sospechar que esperaba usted que encontrásemos una cierta huella. Si es así, y hemos encontrado esa huella, debo advertirle que obstruirá usted la marcha de esta investigación si se guarda lo que puede resultar una información de vital importancia.

—¡No me amenace! —Aunque la frase fue proferida en tono agudo, la voz que la pronunció era débil, y la irascibilidad del tono, patéticamente fingida—. No piense usted que puede acosarme.

—Vea, señor Hathall, yo le aconsejaría que meditase lo que acabo de decirle, y si es usted inteligente, nos revelará abiertamente lo que no me cabe duda que sabe.

Mientras le decía esto, mirándolo a los ojos asombrados y patéticos, supo que tal revelación distaba mucho de ser inteligente. Porque por más coartada que pudiera tener, por más amor y devoción que le hubiera profesado a su mujer, la había asesinado. Y al marcharse de la sala y buscar él solo la salida, se imaginó a Robert Hathall desplomándose en una silla, respirando levemente, sintiendo el corazón al galope, reuniendo todos sus recursos para poder sobrevivir.

El hecho de revelarle que habían encontrado la huella de la mano de una mujer le había producido aquella conmoción. Por lo tanto, sabía quién era esa mujer. Durante el curso de los interrogatorios las huellas le habían preocupado mucho, porque había temido todo el tiempo que ella hubiese dejado esa prueba. Pero su reacción no había sido la del hombre que sólo sospecha algo o teme la confirmación de un hecho intuido. Había sido la reacción de alguien que teme por su propia libertad y su propia paz, y también por la libertad y la paz de otra persona, y, sobre todo, que él y esa otra persona ya no pudieran gozar juntos de esa paz y esa libertad.

EL DESCUBRIMIENTO había apartado de la mente de Wexford los recuerdos del interludio del mediodía. Pero, poco después de las cuatro, cuando entró en su propia casa, regresaron a él deslucidos por la culpa. Y si no hubiera pasado esa hora en compañía de Nancy Lake, o si esa hora no hubiera sido tan agradable, no le habría dado a Dora un beso tan sentido, ni le habría preguntado lo que le preguntó.

—¿Te apetecería ir un par de días a Londres?

—¿Quieres decir que tienes que ir a Londres?

Wexford asintió.

—¿Y que no soportas la idea de separarte de mí? —Wexford notó que se sonrojaba. ¿Por qué tenía que ser tan perspicaz? Era como si le leyese los pensamientos. Pero si hubiese sido menos perspicaz, ¿se habría casado con ella?—. Me encantaría, cariño —repuso, imperturbable—. ¿Cuándo partimos?

—Si Howard y Denise nos aceptan, en cuanto hayas preparado un bolso. —Sonrió, pues sabía la cantidad de ropa que querría llevarse para pasar sólo un par de días en compañía de su elegante sobrina—. Algo así como... ¿diez minutos?

—Dame una hora —le pidió Dora.

—De acuerdo. Telefonaré a Denise.

El superintendente Howard Fortune, jefe del Departamento de Investigación Criminal de Kenbourne Vale, era hijo de la difunta hermana de Wexford. Durante años, Wexford había sentido por su sobrino un temor reverencial mezclado con cierta dosis de envidia, porque al muchacho, con ese nombre tan apto, le habían ocurrido muchas cosas buenas al parecer sin grandes esfuerzos de su parte: un título con calificaciones de primera, una casa en Chelsea, la boda con una hermosa modelo, un rápido ascenso hasta que su categoría superó ampliamente la de su tío. Y a los ojos de Wexford, la pareja había adquirido el duro oropel de la gente bien y los había incluido, aunque apenas los conocía, en la categoría de parientes ricos que nos menosprecian desde lejos y nos desairan si les hacemos proposiciones. Receloso, después de una enfermedad, había aceptado pasar la convalecencia en casa de ellos y sus celos resultaron ser infundados, las tontas sospechas que nacen exclusivamente de la animosidad. Porque Howard y Denise se habían mostrado amables, hospitalarios y discretos, y cuando había ayudado a Howard a resolver un caso de asesinato de Kenbourne Vale —en opinión de Howard se lo había resuelto su tío— se sintió reivindicado y supo que entre los dos había nacido una amistad.

La firmeza de esa amistad había sido demostrada por la alegría con que los Fortune disfrutaban de las reuniones navideñas en casa de Wexford por el nuevo *rapprochement* entre tío y sobrino, y volvió a revelarse en el recibimiento que el inspector jefe y su mujer encontraron cuando el taxi los dejó ante la casa de Teresa Street. Eran poco más de las siete y Denise tenía casi a punto una de sus elaboradas cenas.

—Tío Reg, cuánto has adelgazado —le dijo la muchacha al besarlo—. Aquí me tienes, afanándome por proporcionarte calorías y ahora parece ser que todo mi trabajo ha sido en vano. Tienes un aspecto estupendo.

—Gracias, cariño. Debo confesar que mi pérdida de peso me ha permitido deshacerme de uno de mis principales temores londinenses.

—¿Y cuál sería ese temor?

—*Era* el miedo a bajar al metro y meterme en uno de esos artilugios automáticos para los billetes —ya sabes, de esos con ruidosas mandíbulas— y no poder salir.

Denise se echó a reír y los condujo a la sala. Después de su famosa primera visita, Wexford había superado el miedo a derribar los arreglos florales de Denise y dominado el pavor que le inspiraban sus frágiles ornamentos de porcelana y el tapizado de satén, que temía manchar de café. La abundancia de todo, el fluir pacífico de esplendores y el estilo de vida gracioso ya no lo intimidaban. Lograba sentarse con naturalidad en una de las sillas colocadas en pequeños círculos junto con un sofá de seda, que le recordaban las fotos de los interiores del palacio real. Era capaz de reírse de la calefacción tropical, o en momentos como aquél, cuando no estaba encendida, hacer comentarios sobre su equivalente veraniego, el aire acondicionado de reciente instalación.

—Me recuerda —dijo—, aquella descripción que Scott hace de los aposentos de *Lady Rowena*. «Los ricos cortinados se agitaron bajo la ráfaga nocturna... las llamas de las antorchas flamearon lateralmente en el aire como el estandarte desplegado de un caudillo». Sólo que en vuestro caso son las plantas de interior las que flamen y no las llamas.

Tenían por costumbre bromear intercambiándose citas literarias, pues en cierta época Wexford las había utilizado para dejar constancia de su igualdad intelectual, y Howard le había seguido la corriente, al menos eso creía su tío, en un discreto intento por no hablar del oficio que compartían.

—Chácharas literarias, ¿eh, Reg? —comentó Howard sonriendo.

—Sólo para romper el hielo... y no tardarás nada en tener hielo de verdad en los floreros si eso sigue funcionando, Denise. Ahora en serio, quiero comentarte por qué he venido a verte, pero lo dejaré para después de la cena.

—¡Y yo que creí que habías venido a verme a mí! —exclamó Denise.

—A eso vine, cariño, pero en estos momentos, hay otra muchacha que me interesa mucho más.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Wexford le tomó la mano y fingiendo examinarla, repuso:

—Una cicatriz en forma de A en el dedo índice.

Cuando estaba en Londres, Wexford siempre abrigaba la esperanza de que lo tomaran por londinense. Para mantener esa ilusión, adoptaba ciertas medidas, como permanecer en su asiento hasta que el metro hubiese llegado a su estación de destino, en lugar de levantarse nervioso y de un salto treinta segundos antes tal como acostumbran a hacer los no londinenses. Y se abstenía de preguntarle a otros pasajeros si el metro en el que viajaba iba en realidad al sitio anunciado por el confuso indicador. Como consecuencia de ello, en cierta ocasión fue a parar a Uxbridge en lugar de ir a Harrow-on-the-Hill. Pero en metro no resulta fácil desplazarse desde la zona occidental de Chelsea hasta el West End, de modo que Wexford subió al autobús de la línea 14, su viejo amigo.

En lugar de una persona, Marcus Flower resultó ser dos: Jason Marcus y Stephen Flower, el primero parecía una versión joven con pelo largo de Ronald Colman, y el segundo una versión con pelo corto de Mick Jagger jubilado. Wexford no aceptó una taza del café negro que estaban bebiendo, al parecer como remedio contra la resaca, y dijo que en realidad había ido para hablar con Linda Kipling. Al oírlo, Marcus y Flower improvisaron una doble actuación, llena de insinuaciones, y declararon que valía infinitamente más la pena ver a la señorita Kipling que a ellos, que allí todos iban sólo para ver a las chicas, y entonces, poniéndose simultáneamente serios, dijeron cuánto habían lamentado enterarse de lo del «pobrecito Bob», de lo cual habían sido «mantenidos absolutamente al margen».

Entonces, Marcus condujo a Wexford por una serie de despachos, extrañamente lujosos y austeros al mismo tiempo, habitaciones donde los muebles de acero y cuero combinaban con cortinas de terciopelo y mullidas alfombras. De las paredes colgaban unas pinturas abstractas del *género* salpicadura de *kétchup* y arañas copulando, y sobre las mesitas había revistas de pornografía tan blanda que parecían un plato de manjar blanco tanto en textura como en especie. Las secretarias, tres en total, ocupaban un despacho de terciopelo azul; lo recibió una de ellas, la pelirroja Linda Kipling. Según Linda, las otras dos no estaban; una de ellas se había marchado a la peluquería y la otra se había ido de boda. Era esa clase de sitios.

Lo condujo a un despacho vacío, y allí la muchacha se sentó en ese tipo de bancos metálicos con cuero negro que suelen encontrarse en los vestíbulos de los aeropuertos. Tenía aspecto de maniquí de tienda de vestidos caros, realista pero no real, como hecho de plástico de buena calidad. Mientras se contemplaba las uñas pintadas de verde, le dijo que Robert Hathall había telefoneado a su esposa todos los días a la hora del almuerzo desde que trabajaba con ellos, y que la llamada la había hecho él mismo o bien a través de ella. Le había parecido un detalle «increíblemente dulce», aunque ahora, por supuesto, lo encontraba «increíblemente trágico».

—Señorita Kipling, ¿usted diría que era feliz en su matrimonio, no es cierto? ¿Que hablaba mucho de su mujer y tenía su foto sobre el escritorio?

—Sí, tenía su foto, pero Liz comentó que era tremendamente burgués hacer cosas por el estilo, de modo que la guardó. No sabría decirle si era feliz. Nunca fue demasiado *vivaz*, no se parecía a Jason, ni a Steve, ni a algunos de los otros tipos.

—¿Y cómo estuvo el viernes pasado?

—Como siempre. *Igual* que siempre. Ya se lo he dicho a un policía. No sé qué sentido tiene repetir las mismas cosas una y otra vez. Se mostró igual que siempre. Llegó poco después de las diez y

estuvo aquí toda la mañana, trabajando en un proyecto para el tratamiento hospitalario privado del personal que lo desee. Una especie de seguro, ¿me explico? —Linda demostró su desdén hacia aquellos ejecutivos que no podían permitirse el lujo de pagarse una asistencia médica privada—. Telefoneó a su mujer poco antes de la una y luego salió a almorzar a un *pub* con Jason. No estuvieron mucho tiempo fuera. Sé que regresó a eso de las dos y media. Me dictó tres cartas. —Al recordarlo, pareció apesadumbrada, como si se hubiera tratado de una tarea injustamente exigente—. Y se marchó a las cinco y media, para encontrarse con su madre y llevarla a su casa, en algún lugar de Sussex.

—¿Solía recibir llamadas de otras mujeres o de alguna en particular?

—Su esposa nunca le telefoneaba. —La muchacha comprendió entonces a qué aludía y se quedó mirándolo. Era una de esas personas tan estrechas, con una imaginación tan limitada, que la alusión a algo inesperado en el terreno sexual, en la conducta social o las emociones, les provoca un ataque de risa nerviosa. Se echó a reír histéricamente.

—¿Una novia, quiere usted decir? No, nunca le telefoneaba nadie.

—¿Se sentía atraído por alguna de las chicas de la oficina?

Se mostró asombradísima y se apartó ligeramente de donde estaba preguntando:

—¿Las chicas de la oficina?

—Hay cinco chicas en esta oficina, señorita Kipling, y si he de guiarme por las tres que he visto, no podría decir que sean ustedes exactamente repulsivas. ¿El señor Hathall tenía una amistad especial con alguna de las chicas de la oficina?

Hizo aletear las uñas verdes.

—¿Quiere usted decir una relación? ¿Se refiere usted a si se *acostaba* con alguna?

—Si prefiere expresarlo de ese modo. Al fin y al cabo era un hombre solitario, temporalmente separado de su esposa. Supongo

que el viernes por la tarde estaban todas ustedes aquí, que ninguna se marchó de boda o a la peluquería, ¿verdad?

—¡Claro que estábamos todas aquí! Y en cuanto a si Bob Hathall tenía relaciones con alguna de nosotras, le interesará saber que June y Liz están casadas, Clare está comprometida con Jason y Suzanne es la hija de lord Carthew.

—¿Acaso eso la exime de acostarse con un hombre?

—La exime de acostarse con un hombre de... de la clase de Bob Hathall. Y lo mismo puede decirse de todas nosotras. Puede que no seamos «exactamente repulsivas», como ha dicho usted, ¡pero no hemos caído tan bajo!

Wexford se despidió de ella y salió de allí lamentando incluso haberle hecho aquel cumplido de compromiso. En Piccadilly, entró en una cabina y marcó el número de Craig y Butler, Contables, de Gray's Inn Road. Le informaron que el señor Butler estaba ocupado en ese momento, pero que tendría el gusto de recibirlo esa tarde, a las tres. ¿En qué emplearía el tiempo libre? Aunque había logrado averiguar la dirección de la señora Eileen Hathall, Croydon se encontraba muy lejos como para combinar un viaje hasta allí y llegar a tiempo para la cita de las tres. ¿Por qué no averiguar algo más acerca de Angela y obtener detalles sobre el trasfondo de aquel matrimonio que en opinión de todos había sido feliz, pero que había acabado en asesinato? Hojeó el listín telefónico y la encontró: Biblioteca de la Liga Nacional de Arqueólogos, Trident Place 17, Knightsbridge SW7. A paso vivo se dirigió a la estación de metro de Piccadilly Circus.

No era fácil encontrar Trident Place. Aunque en la intimidad de la cabina había consultado su *Guía de la A a la Z*, no le quedó más remedio que volver a consultarla a la vista de los sofisticados londinenses. Mientras se decía que era un viejo tonto por mostrarse tan cohibido, fue recompensado con la vista de Sloane Street desde donde, según la guía, arrancaba Trident Place.

Era una calle amplia, de casas victorianas de cuatro pisos, todas muy elegantes y cuidadas. El número siete tenía un par de pesadas

puertas de cristal enmarcadas en caoba, y Wexford las atravesó adentrándose en un vestíbulo del que colgaban fotos monocromas de ánforas con retratos de excavadores del pasado de aspecto melancólico; atravesó luego otra puerta y se encontró en la biblioteca. La atmósfera era la propia de todos los sitios de ese estilo, completamente silenciosa, erudita, olía a libros, antiguos y modernos. Había poca gente. Uno de los socios se afanaba con uno de los enormes catálogos encuadernados en cuero, otro firmaba por unos libros que acababa de tomar en préstamo. Dos muchachas y un joven se encontraban ocupados de un modo silencioso y diligente tras un mostrador de roble pulido, y fue una de estas muchachas la que salió y condujo a Wexford a la planta de arriba, dejando atrás más retratos, más fotos, el silencio sepulcral de la sala de lectura hasta llegar al despacho de la bibliotecaria jefe, la señorita Marie Marcovitch.

La señorita Marcovitch era una mujer pequeña, entrada en años, probablemente de origen judío centroeuropeo. Hablaba un inglés fluido, académico, con un ligero acento. Era tan distinta de Linda Kipling como una mujer puede ser distinta de otra; lo invitó a sentarse y no demostró sorpresa alguna de que hubiera ido a interrogarla por un caso de asesinato, aunque al principio no relacionó a la chica que solía trabajar para ella con la mujer muerta.

—Se marchó de aquí antes de casarse, claro está —dijo Wexford—. ¿Cómo la describiría usted, como vulgar y descortés o como nerviosa y tímida?

—Bueno, era callada. Podría decirle que era... pero no, la pobre muchacha está muerta. —Después de su breve vacilación, la señorita Marcovitch prosiguió rápidamente—: La verdad es que no sé qué puedo contarle de ella. Era bastante corriente.

—Me gustaría que me contara todo lo que sabe.

—Se daba ciertos aires, aunque *fuese* bastante corriente. Vino a trabajar aquí hace aproximadamente cinco años. La biblioteca no tiene por norma contratar a personas sin título universitario, pero Angela era una bibliotecaria calificada y poseía ciertos

conocimientos arqueológicos. Carecía de experiencia práctica, pero a decir verdad, yo también.

La atmósfera tan docta le recordó a Wexford un libro que aún no había devuelto.

—¿Estaba interesada en las lenguas celtas?

—Que yo sepa, no —repuso la señorita Marcovitch sorprendida.

—No se preocupe usted, continúe, por favor.

—No tengo ni idea de cómo continuar, inspector jefe. Angela cumplía con su trabajo de forma satisfactoria, aunque solía faltar con bastante frecuencia aduciendo unos vagos motivos de salud. No administraba muy bien su dinero... —Wexford volvió a notar la vacilación—. Quiero decir que no lograba que el sueldo le alcanzase y se quejaba de que era bajo. Me enteré que pedía prestadas pequeñas sumas a otros miembros del personal, pero eso no era asunto mío.

—Tengo entendido que trabajó aquí unos cuantos meses antes de conocer al señor Hathall.

—No estoy segura de cuándo conoció al señor Hathall. Al principio, era bastante amiga de un tal señor Craig, que solía trabajar para nosotros, pero que se marchó por esa época. Lo cierto es que todo el personal que había en aquella época se ha marchado, salvo yo. Me temo que nunca conocí al señor Hathall.

—Pero sí conoció a la primera señora Hathall, ¿verdad?

La bibliotecaria frunció los labios y cruzó sobre el regazo las manos pequeñas y consumidas.

—Esto es propagar el escándalo —respondió, decorosa.

—Gran parte de mi trabajo consiste en eso, señorita Marcovitch.

—Bueno... —De pronto, lanzó una sonrisa inesperada, brillante, casi maliciosa—. Preso por mil, preso por mil quinientos, ¿eh? Sí, conocí a la primera señora Hathall. Estaba en la biblioteca cuando entró. Habrá notado usted que éste es un lugar muy tranquilo y silencioso. Nadie levanta la voz ni hace movimientos bruscos. Se trata de un ambiente que conviene al personal y a los socios por igual. Debo confesar que me enfadé mucho cuando esa mujer entró

en la biblioteca como un torbellino, se dirigió al mostrador, donde estaba Angela, y comenzó a despotricar contra ella. A los socios les resultó imposible no enterarse de que le reprochaba a Angela por robarle al marido, según sus palabras textuales. Le pedí al señor Craig que se deshiciere de esa mujer con toda la discreción posible, y después me llevé a Angela al piso de arriba. Cuando se calmó, le dije que, aunque su vida privada no era asunto mío, no podía permitir que se volviese a repetir algo semejante.

—¿Y no volvió a ocurrir?

—No, pero el trabajo de Angela comenzó a desmejorar. Era el tipo de persona que se desmorona cuando se la somete a alguna presión. Cuando anunció que por consejo de su médico tendría que renunciar, lo sentí por ella, pero por otro lado me alegré.

La bibliotecaria guardó silencio; al parecer había dicho todo lo que tenía que decir y se puso de pie. En lugar de incorporarse, con voz cortante, Wexford le preguntó:

—¿Preso por mil, señorita Marcovitch?

La anciana se sonrojó y lanzó una risita incómoda.

—¡Qué perspicaz es usted, inspector jefe! Sí, hay algo más. Supongo que habrá notado usted mis vacilaciones. Nunca se lo he contado a nadie, pero... en fin, se lo contaré. —Volvió a sentarse, y adoptó un aire más pedante—. En vista de que los socios de la biblioteca pagan una elevada cuota —veinticinco libras al año— y normalmente cuidan los libros, generalmente no cobramos multas si no devuelven los libros dentro del plazo establecido de un mes. Como es lógico, no solemos hacer publicidad al respecto, y muchos socios nuevos se han mostrado gratamente sorprendidos, cuando devuelven libros que se habían quedado durante dos o tres meses, y se enteran de que no les cobramos ninguna multa.

»Hace aproximadamente tres años y medio, poco después que Angela se hubo marchado, de casualidad me encontraba echando una mano en el mostrador de devoluciones, cuando un socio me trajo tres libros y comprobé que el plazo había vencido hacía seis meses. Yo no habría hecho ningún comentario si ese socio no

hubiera sacado una libra con ochenta, cantidad que, me aseguró, debía pagar en concepto de multa por no entregar los libros en fecha, o sea a razón de diez peniques por semana y libro. Cuando le informé que en esta biblioteca jamás se cobraban multas, dijo que llevaba como socio apenas un año y que en una sola ocasión se había quedado con los libros más de un mes. Y en esa ocasión, la «señorita que estaba antes» le había cobrado una libra, y que él no había protestado porque le parecía razonable.

»Evidentemente, hice mis averiguaciones entre los miembros del personal, y todos resultaron perfectamente inocentes, pero las dos muchachas me comentaron que últimamente, otros socios habían querido pagarles la multa por los libros no entregados en fecha, pero ellas se negaron a recibir el dinero y les explicaron nuestras normas.

—¿Cree usted que Angela Hathall fue la responsable? —inquirió Wexford.

—¿Quién iba a ser si no? Pero ya se había marchado, y lo cierto es que el daño causado no era tan grande. También es verdad que no me hacía gracia sacar a relucir el tema en la reunión del directorio, porque quizás habría significado mayores problemas, nos habrían llevado a juicio, y habrían citado al personal a declarar. Además, la muchacha se había visto sometida a una serie de presiones y se trataba de un fraude ínfimo. Dudo mucho que sacara más de diez libras.

UN FRAUDE ÍNFIMO... Wexford no había esperado en absoluto encontrarse con un fraude, y probablemente fuera irrelevante. Pero la vaga figura de Angela Hathall, igual que una silueta surgida de la niebla, había comenzado a adquirir perfiles más definidos. Una personalidad paranoica, con tendencia a la hipocondría, inteligente, pero incapaz de perseverar en un trabajo fijo; con un estado mental fácilmente quebrantable en momentos adversos, económicamente inestable, dispuesta a ganar dinero extra por medios fraudulentos. ¿Cómo había hecho entonces para arreglárselas con las quince libras semanales que eran todo lo que ella y su marido habían contado para vivir durante casi tres años?

Se marchó de la biblioteca y fue en metro hasta Chancery Lane. Craig y Butler, Contables, tenían sus oficinas en la tercera planta de un antiguo edificio, cerca del Royal Free Hospital. Examinó el lugar, almorzó una ensalada y un zumo de naranja en un café, y a las tres menos un minuto, lo condujeron al despacho del socio más antiguo, el señor William Butler. La habitación era tan anticuada y casi tan silenciosa como la biblioteca, y el señor Butler, casi tan acartonado como la señorita Marcovitch. Pero lucía una estupenda sonrisa, la atmósfera era más empresarial que erudita, y el único retrato a la vista era un óleo muy coloreado de un anciano con traje oscuro.

—Mi exsocio, el señor Craig —le informó William Butler.

—Entonces supongo que fue su hijo quien presentó a Robert y Angela Hathall, ¿no?

—Su sobrino. Paul Craig, hijo, ha sido mi socio desde que su padre se retiró. Jonathan Craig es quien trabajaba con los arqueólogos.

—Tengo entendido que se conocieron en una fiesta que se organizó aquí en las oficinas.

El anciano lanzó una carcajada aguda y ronca.

—¿Una fiesta *aquí*? ¿Dónde meteríamos la comida y las bebidas, por no mencionar a los invitados? No tardarían en acordarse de la declaración de la renta y deprimirse. No, la fiesta fue en Finchley, en casa del señor Craig, con motivo de su retiro de la empresa después de cuarenta y cinco años de servicios.

—¿Conoció usted allí a Angela Hathall?

—Fue la única vez que la vi. Una criatura guapa, aunque con un cierto aspecto de caballo de Shetland, como el que tienen muchas chicas hoy en día. Vestía pantalones. Personalmente, creo que para asistir a una fiesta una mujer debería llevar falda. Bob Hathall quedó prendado de ella desde el principio; saltaba a la vista.

—Cosa que no debió de sentar demasiado bien al señor Jonathan Craig.

El señor Butler volvió a lanzar su graznido como de cuerda de violín.

—No iba muy en serio con *ella*. Por cierto, después de eso se casó. Su mujer no vale nada, pero está forrada, amigo mío, tiene montones de dinero. La tal Angela no le habría caído bien a la familia, como yo. Aunque le advierto que hasta yo mismo vi el panorama un poco negro cuando la chica se le plantó a Paul y le dijo que tenía un trabajo estupendo, porque contaba con todos los elementos como para no pagar impuestos. Decirle eso a un contable es como decirle a un médico que tiene suerte de poder conseguir heroína. —El señor Butler lanzó una alegre carcajada ahogada—. Por cierto, también conocí a la primera señora Hathall. Una mujer briosa. Montó un número de cuidado. Daba golpes por todas partes

al tiempo que intentaba alcanzar a Bob y éste se encerró en su oficina. ¡Qué voz tiene cuando está enfadada! En otra ocasión se pasó el día sentada en las escaleras, esperando a que Bob saliese. Él volvió a encerrarse con llave y no salió en toda la noche. Dios sabe a qué hora se fue la mujer a casa. Al día siguiente, volvió a aparecer y a gritos me pidió que lo obligara a volver con ella y con su hija. Ése sí que fue un buen número. No lo olvidaré en la vida.

—En resumidas cuentas, usted lo despidió —dijo Wexford.

—¡Jamás hice algo así! ¿Es eso lo que él dice?

Wexford asintió.

—¡Maldita sea! Bob Hathall siempre fue un mentiroso. Le contaré lo que ocurrió, y podrá creérselo o no, como prefiera. Después de la escenita, lo hice venir a este despacho, y le advertí que le convenía manejar su vida privada un poco mejor. Tuvimos una discusión, total que el tío montó en cólera y dijo que se marchaba. Intenté disuadirlo. Había empezado como mensajero y todo lo que sabía lo aprendió aquí. Le dije que si pensaba divorciarse, iba a necesitar todo el dinero que pudiera conseguir, y que para Año Nuevo teníamos planeado aumentarle el sueldo. Pero no quiso escucharme, no paraba de quejarse de que todos estaban en contra suya y de Angela. Se marchó y se buscó un trabajito de media jornada con un sueldo de mala muerte. Se lo tiene merecido.

Al recordar el fraude de Angela y el comentario que le hiciera a Paul Craig, y diciéndose que Dios los cría y ellos se juntan, Wexford le preguntó al señor Butler si Robert Hathall había hecho alguna cosa que pudiera interpretarse, aunque fuera someramente, como ilegal. El señor Butler se mostró azorado.

—Por supuesto que no. He dicho que no era un tipo del todo sincero, pero por lo demás, era honesto.

—¿Diría usted que susceptible a las mujeres?

William Butler lanzó otro graznido y sacudió la cabeza con vehemencia.

—Tenía quince años cuando llegó a este despacho, y ya por entonces salía con su primera esposa. Estuvieron comprometidos

durante un montón de años. Le diré que Bob era tan estrecho de miras y tan reprimido, que no sabía que había otras mujeres sobre la faz de la tierra. Teníamos una mecanógrafa muy guapa, y por la atención que le prestaba, podía muy bien haberse tratado de una máquina de escribir. Fue por eso que perdió la chaveta por esa Angela, se volvió loco por ella como un colegial romántico. Fue como si hubiera despertado, como si se le hubiese caído la venda de los ojos. Suele ocurrir a menudo. Los tipos que llegan tarde a ciertas cosas son siempre los peores.

—¿O sea que después de despertar, quizá comenzó a mirar más a su alrededor?

—Tal vez, pero en eso sí que no puedo ayudarlo. ¿Cree usted que pudo haberse cargado a esa Angela?

—Yo no me comprometería a decir tanto, señor Butler —repuso Wexford mientras se disponía a marcharse.

—Ya. Ha sido una pregunta tonta, ¿no? Creí que iba a matar a la otra, eso puedo asegurárselo. Ahí es donde se sentaba, justo en el escalón donde se encuentra usted ahora. Es algo que no olvidaré mientras viva.

Howard Fortune era un hombre alto, delgado, casi esquelético a pesar de su apetito voraz. Tenía el cabello claro de la familia Wexford, de un tono marrón desteñido como de papel de embalar y los ojos gris azulado eran pequeños y vivaces. A pesar de la diferencia en su complexión, siempre se había parecido a su tío, y ahora que Wexford había perdido tanto peso el parecido había aumentado. Sentados uno frente al otro en el estudio de Howard, podían haber sido padre e hijo porque, dejando de lado el parecido, Wexford podía ahora hablarle a su sobrino con la misma familiaridad con que le hablaba a Burden, y Howard podía responderle sin la delicadeza y el tacto cohibido de otras épocas.

Sus respectivas esposas habían salido. Después de pasarse el día de compras, se habían marchado a un teatro, y tío y sobrino

habían cenado a solas. Mientras Howard bebía una copa de *brandy* y Wexford se contentaba con una copa de vino blanco, este último explicó ampliamente la teoría que había expuesto a su sobrino la noche anterior.

—En mi opinión —dijo Wexford—, la única manera de explicar el horror que sintió Hathall —porque fue horror, Howard— cuando le conté que habíamos encontrado esa huella es que él haya arreglado lo del asesinato de Angela con la ayuda de una cómplice.

—¿Con la que tenía amoríos?

—Posiblemente. Ése sería el móvil.

—En la actualidad, se trata de un móvil muy endeble, ¿no te parece? El divorcio es bastante fácil de obtener y no había niños de por medio.

—Pero no has tenido en cuenta un aspecto. —Wexford habló con una acritud imposible en otra época—. Incluso con ese nuevo trabajo que había conseguido, le habría resultado muy difícil mantener a dos exesposas. Es el tipo de persona que justificaría plenamente el matar a alguien, si con ello iba a poner fin a ulteriores persecuciones.

—O sea que esa amiga suya fue a su casa de campo por la tarde...

—O tal vez Angela fue a recogerla.

—Eso no me cuadra, Reg.

—La vecina, una mujer llamada Lake, dice que Angela le comentó que iba a salir. —Wexford bebió el vino a sorbos para encubrir la ligera confusión que le producía la sola mención del nombre de Nancy Lake—. Debo tenerlo en cuenta.

—Sí, quizá. La chica mató a Angela estrangulándola con un collar dorado que todavía no ha podido ser localizado, después limpió a fondo todas sus huellas, pero dejó una en el costado de la bañera. Ésa es más o menos la idea ¿no?

—Ésa es la idea. Después, se marchó en el coche de Robert Hathall y lo abandonó en Wood Green. Quizá vaya mañana a

investigar allí, pero no abrigo demasiadas esperanzas. Lo más probable es que viva muy lejos de allí.

—Después irás a esa fábrica de juguetes que está en... ¿cómo era?... ¿En Toxborough? No entiendo por qué la dejas para lo último. Al fin y al cabo, Hathall trabajó allí desde que se casó hasta julio pasado.

—Justamente por eso —dijo Wexford—. Es posible que hubiera conocido a esta mujer *antes* que a Angela, o que la conociera cuando ya llevaba tres años de casado. Pero no hay duda de que estaba profundamente enamorado de Angela, todo el mundo lo dice, ¿es probable entonces que haya comenzado una nueva relación en la primera etapa de su matrimonio?

—No, creo que ahora lo entiendo. ¿Tiene que ser alguien que conociera en el trabajo? ¿Por qué no alguien que conociera en alguna reunión social, o una amiga de su mujer?

—Porque parece ser que no tenía amigos, y no es difícil de entender. Tal como me lo imagino, en su primer matrimonio, él y su mujer tenían otras parejas amigas. Pero ya sabes cómo son las cosas, Howard. En estos casos, los amigos de una pareja casada son sus vecinos o las amigas de ella y sus respectivos maridos. ¿No es probable que cuando se divorciara toda esa gente hiciera piña con Eileen Hathall? En otras palabras, siguieron siendo amigos de ella y a él lo dejaron plantado.

—Esa mujer desconocida podría muy bien ser alguien que recogiera en la calle o que conociera en un *pub*, por casualidad. ¿Has pensado en eso?

—Claro. Si es así, tengo muy pocas probabilidades de encontrarla.

—Muy bien, entonces mañana irás a Wood Green. Yo me tomaré el día libre. Por la noche, he de asistir a una cena en Brighton y dar un discurso, y pensaba ir hasta allí en coche, dando un paseo, pero quizá me sobre tiempo como para hacerte de aliado y amigo.

El timbre del teléfono impidió a Wexford que agradeciera el ofrecimiento. Howard contestó y sus primeras palabras, cordiales

pero sin excesos de familiaridad, le indicaron a su tío que se trataba de alguien que conocía socialmente, pero no muy a fondo. Entonces le pasó la llamada y oyó la voz de Burden.

—Primero las buenas noticias —anunció el subinspector—, si se pueden llamar buenas —y le dijo a Wexford que por fin alguien se había presentado para atestiguar que había visto el coche de Hathall entrar en Bury Cottage a las tres y cinco de la tarde del viernes anterior. Pero sólo había visto al conductor, al que describió como una mujer joven, de cabello oscuro, que llevaba una especie de blusa roja a cuadros. Estaba seguro de que llevaba a alguien, y casi seguro de que se trataba de otra mujer, pero fue incapaz de proporcionar mayores detalles. Había estado yendo en bicicleta por Wool Lane en dirección a Wool Farm, por lo tanto, se encontraba en la parte izquierda del camino, desde la cual, naturalmente, se podía ver al conductor del coche, pero no necesariamente al otro ocupante. El coche se había detenido, puesto que el ciclista tenía preferencia de paso, y el hombre había deducido que como tenía puesto el intermitente de la derecha, se disponía a entrar en el sendero para coches de la casa de campo.

—¿Por qué el ciclista no se presentó antes?

—Porque estuvo aquí de vacaciones, en bicicleta —repuso Burden—, y según él, no leyó los periódicos hasta hoy.

—Hay gente que vive como las malditas crisálidas —gruñó Wexford—. Si ésas eran las buenas noticias, ¿cuáles son las malas?

—Quizá no sean malas, no lo sé. El comisario jefe ha venido al despacho a preguntar por ti, quiere verte mañana por la tarde, a las tres en punto.

—Queda descartada nuestra visita a Wood Green —le comentó Wexford, pensativo, a su sobrino, y le refirió lo que Burden le había dicho—. Intentaré volver a pasar por Croydon o Toxborough de paso. No me quedará tiempo para ambas visitas.

—Oye, Reg, ¿qué te parece si te llevo a Croydon y después a Kingsmarkham pasando por Toxborough? Todavía me sobrarían tres

o cuatro horas antes de ir a Brighton.

—Será un poco pesado para ti, ¿no?

—Al contrario. No me importa confesarte que tengo muchas ganas de echarle un vistazo a esa arpía, la primera señora Hathall. Te vienes conmigo y que se quede Dora. Sé que Denise quiere que asista a la fiesta que dará el viernes.

A Dora, que se presentó diez minutos más tarde, no le hizo falta que la animasen para quedarse en Londres hasta el domingo.

—¿No te importará quedarte sola?

—No, hombre, estaré bien. Lo mismo espero de ti. Personalmente, me inclino a pensar que con este espantoso aire acondicionado tendrías que haber fenecido ya.

—Cariño, la capa subcutánea de grasa me impide que sienta frío.

—Tío Reg, eres un exagerado —le dijo Denise que, al entrar, había oído el último comentario—. La tuya se te ha diluido maravillosamente. Imagino que todo gracias al régimen. El otro día leí en un libro que los hombres con muchas aventuras amorosas se mantienen en forma porque, inconscientemente, meten los músculos del estómago cada vez que le hacen la corte a una mujer.

—Ahora sabemos a qué atenernos —dijo Dora.

Pero Wexford, que en ese momento había metido el estómago conscientemente, no llegó a sonrojarse, tal como habría hecho el día anterior. Se preguntaba cómo debía interpretar aquella cita con el comisario jefe, y la respuesta que se le ocurría era bastante desagradable.

LA CASA QUE Robert Hathall había comprado al casarse por primera vez era uno de esos millares de chalets pareados que se edificaron en la década de los años treinta. La sala de delante tenía un mirador, y sobre el dormitorio del frente había un gablete, y sobre la puerta principal un dosel decorativo en madera, del tipo que suele verse como tejadillo sobre los andenes de las estaciones ferroviarias de provincias. Había alrededor de cuatrocientas casas iguales en la misma calle, una arteria amplia por la que el tránsito circulaba en dirección al sur.

—Esta casa —dijo Howard—, fue construida por unas seiscientas libras. Calculo que Hathall pagaría por ella unas cuatro mil. ¿En qué época se casó?

—Hace diecisiete años.

—Cuatro mil libras sería más o menos el precio. Ahora le darían por ella dieciocho mil.

—Sí, pero no puede venderla —comentó Wexford—. Y me atrevería a decir que esa suma le habría venido de perilla. —Bajaron del coche y se dirigieron a la puerta principal.

La mujer no tenía ninguna de las características externas de la arpía. Rondaría los cuarenta, era baja, de colores lozanos, y su silueta fortachona y sólida estaba embutida en un ajustado vestido verde; era una de aquellas mujeres otrora toda rosas y ahora toda

repollos. Las sombras fantasmales de las rosas se intuían en las facciones bonitas, oscurecidas por la gordura; seguía conservando una buena piel y el cabello rojizo que en otra época fuera rubio. Los condujo a la habitación del mirador. El mobiliario no poseía el mismo encanto que el de Bury Cottage, pero estaba igual de limpio. Había un no sé qué de opresivo en su limpieza y en la ausencia de objetos no totalmente convencionales. Wexford buscó en vano algún objeto, un cojín bordado a mano, quizás un dibujo original o una planta natural, que reflejaran la personalidad de la mujer y la niña que allí vivían. Pero no encontró nada, ni un libro, ni siquiera una revista, ni los heterogéneos elementos de algún pasatiempo. Era como el escaparate de la casa de muebles Times Furnishing, antes de que la dependiente le añadiese esos toques que le dan un aspecto hogareño. Aparte de una fotografía enmarcada, el único cuadro que había era la reproducción de una gitana española, que cubría sus bucles con un sombrero negro y llevaba una rosa entre los dientes, cuadro que Wexford había visto en las paredes de cientos de bares. Hasta ese cuadro estereotipado tenía más vida que el resto de la habitación: la boca de la gitana daba la impresión de fruncirse con más desdén mientras observaba el entorno estéril en el que la habían condenado a pasar su tiempo.

Aunque era media mañana y ya habían advertido a Eileen Hathall de su visita, no les ofreció nada de beber. Se le habían contagiado los modales de su suegra, o bien su propia falta de hospitalidad había sido una de las características que contribuyeron a que la anciana se encariñara tanto con ella. Pero al cabo de poco se vio que la señora Hathall madre había sido engañada en otros aspectos. Muy lejos de «no meterse con nadie», Eileen se mostró dispuesta a explayarse amargamente sobre su vida privada.

Sin embargo, al principio fue un tanto reticente. Wexford le preguntó cómo había pasado el viernes anterior, y ella le contestó con voz calmada y tono razonable que había ido a Balham a ver a su padre y que se había quedado hasta la noche porque su hija se había marchado a Francia en una excursión de un día organizada

por su escuela, y que no había regresado hasta casi medianoche. Le dio a Wexford la dirección de su padre viudo, y Howard, que conocía bien Londres, comentó que vivía a una calle de la señora Hathall, madre. Eileen se sonrojó y sus ojos se encendieron llenos de un resentimiento que quizá, en ese momento, fuera el eje principal de su vida.

—Bob y yo nos criamos juntos. Íbamos al mismo colegio y no pasaba un solo día sin que nos viéramos. Cuando nos casamos, no nos separamos ni una sola noche hasta que apareció esa mujer y me lo robó.

Wexford, que sostenía que es imposible que una extraña destruya un matrimonio feliz y duradero, no hizo comentario alguno. Siempre le había llamado la atención la actitud mental de quienes consideran a las personas como cosas y a los cónyuges como objetos que pueden robarse como se roba un televisor o un collar de perlas.

—Señora Hathall, ¿cuándo vio usted por última vez a su exmarido?

—Hace tres años y medio que no nos vemos.

—Pero supongo que aunque le hayan dado la custodia de Rosemary, él tiene un régimen de visitas razonable.

El rostro de la señora Hathall se había vuelto amargo.

—Tenía derecho a ver a su hija cada quince días, los domingos. Yo acostumbraba enviar a la niña a casa de su abuela y él pasaba a recogerla para pasar el día con ella.

—¿Pero usted no lo veía en estas ocasiones?

Bajó la mirada, quizá para ocultar su humillación y repuso:

—Es que no quería ir a buscar a su hija si yo estaba presente.

—Ha dicho usted que «acostumbraba» enviar a la niña a casa de su abuela. ¿Significa eso que su exmarido ha dejado de ver a su hija?

—Bueno, la niña ya es casi una señorita, y tiene edad como para saber lo que quiere. Yo siempre me he llevado bien con la madre de Bob, ha sido como una segunda madre para mí. Rosemary notaba

nuestra forma de pensar... quiero decir, que tenía edad suficiente como para entender cuánto me había hecho sufrir su padre, y es lógico que se muestre resentida. —Comenzaba a asomar la arpia y el tono de voz que, según Butler, se fijaría para siempre en su recuerdo—. Se volvió en su contra. Consideraba que lo que había hecho estaba mal.

—¿De modo que dejó de ver a su padre?

—No quería verlo. Dijo que tenía cosas mejores que hacer los domingos, con su abuela y conmigo. Y nosotras pensamos que tenía razón. En una sola ocasión fue a esa casa de campo, y regresó en un estado lamentable, llorando desconsolada. No me extraña. ¿Se imagina usted a un padre que deja que su hijita lo vea besando a otra mujer? Eso fue lo que ocurrió. Cuando llegó la hora de acompañar a Rosemary a casa, mi hija vio cómo su padre rodeaba con los brazos a la otra y la besaba. Y nada de besos corrientes. Rosemary dijo que fue como los que se ven en la televisión, pero no quiero entrar en detalles, aunque puedo asegurarle que me disgusté mucho. En fin, que el resultado de todo esto es que Rosemary no soporta a su padre, y no la culpo. Sólo espero que esto no afecte su mentalidad, tal como dicen los psicólogos que suele ocurrir.

Tenía el rostro arrebolado y los ojos muy brillantes. Irguió el pecho y echó la cabeza hacia atrás, y al hacerlo, tuvo algo en común con la gitana del cuadro.

—A él no le gustó nada. Le suplicó que le permitiese verla, incluso llegó a escribirle cartas y Dios sabe qué más. Le mandaba regalos y quería llevarla de vacaciones. Él, que decía que no tenía un céntimo. Se resistió con dientes y uñas a que me quedara con esta casa y una parte de su dinero para poder vivir. Pero para lo que él quiere sí que tiene dinero, para gastárselo en cualquiera menos en mí.

Howard había estado observando la única foto enmarcada y preguntó si era Rosemary.

—Sí, ésa es Rosemary. —Después de su invectiva, Eileen había quedado sin aliento y hablaba con jadeos—. La foto es de hace seis meses.

Los dos policías observaron el retrato de una niña de rostro simple, más bien pesado, con una pequeña cruz de oro colgándole sobre la blusa, el cabello lacio le caía sobre los hombros y tenía un notable parecido con su abuela materna. Wexford, incapaz de mentir y decir que la niña era guapa, le preguntó qué iba a hacer cuando acabara el colegio. Fue una buena táctica, porque ejerció en Eileen un efecto calmante; su amargura dio paso, aunque brevemente, al orgullo.

—Irà a la escuela secundaria. Todos sus maestros dicen que vale para los estudios, y yo sería incapaz de interponerme en su camino. No es que la niña tenga que salir a ganarse un jornal. *Ahora*, Bob tendrá dinero de sobra. Le he dicho que no me importa si sigue estudiando hasta los veinticinco años. Cuando Rosemary cumpla los dieciocho, le pediré a la madre de Bob que le diga a su hijo que le regale un coche. Al fin y al cabo, hoy en día tener dieciocho es como tener veintiuno, ¿no? Mi hermano le ha enseñado a conducir y en cuanto cumpla los diecisiete se examinará. Es su deber regalarle un coche. El hecho de que me haya arruinado a mí la vida, no significa que se la arruine también a su hija, ¿no?

Al marcharse, Wexford le tendió la mano. Ella le tendió la suya a regañadientes, pero su renuencia era quizá parte de la falta de gracia que parecía el rasgo común de los Hathall y todo aquel que se relacionaba con ellos. Wexford bajó la vista y la sostuvo lo suficiente como para asegurarse de que en el dedo en cuestión no tenía ninguna cicatriz.

—Debemos estar agradecidos por las esposas que tenemos —dijo Howard devotamente cuando se encontraron otra vez en el coche, rumbo al sur—. Sea como fuere, no mató a Angela para volver con ésa.

—¿Has notado que no mencionó la muerte de Angela ni siquiera una sola vez? ¿Ni siquiera para decir que no lamentaba su muerte? Jamás me había encontrado con una familia tan cebada de odio. — De pronto, Wexford pensó en sus dos hijas que lo amaban, y en cuya educación había invertido libremente y con alegría porque ellas lo querían y él a ellas—. Ha de ser terriblemente espantoso tener que mantener a alguien que odias y comprar regalos a quien le han enseñado a odiarte.

—Seguramente. Reg, ¿de dónde sacaría el dinero para esos regalos y esas vacaciones que proyectaba hacer? Seguro que no salía de las quince libras semanales.

A las doce menos cuarto ya estaban en Toxborough. Wexford tenía cita en la fábrica de Kidd's a las doce y media, de modo que tomaron un rápido almuerzo en un *pub* de las afueras antes de buscar la zona industrial. La fábrica, una enorme caja de cemento blanco, era la fuente de donde salían los juguetes de niños que había visto con tanta frecuencia en los anuncios televisivos y que se comercializaban con una ingeniosa publicidad.^[1] El gerente, un tal señor Aveney, le informó que tenían trescientos trabajadores en nómina, la mayoría de ellos mujeres con trabajos de medio día. El personal de oficina era reducido y entre éste se encontraba él mismo, el gerente de personal, el contable, sucesor de Hathall, que trabajaba medio día, su secretaria, dos mecanógrafas y la telefonista.

—Quiere saber cuál era el personal femenino de oficina cuando el señor Hathall trabajaba para nosotros. Lo deduje por lo que me dijo por teléfono, y he procurado hacerle una lista con los nombres y las direcciones. Lamentablemente, inspector jefe, es increíble la forma en que cambian de trabajo. Hoy en día, las chicas se vuelven locas por cambiar de trabajo cada pocos meses. En estos momentos, en la oficina no hay nadie de los que trabajaban cuando el señor Hathall estuvo aquí, y eso que se marchó hace apenas dos meses y medio. Al menos no hay ninguna chica de las de entonces.

El gerente de personal lleva con nosotros cinco años, pero su oficina está en la fábrica y no creo que se vieran nunca.

—¿Recuerda usted que Hathall se mostrara particularmente amistoso con alguna de las chicas?

—Recuerdo que no se mostraba en absoluto amistoso —repuso el señor Aveney—. Estaba loco por su mujer, la que ha muerto. Nunca había visto a un hombre comportarse así con una mujer. Por lo que a él respectaba, su mujer era Marilyn Monroe, la emperatriz de Persia y la Virgen María, todas en una.

Pero Wexford estaba cansado de oír hablar de la complacencia de Robert Hathall con su esposa. Echó una ojeada a la lista formidablemente larga, y ahí estaban los nombres realmente vulgares que llevan las chicas de hoy en día: June, Jane, Susan, Linda y Julie. Todas vivían en Toxborough o sus alrededores, y ni una sola de ellas había trabajado más de seis meses para Kidd's. Tuvo un horrendo presagio de lo que le esperaba: semanas de trabajo mientras una docena de hombres registraban los condados cercanos a Londres en busca de esta Jane, esta Julie, esta Susan; después, guardó la lista en su portafolios.

—Su amigo dijo que iba a echar un vistazo a la fábrica; si no le importa, bajaremos a reunirnos con él.

Encontraron a Howard al cuidado de una Julie que lo conducía entre filas de bancos, donde unas mujeres vestidas con monos y turbantes en la cabeza le quitaban el molde a unas muñecas de plástico. La fábrica era ventilada y agradable a excepción del olor a celulosa, y un par de altavoces emitían la voz seductora de Engelbert Humperdinck que imploraba a sus oyentes que lo dejaran en libertad para volver a amar.

—Vaya pérdida de tiempo —dijo Wexford después de despedirse del señor Aveney—. Ya me lo imaginaba. De todos modos, te sobra tiempo para asistir a esa cena. De aquí a Kingsmarkham apenas hay media hora de camino. Llegaré puntual para recibir un buen rapapolvo. ¿Quieres que te indique cómo ir por los caminos

secundarios para evitarnos todo el tráfico y aprovechar al mismo tiempo para que veas un par de puntos interesantes?

Howard asintió, y su tío le indicó cómo encontrar el Myringham Road. Pasaron por el centro del pueblo y dejaron atrás la zona comercial cuya fealdad tanto había ofendido a Mark Somerset, y donde se había encontrado con los Hathall haciendo compras.

—Sigue las indicaciones para Pomfret en vez de Kingsmarkham, y ya te enseñaré cómo llegar a Kingsmarkham pasando por Wool Lane.

Obediente, Howard siguió las indicaciones y al cabo de diez minutos se internaron por caminos comarcales. Allí estaba el campo intacto, la suave Sussex de onduladas colinas coronadas de anillos arbolados, hectárea tras hectárea de abetales y pequeñas granjas de tejados marrones, acurrucadas en valles boscosos. Era tiempo de cosecha, y en los sitios donde había segado el trigo los campos presentaban un tono rubio pálido, y bajo el sol relucían como mantos de un brillo plateado.

—Cuando vengo por estas zonas —comentó Howard—, comprendo plenamente la verdad de lo que Orwell decía. Eso de que cada hombre sabe, en el fondo de su corazón, que lo más hermoso que se puede hacer en el mundo es pasar un día soleado en el campo. Y cuando estoy en Londres, coincido con Charles Lamb.

—¿Quieres decir que prefieres ver una cola ante un teatro que todos los rebaños de ovejas estúpidas en Epsom Downs?

Howard lanzó una carcajada y asintió con la cabeza.

—Supongo que no he de seguir ese desvío que dice Sewingbury, ¿verdad?

—Para ir a Kingsmarkham has de seguir el desvío que hay a la derecha, a eso de un kilómetro y medio de aquí. Es un caminito lateral que acaba convirtiéndose en Wool Lane. Creo que el viernes pasado Angela vino por aquí en el coche con su pasajera. ¿Pero de dónde vendría?

Howard tomó el desvío de la derecha. Dejaron atrás Wool Farm y vieron el indicador de Wool Lane, donde el camino se convertía en un estrecho túnel. De haberse encontrado con otro coche, su conductor o Howard tendrían que haber subido al arcén para dejar paso, pero no se encontraron con ningún coche. Los motoristas evitaban ese camino estrecho y peligroso y pocos forasteros lo utilizaban como vía rápida.

—Bury Cottage —anunció Wexford.

Howard aminoró ligeramente la velocidad. Al hacerlo, Robert Hathall apareció por el costado de la casa con un par de tijeras de podar en la mano. Sin levantar la cabeza comenzó a cortar las cabezas de los aster silvestres. Wexford se preguntó si la anciana señora Hathall no lo habría regañado para que realizara aquella tarea inusual.

—Ése es Hathall —le indicó a su sobrino—. ¿Has podido verlo?

—Lo suficiente como para identificarlo —repuso Howard—, aunque supongo que no tendré que hacerlo.

Se despidieron en la comisaría. El Rover del comisario jefe ya estaba aparcado en el patio delantero. Había llegado temprano a la cita y Wexford también. No había necesidad de subir a toda prisa, llegar sin aliento y mostrarse penitente, de modo que se tomó su tiempo; como quien no quiere la cosa caminó hasta la zona alfombrada, donde le esperaba el rapapolvo.

—Creo adivinar de qué se trata, señor Griswold. Hathall se ha quejado de mí.

—El hecho de que lo adivine usted —replicó Charles Griswold—, no hace más que empeorar las cosas. —Frunció el ceño y se incorporó en toda su altura, muy superior al metro ochenta de Wexford. El comisario jefe poseía un misterioso parecido con el desaparecido General de Gaulle, cuyas iniciales compartía, y seguramente debía de ser consciente de ello. Una coincidencia de la naturaleza puede justificar un parecido físico con un hombre famoso. Pero sólo el conocimiento de ese parecido, los continuos recordatorios de amigos y enemigos, llegan a justificar las

similitudes de una personalidad con otra. Griswold tenía por costumbre hablar del Medio Sussex, su zona, en un tono muy parecido al que empleaba el desaparecido estadista para referirse a *La France*—. Me ha enviado una carta de queja redactada en unos términos muy fuertes. Dice que ha intentado usted cercarlo mediante métodos poco ortodoxos. Que le soltó algo sobre una huella y que se marchó de su casa sin darle la oportunidad de replicar. ¿Tiene usted motivos para creer que ha matado a su esposa?

—No con sus propias manos, señor Griswold. Estaba en Londres en el momento de producirse la muerte.

—¿Entonces a qué diablos está jugando? Estoy orgulloso del Medio Sussex. Le he dedicado toda mi vida laboral. Estaba orgulloso de la rectitud de mis agentes del Medio Sussex, confiaba en que sus conductas no sólo serían irreprochables sino que lo parecerían. —Griswold suspiró pesadamente. Wexford pensó que de un momento a otro diría: «*L'état, c'est moi*»—. ¿Por qué atormenta a ese hombre? Persecución es el término que él mismo ha empleado.

—Persecución —repitió Wexford—, es el término que emplea siempre.

—¿Qué quiere decir?

—Que es paranoico, señor Griswold.

—No me venga con esa jerga psiquiátrica, Reg. ¿Tiene usted una sola prueba concreta contra este tipo?

—No. Sólo una fuerte corazonada de que ha matado a su esposa.

—¿Corazonada? ¿Corazonada? Últimamente no hacemos más que oír hablar de corazonadas, y a su edad no debería usted ir por la vida hablando de corazonadas. ¿Qué insinúa entonces, que tenía un cómplice? ¿Y tiene alguna corazonada de quién podría ser? ¿Tiene usted alguna prueba sobre ese cómplice?

¿Qué otra cosa podía contestar sino: «No, señor Griswold, no la tengo»? Con tono más firme inquirió:

—¿Puedo ver su carta?

—No, no puede —le espetó Griswold—. Ya le he comentado lo que dice. Y deme las gracias por ahorrarle los despectivos comentarios que le merecen sus modales y su táctica. Dice que le ha robado usted un libro.

—Por el amor de Dios... ¿no se lo habrá creído usted?

—No, Reg, no me lo he creído. Pero devuélvaselo y déjelo en paz, ¿me ha entendido?

—¿Que lo deje en paz? —inquirió Wexford, estupefacto—. Tengo que hablar con él. Es que no existe ninguna otra línea de investigación que pueda seguir.

—Le he dicho que lo deje en paz. Es una orden. No pienso admitir más actuaciones como ésta. No pienso sacrificar la reputación del Medio Sussex por una *corazonada* suya.

ESTO FUE LO QUE PUSO FIN a la investigación oficial de Wexford de la muerte de Angela Hathall.

Con el tiempo, al volver la mirada atrás, tuvo conciencia de que las tres y veintiún minuto de la tarde del jueves dos de octubre fue el momento en que murió toda esperanza de resolver de un modo sencillo, sin tapujos, su asesinato. Pero por aquella época, no lo sabía. Sólo sintió rabia, resentimiento, y se resignó a las demoras y los contratiempos que se producirían si Hathall no podía ser perseguido directamente. Creía que aún le quedaban algunos caminos abiertos para descubrir la identidad de la mujer sin provocar nuevos disgustos a Hathall. Podía delegar. Burden y Martin podían llevar a cabo investigaciones más discretas. Podía asignar a unos cuantos hombres para que siguieran la pista de las chicas de la lista de Aveney. Se podía proceder con rodeos. Hathall se había traicionado, Hathall era culpable; por tanto, a la larga se le podría achacar el crimen de un modo claro y contundente.

Pero estaba descorazonado. De regreso a Kingsmarkham había considerado la posibilidad de telefonear a Nancy Lake, y aprovecharse —para decirlo en pocas palabras— de la ausencia de Dora, pero incluso una cena inocente en compañía de esa mujer, imaginada en ese momento, perdía todo el sabor que su perspectiva había tenido. No se puso en contacto con ella. Ni telefoneó a

Howard. Pasó el fin de semana solo, recriminándose por la buena suerte de Hathall y por su propia insensatez, por haber sido tan descuidado al tratar a una personalidad tan irritable y quisquillosa.

Hombres y ángeles fue devuelto a su dueño, acompañado de una tarjeta impresa en la que Wexford escribió una nota cordial lamentando haberse quedado con el libro durante tanto tiempo. No recibió respuesta de Hathall, quien, según el inspector jefe, debía de estar frotándose las manos con júbilo.

El lunes por la mañana regresó a la fábrica de Kidd's en Toxborough.

El señor Aveney pareció alegrarse de verlo —quienes no pueden ser incriminados suelen sentir un placer virtuoso en su participación en las investigaciones policiales— pero no le resultó de mucha ayuda.

—¿Otras mujeres que el señor Hathall pudo haber conocido aquí? —inquirió.

—No sé, pensaba en representantes comerciales. Al fin y al cabo, fabrican ustedes juguetes para niños.

—Todos los representantes trabajan en nuestra oficina de Londres. Entre ellos sólo hay una mujer, y él nunca la conoció. ¿Qué me dice de los nombres de las chicas que le di? ¿No ha habido suerte?

—De momento no —repuso Wexford meneando la cabeza.

—Pues no la tendrá. Por ahí no encontrará nada. Sólo nos quedan las mujeres de la limpieza. Todavía sigue con nosotros una señora que está desde que fundamos la empresa, pero tiene sesenta y dos años. La ayudan un par de chicas, claro, pero cambian mucho, igual que el resto del personal. Supongo que podría darle otra lista de nombres. Yo nunca las veo, y dudo que el señor Hathall lo haya hecho. Siempre terminan antes de que entremos nosotros.

De la única que me acuerdo es de una que era sumamente honrada. Una mañana se quedó hasta más tarde para entregarme un billete de una libra que había encontrado debajo de un escritorio.

—No se moleste en hacerme esa lista, señor Aveney —le dijo Wexford—. Seguramente, por ahí no conseguiremos nada.

—Tienes Hathallitis —le comentó Burden al promediar la segunda semana desde la muerte de Angela.

—Me suena a mal aliento.

—Nunca te había visto tan... bueno, iba a decir cabeza dura. No tienes siquiera la sombra de una prueba de que Hathall invitara siquiera a salir a una mujer, y mucho menos de que conspirara con ella para cometer un asesinato.

—Esa huella —dijo Wexford con obstinación—, y esos largos cabellos negros, y esa mujer que fue vista en el coche en compañía de Angela.

—Le *pareció* que era una mujer. ¿Cuántas veces tú o yo hemos visto a alguien al otro lado de la calle y no hemos podido decidir si era un chico o una chica? Siempre dices que la nuez de Adán es la única señal distintiva segura. ¿Acaso un ciclista que le echa un vistazo a un coche logra distinguir si quien va sentado al lado del conductor tiene nuez de Adán? Hemos entrevistado todas las chicas de esa lista, excepto a una que se ha marchado a los Estados Unidos y a otra que estaba en el hospital el día diecinueve. La mayoría de ellas apenas recordaba quién era Hathall.

—¿Qué opinas? ¿Cómo justificas esa huella de la bañera?

—¿Quieres que te lo diga? A Angela la mató un tipo. Se sentía sola y lo recogió en su coche, como sostuviste tú al principio. La estranguló, accidentalmente quizá, cuando intentaba quitarle el collar. ¿Por qué iba a dejar huellas? ¿Por qué iba a tocar nada de la casa, salvo a Angela? Y si tocó algo, seguro que no dejó demasiadas huellas, además, pudo haberlas limpiado. La mujer que dejó la huella en la bañera, ni siquiera ha tenido nada que ver en todo esto. Era alguien que iba de paso, una motorista que se acercó a la casa y pidió utilizar el teléfono...

—¿Y el lavabo?

—¿Por qué no? Estas cosas suelen ocurrir. Sin ir mas lejos, ocurrió en mi casa ayer mismo. Mi hija estaba sola y un muchacho que venía andando desde Stowerton porque nadie se había ofrecido a llevarlo, se presentó en casa y le pidió un vaso de agua. Lo dejó pasar —como podrás imaginarte, le llamé la atención por eso— y además le dejó ir al lavabo. Por suerte, era un tipo normal y no pasó nada. ¿Pero por qué no pudo ocurrir algo así en Bury Cottage? La mujer no se ha presentado porque ni siquiera conoce el nombre de la casa en la que entró, o el nombre de la mujer que la dejó pasar. Sus huellas no están ni en el teléfono ni en ninguna otra parte porque Angela seguía limpiando cuando la mujer se presentó. ¿No es una teoría mucho más razonable que la de la conspiración, que carece de todo fundamento?

A Griswold le gustó esa teoría. Y a Wexford le encargaron una investigación basada en un postulado en el que no creía ni por asomo. Se vio obligado a apoyar una orden de búsqueda y captura destinada a encontrar a una motorista amnésica y a un ladrón que mató accidentalmente a su víctima para robarle un collar de bisutería. No se encontró a ninguno de los dos; ninguno de ellos adquirió una forma más definitiva que la vaga descripción que Burden les había inventado, pero Griswold y Burden y los periódicos hablaban de ellos como si existieran. Wexford se enteró indirectamente que Robert Hathall había realizado una serie de útiles sugerencias a cada nuevo indicio que iba apareciendo. El comisario jefe no lograba entender —al menos eso se decía en las zonas rurales— de dónde había surgido la idea de que el hombre padecía un complejo de persecución y que tenía mal genio. No podía haber habido nada más colaborador que su actitud, una vez que a Wexford se le prohibió el contacto directo con él.

Wexford supuso que no tardaría en hartarse de todo aquel asunto. Las semanas transcurrían lentas, sin que se produjeran nuevos avances. Al principio resulta enloquecedor ver que una certeza propia cae en el descrédito y es objeto de la burla ajena.

Pero luego, a medida que se presentan nuevos intereses y nuevos trabajos no pasa de ser una irritación y, finalmente, un aburrimiento. Wexford se habría sentido muy feliz de poder considerar a Robert Hathall como un aburrimiento. Al fin y al cabo, no hay nadie que resuelva todos los casos de asesinato. Decenas de ellos han eludido y eludirán una solución. Evidentemente, debería aplicarse la ley y prevalecer la justicia, pero el elemento humano impide que esto sea posible. Algunos deben escaparse, y Hathall iba a ser obviamente uno de ellos. A esas alturas debería haber sido relegado al nivel de los aburridos, porque no era un hombre interesante sino, en esencia, un aburrido irritante y sin sentido del humor. Sin embargo, Wexford no lograba pensar en él como tal. En sí mismo podía ser tedioso, pero lo que había hecho no lo era. Wexford quería saber por qué lo había hecho y cómo, con ayuda de quién y por qué medios. Y sobre todo, sentía una justa indignación al pensar que un hombre podía matar a su mujer, llevar a su madre para que encontrara su cadáver y, a pesar de ello, ser considerado por los poderes constituidos como una persona cooperadora.

No debía permitir que aquello se convirtiera en una obsesión. Se recordó que era un hombre razonable, sensato, un policía con una tarea por realizar, y no un ejecutor de la justicia empujado a la cacería por alguna misión política o alguna causa santa. Quizá todos esos meses matándose de hambre le habían robado su ecuanimidad y su firmeza. Pero sólo un tonto obtendría una buena figura a cambio de una mente desequilibrada. Recordándose esta excelente máxima, no perdió la calma cuando Burden le comentó que Hathall se disponía a poner fin al arrendamiento de Bury Cottage, y le contestó con sarcasmo en lugar de hacerlo explosivamente.

—¿Supongo que me está permitido saber adónde irá?

Griswold había considerado que Burden tenía una buena dosis de tacto y por lo tanto, a lo largo del otoño, había sido el nexos con Hathall. Wexford le puso el apelativo «el enviado del Medio

Sussex», y agregó que imaginaba que «nuestro hombre» de Wool Lane estaría en posesión de unos secretos de tan alto nivel.

—De momento, irá a vivir con su madre en Balham, y habla de buscarse un piso en Hampstead.

—El vendedor lo engañará —dijo Wexford con amargura—, el servicio de trenes será un desastre. Le cobrarán un precio desorbitante por el alquiler del garaje y le construirán un bloque de pisos que le arruinará la vista del Heath. Con todo, será muy feliz.

—No sé por qué lo pintas como un masoquista.

—Lo pinto como un asesino.

—Hathall no asesinó a su mujer —dijo Burden—. Ocurre simplemente que tiene un desafortunado comportamiento que te revienta.

—¡Un desafortunado comportamiento! ¿Por qué no somos crudos y admitimos que tiene ataques? Es alérgico a las huellas digitales. Coméntale que has encontrado unas en su bañera y le dará un ataque epiléptico.

—Dudo que eso pudiera servirte de prueba —comentó Burden fríamente, luego se puso las gafas sin más motivo, según Wexford, que el de espiar a través de ellas con aire reprobador a su superior inmediato.

Resultaba muy inquietante la idea de que Hathall se marchara y que para comenzar la nueva vida que había planeado cometiera un asesinato. El hecho de que aquello estuviera ocurriendo se debía prácticamente a la forma errada en que había conducido la investigación. Lo había echado todo a perder al ponerse duro y desagradable con el tipo de hombre que jamás respondería a semejante trato. Y ahora no le quedaba nada por hacer, porque la persona de Hathall era sacrosanta y toda pista que condujera a la identificación de la mujer desconocida se encontraba encerrada en su sacrosanta cabeza. ¿Tenía algún sentido conocer el nuevo domicilio de Hathall? Si en Kingsmarkham no le habían permitido hablarle, ¿qué esperanza podía abrigar de quebrantar su intimidad londinense? Durante mucho tiempo, su orgullo personal le impidió

pedirle a Burden novedades sobre Hathall, y Burden no le ofreció ninguna hasta un buen día, en primavera, mientras almorzaban juntos en el Carousel. El subinspector le comentó de pasada la nueva dirección de Hathall, introduciendo su comentario con un «por cierto», como si se estuviera refiriendo a un conocido de ambos, un hombre en el que ninguno de los dos podía tener más que un interés pasajero.

—¿Lo has notado? Ahora me lo dice —le dijo Wexford a la botella de salsa con forma de tomate.

—No creo que haya ningún motivo para que no te enteres.

—¿Ya tienes el visto bueno del Ministro del Interior?

En realidad, tener la dirección no ayudaba mucho, y el barrio donde estaba ubicada le sugirió muy poco a Wexford. Estaba dispuesto a cambiar de tema allí mismo, porque sabía que hablar con Burden de Hathall tenía el exclusivo efecto de incomodarlos a los dos. Pero, por extraño que pareciese, fue Burden quien continuó. Quizá no le había importado el comentario irónico sobre el Ministro del Interior o, lo que era más probable, le disgustaba la idea de la importancia que Wexford podía darle a su anuncio si no se explayaba.

—Siempre he creído —dijo—, aunque hasta ahora no lo haya expresado, que tu teoría tenía un gran inconveniente. Si Hathall hubiera tenido una cómplice con esa cicatriz en el dedo, hubiera insistido en que se pusiese guantes. Porque bastaba con que dejara una sola huella, para que no pudiera vivir con ella ni casarse, o incluso volver a verla. Tú sostienes que mató a Ángela para poder estar con la otra. De modo que tu teoría se viene abajo. Cuando te lo piensas bien, resulta sencillo.

Wexford no hizo comentario alguno. No dejó entrever ninguna emoción. Pero esa noche, al regresar a su casa, estudió su mapa de Londres, hizo una llamada telefónica y dedicó parte de su tiempo a revisar el último extracto de su cuenta bancaria.

Los Fortune habían ido a su casa a pasar el fin de semana. Tío y sobrino dieron un paseo por Wool Lane y se detuvieron ante la

casita que todavía no se había vuelto a alquilar. El árbol «milagroso» estaba cargado de flores blancas, y detrás de la casa unos corderos pastaban en la ladera de una colina, cuya cima estaba coronada por un anillo arbolado.

—Parece que a Hathall tampoco le gustan los rebaños de tontas ovejas —comentó Wexford, recordando la conversación que habían mantenido cerca de ese lugar—. Se ha alejado de Epsom Downs todo lo posible, sin embargo, es un londinense del sur. Ahora vive en West Hampstead. En la avenida Dartmeet. ¿La conoces?

—Sé dónde está. Entre Finchley Road y West End Lane. ¿Por qué elegiría Hampstead?

—Porque está lo más lejos posible del sur de Londres, donde viven su madre, su exmujer y su hija. —Wexford atrajo hacia sí una rama del florido ciruelo y aspiró su ligero perfume a miel—. Al menos eso creo. —La rama saltó hacia atrás, desparramando pétalos sobre el césped. Con tono pensativo, agregó—: Según parece, lleva una vida de célibe. La única mujer con la que lo han visto es su madre.

Intrigado, Howard le preguntó:

—¿Quieres decir que lo estás haciendo vigilar?

—Como espía deja mucho que desear —admitió Wexford—, pero era el mejor y el más seguro que pude encontrar. Por cierto, es hermano de un antiguo cliente mío, un tipo llamado Mono Matthews. Al hermano le llaman Colorado, porque es pelirrojo. Vive en Kilburn.

Howard lanzó una risotada complacida.

—¿Y qué hace ese Colorado? ¿Lo sigue?

—No exactamente. Lo mantiene vigilado. Le doy un dinerito. De mi bolsillo, claro está.

—No sabía que te lo hubieras tomado tan en serio.

—Ignoro si en mi carrera he sido más serio sobre un tema como en este caso.

Se alejaron del lugar. Se había levantado una leve brisa y empezaba a hacer frío. Howard se volvió a echar un vistazo al túnel

formado por el seto, que ya comenzaba a reverdecer y a espesarse, y en voz muy queda le preguntó a su tío:

—¿Qué esperas encontrar, Reg?

Su tío no contestó de inmediato. Dejaron atrás la villa aislada donde el coche de Nancy Lake se encontraba aparcado en la entrada del garaje, antes de contestar. Se había quedado tan pensativo, tan silencioso y preocupado, que Howard creyó que quizá se había olvidado de su pregunta o que no tenía respuesta. Pero cuando se fueron acercando al Stowerton Road, su tío repuso:

—Me he pasado un montón de tiempo preguntándome por qué Hathall se mostró tan horrorizado —y horrorizado es poco— cuando le comenté lo de la huella. Claro está que fue porque no quería que descubriesen a la mujer. Pero lo que mostró no sólo fue miedo. Fue algo más parecido a una tremenda pena, es decir, cuando se recuperó un poco mostró una tremenda pena. Y llegué a la conclusión de que reaccionó de esa manera porque había matado a Angela expresamente para poder estar con esa otra mujer. Y al enterarse de lo de la huella, supo que jamás se atrevería a volver a verla.

»Entonces surgió la reflexión. Y ahí fue cuando le envió a Griswold la carta de protesta para liberarse de mí, porque sabía que yo sabía. Pero también porque todavía le quedaba una posibilidad de salirse con la suya, de conseguir lo que quería, o sea, vivir con esa mujer. Aunque no como lo había planeado. No podría marcharse a Londres, y al cabo de un tiempo prudencial trabar amistad con una chica... el viudo solitario que busca consuelo en otra mujer, y con el tiempo, casarse con ella. Ahora ya no podría ser de esa manera. Aunque lograra engañar a Griswold como a un niño, no se atrevió a intentarlo. Habíamos encontrado esa huella digital, y por más que no le prestáramos atención, no podía abrigar la esperanza de cortejar públicamente y después casarse con una mujer cuya mano la delataría. La delataría ante cualquiera, Howard, no sólo ante un experto.

—¿Entonces qué le queda por hacer?

—Tiene dos alternativas —repuso Wexford claramente—. Es posible que la mujer y él hayan decidido separarse de mutuo acuerdo. Quizá, incluso si uno está locamente enamorado, la libertad es preferible a la indulgencia del amor. Sí, es posible que se hayan separado.

—¿«Eterna despedida, borremos lo prometido»?

—El resto del poema es aún más adecuado:

*Y si un día volviéramos a encontrarnos,
No delaten nuestros semblantes doloridos
El amor que llegamos a profesarnos.*

»O bien —prosiguió Wexford—, pudieron haber decidido para expresarlo de un modo grandilocuente, que la pasión decidió por ellos, el amor fue más grande que ambos... y por eso llegaron a la conclusión de seguir viéndose clandestinamente. Nada de vivir juntos, ni de verse en público, sino continuar viviendo como si cada uno conservara un cónyuge celoso y suspicaz.

—¿Pero cómo, seguir así indefinidamente?

—Tal vez. Hasta que lo peor haya pasado, o hasta que encuentren otra solución. Creo que eso es lo que han hecho, Howard. Si no fuera así, ¿por qué decidió irse a vivir al noroeste de Londres, donde nadie lo conoce? ¿Por qué no escogió un barrio al sur del río, donde viven su madre y su hija? ¿O un sitio más cerca de su trabajo? Ahora gana un buen sueldo. Podía haberse pagado un piso en el centro de Londres. Se ha escondido para poder escabullirse por las noches y estar con *ella*.

»Intentaré encontrarla —agregó Wexford, pensativo—. Me costará dinero y tendré que dedicarle parte de mi tiempo libre, pero lo lograré.

AL DESCRIBIR A COLORADO MATTHEWS como un mal espía, Wexford no le había hecho justicia. Los míseros recursos a su disposición le habían amargado el carácter. Le irritaba infinitamente la renuencia de Colorado a usar el teléfono. Colorado se enorgullecía de su estilo literario, copiado del adoptado por agentes de policía novatos y torpes al plantarse ante el banquillo de los testigos, cuyas perífrasis había acertado a oír desde el banquillo de los acusados. En los informes de Colorado, su presa nunca iba a un sitio, sino que se desplazaba a él; su casa era su domicilio y, en lugar de volver a casa, se retiraba a ella. Pero, con toda sinceridad, y haciéndole justicia a Colorado, Wexford debía admitir que, aunque en los últimos meses no había sabido nada de la esquivia mujer, había aprendido muchas cosas sobre la forma de vida de Hathall.

Según Colorado, la casa donde tenía su apartamento era un edificio enorme, de tres plantas y, leyendo entre líneas, de estilo eduardiano. Hathall no tenía garaje y aparcaba en la calle. ¿Por tacañería o por la dificultad de encontrar un garaje de alquiler? Wexford no tenía idea y Colorado no supo precisarlo. Hathall se marchaba a trabajar a las nueve de la mañana e iba andando o bien en autobús, desde West End Green hasta la estación de metro de West Hampstead, donde abordaba el tren de la línea de Bakerloo hasta (supuestamente) Piccadilly. Regresaba poco después de la

seis, y en varias ocasiones, agazapado en una cabina telefónica frente a su casa en el número 62 de la avenida Dartmeet Colorado lo había visto volver a salir en coche. Colorado sabía siempre cuando estaba en casa por las noches, porque se veía luz en la ventana mirador del segundo piso. Estaba siempre solo, salvo la compañía esporádica de su madre —por la descripción sólo podía tratarse de la anciana señora Hathall— a la que había conducido hasta su apartamento en coche, un sábado por la tarde. En la acera misma, sin siquiera esperar a llegar a la puerta principal, madre e hijo habían tenido un intercambio de palabras, una discusión en tonos apagados, pero duros.

Colorado no tenía coche. Tampoco tenía empleo, pero la pequeña suma de dinero que Wexford podía pagarle no merecía que dedicara semanalmente más de una noche, y quizá la tarde de un sábado o un domingo a vigilar a Robert Hathall. Era muy factible que Hathall llevara a la chica una o dos noches por semana. Sin embargo, Wexford seguía aferrado a la esperanza. Quizá un buen día... Por las noches soñaba con Hathall, no con excesiva frecuencia, quizá una vez cada quince días, y en sus sueños lo veía junto a una muchacha de cabello negro, con la cicatriz en el dedo, o bien se le aparecía solo, tal como lo había visto junto a la chimenea en Bury Cottage paralizado por el miedo y la certidumbre y... el dolor, sí el dolor.

«En la tarde del sábado 15 de junio, próximo pasado, a las tres horas cinco minutos, el sujeto fue visto desplazándose de su domicilio sito en el número 62 de la avenida Dartmeet a West End Lane, donde efectuó unas compras en un supermercado...». Wexford lanzó una maldición. Los informes eran casi todos parecidos. ¿Qué prueba tenía de que Colorado había estado allí «la tarde del sábado 15 de junio, próximo pasado»? Naturalmente, Colorado le diría que había estado allí, porque estaba en juego una libra por cada sesión de vigilancia. Llegó julio, y después agosto, y si podía uno fiarse de lo que Colorado decía en sus informes, Hathall llevaba una vida sencilla y metódica: iba a trabajar, regresaba a

casa, hacía las compras los sábados, y de vez en cuando por las noches salía a dar una vuelta en coche. Es decir, si podía uno fiarse de lo que decía Colorado...

Que podía fiarse de él quedó probado en septiembre, justo antes del aniversario de la muerte de Angela. «Existen motivos que inducen a creer —escribía Colorado en su informe—, que el sujeto ha vendido su automóvil, dado que éste ha desaparecido de sus acostumbrados sitios de aparcamiento. La tarde del jueves 10 de septiembre, próximo pasado, después de llegar a su casa procedente de su lugar de trabajo, a las seis horas diez minutos, se desplazó de su domicilio a las seis horas cincuenta minutos, rumbo a West End Green NW6, para lo cual abordó el autobús número 28».

¿Habría algo en eso? Wexford no lo creyó así. Con el sueldo que ganaba, Hathall podía fácilmente permitirse tener un coche, pero quizá lo hubiera vendido por la creciente dificultad de encontrar aparcamiento en la calle. No obstante, desde su punto de vista, era un síntoma positivo. Ahora sería más fácil seguir a Hathall.

Wexford nunca le escribía a Colorado. Era demasiado arriesgado. El menudo espía pelirrojo no era inmune al chantaje, y si alguna de las cartas llegara a caer en manos de Griswold... Le enviaba su paga en billetes, en un sobre corriente, y cuando necesitaba hablarle, cosa que ocurría muy rara vez dada la escasez de novedades, siempre podía encontrarlo entre las doce y la una en una taberna de Kilburn llamada La Condesa de Castlemaine.

—¿Seguirlo? —repitió Colorado, nervioso—. ¿En ese maldito 28?

—No veo por qué no. No te ha visto nunca, ¿verdad?

—Tal vez sí. ¿Cómo lo puedo saber? No es fácil seguir a un tío en un puto autobús. —Cuando conversaba, los modales de Colorado diferían notablemente de su estilo literario, sobre todo en el uso de los adjetivos—. Si él se va a la parte de arriba del autobús, y yo subo, o viceversa...

—¿Por qué tiene que haber un viceversa? —inquirió Wexford—. Te sientas en el asiento de atrás y no lo pierdas de vista. ¿Vale?

A Colorado la idea no le convencía, pero prometió de un modo nada convincente que lo intentaría. Wexford no llegó a saber si lo había intentado o no, porque en el siguiente informe Colorado no tocó en ningún momento el tema de los autobuses. Sin embargo, cuanto más analizaba el informe con sus circunlocuciones de tribunal, más le interesaba. «Mientras me encontraba en las proximidades de la avenida Dartmeet NW6, a las tres de la tarde del día 26 próximo pasado, me encargué de investigar el domicilio del individuo. Durante la conversación mantenida con el casero, al que me presenté como funcionario del departamento municipal de catastros, le pregunté por el número de apartamentos del edificio, y se me informó que allí sólo alquilaban habitaciones individuales...».

Bastante emprendedor por parte de Colorado, fue lo primero que pensó Wexford, aunque probablemente hubiera adoptado ese papel para impresionar a su jefe con la esperanza de que olvidara la peligrosa tarea de seguir a Hathall en un autobús. Pero eso no era lo importante. Lo que asombró al inspector jefe era que Hathall fuera inquilino en vez de propietario-ocupante, más aún, que fuera inquilino de una habitación y no de un apartamento. Raro, muy raro. Podía haberse comprado un apartamento y pagarlo con una hipoteca. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Porque no tenía intención de fijar su domicilio definitivo (según lo habría expresado Colorado) en Londres? ¿O porque destinaba sus ingresos a otros fines? Ambas cosas eran posibles. Pero Wexford se aferró a esta particularidad y la consideró como la circunstancia más peculiar de las que había descubierto en la vida actual de Hathall. Aunque en Londres los alquileres estuvieran por las nubes y se considerara un precio alto, no podía estar pagando más de quince libras semanales por una habitación, aunque le calculaba un sueldo semanal de sesenta libras netas. Wexford no tenía más confidente que Howard, y fue a él a quien le comentó el tema por teléfono.

—¿Piensas que está manteniendo a alguien más?

—Sí —repuso Wexford.

—Digamos que quince libras semanales para él y quince libras semanales para ella en concepto de alquiler... Y si ella no trabaja, además, tendrá que mantenerla.

—Rayos, no sabes la ilusión que me hace oír a alguien hablar de ella como de una persona real. Crees que existe, ¿verdad?

—Esa huella no la dejó un fantasma, Reg. No fue obra del espiritismo. Esa mujer existe.

En Kingsmarkham se habían dado por vencidos. Habían dejado de buscar. Griswold había informado a la prensa alguna tontería — en palabras de Wexford— les había dicho que el caso no estaba cerrado, pero lo estaba. Una declaración para salvar las apariencias. Mark Somerset había alquilado Bury Cottage a una pareja de jóvenes norteamericanos, profesores de economía política de la Universidad del Sur. Limpiaron el jardín del frente y contrataron a un jardinero ornamental para que les arreglara el jardín del fondo. Un buen día, el ciruelo apareció cargado de fruta, y al siguiente ya no quedaba ni una. Wexford jamás logró averiguar si Nancy Lake se las había llevado para hacer su mermelada «milagrosa», porque no había vuelto a verla desde el día en que le ordenaron que dejase en paz a Hathall.

Transcurrieron dos semanas sin noticias de Colorado. Finalmente, Wexford le telefoneó a La Condesa de Castlemaine, y le informó que en sus noches de vigilancia, Hathall no había salido de casa. No obstante, volvería a vigilarlo esa noche y la tarde del sábado. El lunes le llegó su informe. El sábado, Hathall había ido de compras, como de costumbre, pero la noche anterior se había dirigido a la parada del autobús de West End Green a las siete en punto. Colorado lo había seguido, pero como le intimidaron («me inspiraron cautela» fue su expresión) las miradas sospechosas que Hathall le lanzaba, no lo siguió en el autobús de la línea 28 que su presa tomó a las siete horas diez minutos. Wexford lanzó la hoja del informe a la papelera. Lo único que le faltaba era que Hathall sospechara de Colorado.

Transcurrió otra semana. Wexford estuvo a punto de echar a la papelera sin abrirlo el siguiente informe de Colorado. Presintió que sería incapaz de enfrentarse a otra relación de las compras sabatinas realizadas por Hathall. Pero abrió la carta. Y se encontró, como era obvio, con la misma estupidez de siempre sobre la visita al supermercado. Encontró también, adjuntada a último momento, como si careciera de importancia, una frase anotada en una hojita suelta en la que le informaba que después de hacer las compras, Hathall había visitado una agencia de viajes.

—Fue a una agencia llamada Sudamérica Tours, Howard. Colorado no se atrevió a seguirlo, es un cobarde.

La voz de Howard le sonó débil y seca.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Por supuesto. En algún país con el que no tengamos tratado de extradición. Ha leído sobre los ladrones de trenes y eso le ha dado la idea. Malditos periódicos, hacen más mal que bien.

—Dios santo, Reg, tiene que estar muerto de miedo si está dispuesto a dejar su trabajo y huir a Brasil o algún país así. ¿Qué va a hacer allí? ¿De qué va a vivir?

—Como los pajaritos, sobrino. Sabe Dios. Oye, Howard, ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías ponerte en contacto con Marcus Flower y averiguar si van a enviarlo al extranjero? Yo no me atrevo.

—Pues yo sí —repuso Howard—. Pero si lo enviaran al extranjero, ¿no se encargarían ellos mismos de comprarle el billete y organizarlo todo?

—Pero no se encargarían de pagarle el billete y organizare el viaje a su acompañante, ¿no?

—Lo intentaré y volveré a telefonearte esta misma noche.

¿Sería ésa la razón por la que Hathall había vivido tan frugalmente? ¿Para reunir el dinero del billete de su cómplice? Wexford supuso que debía de tener un trabajo esperándole, de lo

contrario, era que estaba muy desesperado por ponerse a salvo. En este último caso, tendría que reunir dinero para dos billetes. Recordó entonces que en el *Kingsmarkham Courier* que le habían dejado sobre la mesa esa misma mañana había visto el anuncio de viajes a Río de Janeiro. Rescató el periódico de debajo de una pila de papeles y se fijó en la última página. Ahí estaba, el billete de ida y vuelta costaba poco más de trescientas cincuenta libras. Si a eso se le agregaba un poco más para dos billetes de ida, el plan de ahorros de Hathall quedaba más que justificado...

Se disponía a tirar el periódico cuando un apellido de la columna de necrológicas le llamó la atención. Somerset. «El 15 de octubre, en Church House, Old Myringham, falleció Gwendoleen Mary Somerset, amada esposa de Mark Somerset. El funeral por el descanso de su alma se celebrará en la iglesia de San Lucas, el 22 de octubre. Se ruega no enviar flores, sino efectuar donaciones en metálico al Hogar Stowerton para Enfermos Incurables». O sea, que por fin había muerto la esposa exigente y quejumbrosa. ¿La *amada* esposa? Quizá hubiera sido verdaderamente amada, o quizá se tratara de la acostumbrada hipocresía, una fórmula tan vieja, manida y automática que ya no se la consideraba hipocresía. Wexford sonrió fríamente y se olvidó del asunto. Se fue a su casa temprano —la ciudad estaba en calma y no se habían producido delitos— y esperó la llamada de Howard.

A las siete sonó el teléfono, pero era Sheila, su hija menor. Ella y su mujer estuvieron charlando alrededor de veinte minutos, y después que hubieron colgado, el teléfono no volvió a sonar. Wexford esperó hasta las diez y media y entonces marcó el número de Howard.

—Maldita sea, ha salido —le comentó enfadado a su mujer—. Es el colmo.

—¿Y por qué no debería salir por las noches? Estoy segura de que trabaja mucho.

—¿Y yo, no trabajo? No acostumbro a irme de pindongueo cuando he prometido telefonear a la gente.

—No, es verdad, y si lo hicieras quizá la presión no se te subiría como en estos momentos —le dijo Dora.

A las once volvió a intentar comunicarse con Howard, pero nadie contestaba al teléfono, por lo que se marchó a la cama con un humor de perros. No le resultó sorprendente que volviese a tener otro de sus obsesivos sueños con Hathall. Se encontraba en un aeropuerto. El enorme avión se disponía a despegar y ya se habían cerrado sus puertas, pero mientras él lo observaba, se volvían a abrir y, en lo alto de la escalerilla, aparecían Hathall y una mujer, y saludaban graciosamente a la multitud cariñosa, como si fueran una pareja real. La mujer levantaba la mano derecha en un gesto de despedida, y Wexford le veía la roja cicatriz en forma de A, una cicatriz inflamada con la A de amor, de ausencia, de adiós. Y antes de que él pudiera subir la escalerilla a toda carrera, como había comenzado a hacer, los escalones se desvanecían, la pareja se retiraba y el avión remontaba vuelo en el frío cielo azul invernal.

¿Por qué será que a medida que uno envejece tiende a despertarse a las cinco de la mañana sin poder conciliar de nuevo el sueño? ¿Estaría relacionado con el bajo nivel de azúcar en sangre? ¿O acaso la cercanía del amanecer ejercía una atracción atávica? Wexford supo que el sueño se negaría a volver, de modo que a las seis y media se levantó y se preparó el desayuno. Le disgustaba la idea de telefonar a Howard antes de las ocho, y a las ocho menos cuarto se sintió tan nervioso e inquieto que le llevó una taza de té a Dora y luego se marchó a trabajar. Obviamente, a esas alturas, Howard había partido ya hacia Kenbourne Vale. Comenzó a sentirse amargamente agraviado, y volvieron a reafirmarse los viejos sentimientos que Howard le inspirara. Era cierto que había escuchado compasivamente todas las digresiones de su tío sobre este caso, ¿pero qué pensaba en realidad? ¿Que se trataba de las fantasías de un hombre ya mayor? ¿Tonterías de un palurdo pueblerino? Lo más probable era que le hubiera seguido la corriente para darle el gusto, y que se hubiera rebajado a hacer esa llamada a Marcus Flower sólo para hacer tiempo mientras llegaba la hora de

acudir a sus citas metropolitanas más importantes. Probablemente, todavía no había ido a ver a Marcus Flower. De todas maneras, no tenía sentido que se volviera paranoico, al estilo Hathall. Debía humillarse, telefonear a Kenbourne Vale y volver a preguntar.

Así lo hizo a las nueve y media. Howard no había llegado aún, y sin querer se vio envuelto en una sesión de chismorreó con el sargento Clements, un viejo amigo de la época en que habían trabajado juntos en el caso del asesinato del cementerio de Kenbourne Vale. Wexford era demasiado amable como para cortar en seco al sargento, en cuanto le hubo informado que Howard se retrasaría en una conferencia de alto vuelo, por lo que se resignó a escuchar todo lo que Clements le contó sobre su hijo adoptivo, su futura hija adoptiva y el nuevo chalet. Finalmente, Clements le dijo que le dejaría el mensaje al superintendente, pero que no lo esperaba hasta las doce.

Finalmente, recibió la llamada a las doce y diez.

—Intenté telefonearte a tu casa antes de marcharme —le explicó Howard—, pero Dora me dijo que ya te habías ido. Y desde entonces no he tenido un minuto libre, Reg.

En la voz de su sobrino había un tono de emoción apenas disimulada. Probablemente lo habían vuelto a ascender, pensó Wexford, por lo que le dijo no muy cálido:

—Prometiste que me telefonearías anoche.

—Sí, te dije que te llamaría a las siete. Pero tu teléfono comunicaba. Y después ya no pude. Fui con Denise al cine.

Fue el tono de diversión —no, de regodeo— lo que colmó el vaso. Olvidándose por completo de los rangos, Wexford estalló.

—Ah, qué bien —le espetó—. Ojalá que los de la fila de atrás hablaran todo el rato y que los de la fila de delante se pusieran a hacer el amor en los asientos y que los de los palcos te tiraran cáscaras de naranja. ¿Qué novedades tienes de mi caso? ¿Qué me dices de lo de Sudamérica?

—Ah, eso —dijo Howard, y Wexford hubiera podido jurar que oyó bostezar a su sobrino—. Se marcha de Marcus Flower, ha

renunciado. No he podido averiguar nada más.

—Muchas gracias. ¿Es todo?

Howard se echó a reír.

—Reg, es una fechoría mantenerte en suspenso, pero es que estabas tan a punto de caramelo y eres un viejo tan irascible, que no he podido resistirme. —Controló la risa y de pronto, su voz se tornó solemne, mesurada—. Pero de ninguna manera acaba ahí la cosa —añadió—. Lo he visto.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que has hablado con Hathall?

—No, lo he visto. No estaba solo. Iba con una mujer. Lo he visto con una mujer, Reg.

—Dios santo —dijo Wexford en voz baja—. Y el Señor lo depositó en mis propias manos.

—YO NO ESTARÍA tan seguro de eso —le dijo Howard—. Al menos por el momento. Pero te lo contaré, ¿de acuerdo? ¿Increíble, verdad? Pensar que dije que no creía que tuviera que identificarlo. Pero lo identifiqué anoche. Te contaré cómo sucedió.

La noche anterior, Howard había intentado telefonear a su tío a las siete, pero su teléfono comunicaba. Como no tenía más que malas noticias para darle, decidió volver a intentarlo por la mañana, pues iba corto de tiempo. Tenía que ir con Denise a cenar al West End antes de asistir a la sesión de las nueve del Cine Curzon, y Howard había aparcado su coche cerca de la confluencia de Curzon Street y Half Moon Street. Como disponía de unos minutos libres, la curiosidad lo empujó a echar un vistazo al exterior de los despachos a los que había telefoneado durante el día; él y Denise se acercaban al edificio de Marcus Flower cuando, en dirección contraria, vio avanzar a un hombre y a una mujer que se dirigían hacia allí. El hombre era Robert Hathall.

Se detuvieron ante la ventana de cristal reforzado y miraron el interior, escrutando los cortinajes de terciopelo, la alfombra Wilton de pared a pared y la escalinata de mármol. Al parecer, Hathall le estaba enseñando a su acompañante los brillantes esplendores del sitio donde trabajaba. La mujer era de estatura mediana, bien

parecida pero no llamativa, de cabello rubio muy corto. Howard calculó que no tendría más de treinta y pocos años.

—¿No llevaría peluca? —inquirió Wexford.

—No, pero quizá tuviera el pelo teñido. Naturalmente, no le vi la mano. Se hablaban de un modo que me pareció afectuoso, y después de un rato se alejaron andando hacia Piccadilly. Ah, por cierto, no disfruté de la película. En esas circunstancias, no logré concentrarme.

—Howard, no ha habido una eterna despedida. No han borrado lo prometido. Es tal como yo creí, y ahora el que la encontremos sólo es cuestión de tiempo.

Al día siguiente, le tocaba su descanso semanal. El tren de las diez treinta que partía de Kingsmarkham lo dejó en Victoria justo antes de las once y media, y a mediodía se encontraba en Kilburn. Wexford no supo qué arranque de imaginación romántica había impulsado al dueño a ponerle a aquella escuálida taberna victoriana el nombre de la principal amante de Carlos II. Se alzaba en una curva, cerca del Edgware Road, y tenía el aire de un deteriorado navío decimonónico. Colorado Matthews estaba sentado en un taburete de la barra, enzarzado en una conversación animada y, al parecer, llena de aflicción con el tabernero irlandés. Cuando vio a Wexford abrió los ojos como platos o, mejor dicho, abrió un ojo como plato. El otro lo tenía medio cerrado y hundido por una hinchazón purpúrea.

—Lleva tu copa a aquel rincón —le ordenó Wexford—. Me reuniré contigo en seguida. ¿Me pone una copa de vino blanco, seco, por favor?

Colorado no se parecía a su hermano, ni hablaba como él y sin duda, tampoco fumaba como él, no obstante, tenían algo en común, además de su inclinación por los delitos menores. Posiblemente el padre o la madre habían tenido una personalidad dinámica, o quizá sus genes tuvieran algo de excepcionalmente vital. Fuera como fuese, Wexford sostenía que los hermanos Matthews eran como las demás personas, aunque quizás un poco más. Ambos sentían una

cierta tendencia al exceso. Mono fumaba sesenta cigarrillos extra largos por día. Colorado no fumaba, pero bebía, cuando podía permitírselo, una pócima de Pernod y Guinness.

Colorado llevaba quince años sin hablarse con Mono y éste tampoco se hablaba con aquél. Se habían enemistado a raíz de la chapucería en que habían convertido el intento de atraco a una peletería de Ingsmarkham. Colorado había ido a parar a la cárcel, mientras que Mono se había salvado —injustamente, en la razonable opinión de Colorado— y al quedar en libertad, el hermano más pequeño se había marchado a Londres, donde se casó con una viuda, dueña de una casa y con algunos ahorrillos. Colorado no tardó en gastarse esos ahorrillos y ella, quizá por venganza, se le apareció un día con cinco niños. Por lo tanto, no preguntó por su hermano, al que culpaba de gran parte de sus infortunios, sino que cuando Wexford se reunió con él en una mesa de un rincón, se limitó, a comentar con amargura:

—¿Ve este ojo?

—Claro que lo veo. ¿Qué diablos has hecho? ¿Te topaste con el puño de tu mujer?

—Muy gracioso. Le diré quién ha sido. Ese maldito Hathall, anoche cuando lo seguí hasta la parada del 28.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Wexford, azorado—. ¿Quieres decir que te ha descubierto?

—Gracias por la compasión. —El rostro de Colorado se sonrojó hasta adquirir un tono similar al de su pelo—. Era lógico que tarde o temprano me descubriera, todo por culpa de mi puto pelo. Pero no tenía motivos para darse la vuelta de repente, y golpearme en el maldito ojo, ¿no?

—¿Eso hizo?

—Tal como se lo cuento. Me hizo un corte. La patrona dice que así me parezco a Henry Cooper. No fue nada gracioso, se lo puedo asegurar.

Fatigado, Wexford preguntó:

—¿Pudiste parar la sangre?

—La sangre paró cuando tenía que parar, claro está. Pero todavía no se me ha cicatrizado la herida, y puede usted ver la maldita...

—Por el amor de Dios, deja ya de maldecir y hablar de sangre cada dos palabras. Que no me dejas beber tranquilo. Mira, Colorado, lamento lo de tu ojo, pero tampoco es para tanto, no ha sido tan serio. Claro que a partir de ahora tendrás que ser mucho más cuidadoso. Por ejemplo, podrías ponerte sombrero...

—No pienso volver allí, señor Wexford.

—No me vengas con tonterías. Deja que te invite a otra de esas... ¿cómo se llaman? ¿Cómo has dicho que se llaman?

—Pida media de Guinness de barril con un Pernod doble —repuso Colorado con orgullo y ya más alegre, añadió—: No sé cómo se llaman, pero yo las llamo Reyes Diabólicos.

Aquella mezcla olía fatal. Wexford fue a buscarse otra copa de vino blanco. Fue entonces cuando Colorado le comentó:

—Con eso no engordará usted demasiado.

—De eso se trata. Y ahora, cuéntame adónde va el autobús de la línea 28.

Colorado bebió un trago de su Rey Diabólico y con suma rapidez repuso:

—Golders Green, Child's Hill, Fortune Green, West End Lane, estación de West Hampstead, Quex Road, Kilburn High Road...

—¡Por el amor de Dios! No conozco ninguno de esos lugares, no me dicen absolutamente nada. ¿Y dónde tiene el final?

—En Wandsworth Bridge.

Defraudado por semejante revelación, aunque satisfecho de poder encontrarse en ventaja, al menos por una vez, ante semejante despliegue de sofisticados conocimientos, Wexford dijo:

—Sólo va a ver a su madre que vive en Balham. Eso queda cerca de Balham.

—Donde va el autobús, no. Vea, señor Wexford —dijo Colorado con paciente indulgencia—, no conoce Londres, usted mismo lo ha reconocido. Llevo quince años aquí y puedo asegurarle que nadie, a

menos que estuviera completamente chalado, iría a Balham de ese modo. Lo mejor sería ir hasta el metro de West Hampstead, hacer transbordo para coger la línea Norte en Waterloo o Elephant. Cuestión de lógica, señor Wexford.

—Entonces, se baja en algún punto del recorrido. Colorado, ¿quieres hacer una sola cosa más por mí? ¿Hay un *pub* en la parada del autobús donde lo has visto tomar el 28?

—Justo enfrente —repuso Colorado con preocupación.

—Le daremos una semana. Si no se queja de ti a lo largo de la semana próxima... vamos, ya sé que piensas que eres tú quien tiene motivos de queja... pero si no se queja, sabremos que habrá llegado a la conclusión de que eres un posible atracador...

—Muchas gracias, muy agradecido.

—... y no te relaciona conmigo —prosiguió Wexford haciendo caso omiso de la interrupción—, o es que el tío está tan asustado a estas alturas como para llamar la atención. Pero a partir del lunes próximo quiero que te estés apostado en ese *pub* todos los días a partir de las seis y media de la tarde durante una semana. Tú fíjate nada más cuántas veces toma ese autobús. ¿Lo harás? No quiero que lo sigas, además no correrás ningún riesgo.

—Eso es lo que dicen todos —repuso Colorado—. Acuérdense que ya ha golpeado a este pobre infeliz. ¿Quién va a ocuparse de mi maldita mujer y mis hijos si el tío va y me estrangula con sus putas cadenas de oro?

—Los mismos que se ocupan de ellos ahora —replicó Wexford, hecho una seda—. La Seguridad Social.

—¡Qué lengua tiene usted! —Por primera vez, Colorado habló exactamente como su hermano, y por un breve instante se le pareció mucho, cuando el ojo sano relució con un brillo goloso—. ¿Y qué consigo yo con todo esto?

—Una libra diaria —le contestó Wexford—, más cuantos... esto... Reyes Diabólicos puedas echarte al colete.

Wexford esperó ansiosamente otra citación del comisario jefe, pero no le llegó ninguna y, promediada la semana, supo que Hathall no presentaría ninguna queja. Lo cual, como le había manifestado a Colorado, significaba pura y exclusivamente que Hathall había llegado a la conclusión de que el hombre que lo seguía tenía la intención de atracarlo y por ello, había querido hacer justicia por su propia mano. No obstante, lo que sí estaba claro era que fuera cual fuese el resultado de las observaciones de Colorado desde el *pub*, no podría volver a emplear al pelirrojo. De poco le serviría averiguar con qué frecuencia tomaba Hathall ese autobús si después no iba a poder asignar a nadie para que lo siguiera.

Las cosas estaban muy tranquilas en Kingsmarkham. Nadie se opondría si se tomaba los quince días de vacaciones que le debían. Los empleados que toman sus vacaciones de verano en pleno noviembre gozan de gran popularidad entre sus compañeros. Todo dependía de Colorado. Si es que Hathall tomaba ese autobús de forma regular, ¿por qué no podía pedir él vacaciones e intentar seguir a ese autobús en su coche? Sería difícil con el tránsito de Londres, que siempre lo intimidaba, pero no imposible si no era en las horas punta. Y apostaba diez contra uno, cien contra uno a que Hathall no lo descubriría. Quienes viajan en autobús no suelen fijarse en los que van en coche. Quienes viajan en autobús no pueden *ver* al conductor de un coche que los persigue. Si supiera la fecha en que Hathall se marcharía de Marcus Flower y cuándo abandonaría el país...

Un hecho que no había previsto lo sacó de estas reflexiones. Había tenido la certeza de que el arma no se encontraría jamás, que estaba en el fondo del Támesis o que había sido arrojada a algún vertedero público de basuras. Cuando la joven profesora de ciencias políticas le telefoneó, le informó que los hombres que excavaban para hacer el jardín en Bury Cottage habían encontrado el collar, y que el propietario, el señor Somerset, le había aconsejado que

hablara con la policía, lo primero que se le ocurrió a Wexford fue que podría vencer los escrúpulos de Griswold y enfrentarse a Hathall. Personalmente, recorrió en su coche Wool Lane —y observó al pasar el cartel de «Se vende», en el exterior de la casa de Nancy Lake— y se dirigió hasta el erial, la zona de cantera a cielo abierto que en otra época fuera el jardín posterior de Hathall. En un rincón, un cargamento de piedra de Westmorland formaba una cordillera, y junto al garaje se encontraba aparcada una excavadora mecánica. ¿Acaso Griswold le reprocharía el no haber hecho excavar aquel jardín? Cuando se busca un arma, no se excava un jardín que tiene todo el aspecto de un trozo de terreno sin un solo palmo de tierra abierta, recién removida. Ni siquiera habían notado la más minúscula interrupción en el ancho manto de césped en septiembre del año anterior. Habían peinado hasta el último centímetro. ¿Cómo se las habrían arreglado Hathall y su cómplice para enterrar el collar y volver a cubrirlo con la tierra y el césped sin dejar ningún rastro?

Fue la señora Snyder, la profesora, quien se lo explicó.

—Aquí debajo había una especie de agujero. ¿Se le llama fosa séptica, no? Me parece que el señor Somerset habló de una fosa.

—Un pozo negro o tanque séptico —dijo Wexford—. Las cloacas llegaron a esta zona de Kingsmarkham hace unos veinte años, hasta ese momento las casas utilizaron pozos negros.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no lo hicieron quitar? —preguntó la señora Snyder con el asombro propio de quien viene de un país más rico y con más conciencia de la higiene—. En fin, que el collar estaba ahí dentro, en ese pozo o foso o como se llame. Esa cosa... —añadió señalando con el dedo la excavadora—,... lo desenterró. Al menos eso dijeron los obreros. No lo vi personalmente. Capitán, no quiero darle la impresión de que critico su país, pero... ¡esto me parece increíble! ¡Un tanque séptico!

Sumamente divertido con su nuevo título, que lo hizo sentir como un oficial de marina, Wexford comentó que comprendía muy bien que los métodos primitivos de eliminación de las aguas cloacales no

eran nada agradables de observar, y le preguntó en seguida dónde estaba el collar.

—Lo lavé y lo guardé en un armario de la cocina. Lo lavé con un desinfectante.

Eso no tenía ninguna importancia. Después de pasarse tanto tiempo en inmersión, seguramente no conservaría ninguna huella, si es que las había tenido. Pero la aparición del collar lo sorprendió. No se componía, tal como habían creído, de eslabones, sino que se trataba de un collar macizo de un metal gris que había perdido casi todo el baño dorado, y que tenía forma de serpiente enroscada en círculo; al abrocharse el collar, la cabeza de la serpiente pasaba a través de una ranura de la cola. Entonces conoció la solución de un detalle que lo había intrigado durante mucho tiempo. No se trataba de una cadena que podía cortarse al tirar de ella, sino que era el arma perfecta para un estrangulador. La cómplice de Hathall no había tenido más que colocarse de pie detrás de la víctima, sujetar la cabeza de la serpiente y tirar...

¿Pero cómo habría ido a parar al pozo negro en desuso? La tapa metálica, utilizada cuando se debía vaciar el pozo, había estado sepultada bajo una capa de tierra y cubierta con tanto césped que los hombres de Wexford ni siquiera habían sospechado que existía. Telefonó a Mark Somerset.

—Creo que puedo aclararle cómo llegó hasta allí —le dijo Somerset—. Cuando instalaron las cloacas, mi padre sólo hizo que desaguaran en ellas las denominadas «aguas residuales». Pero los desagües de la bañera, del lavabo y del fregadero de la cocina continuaron conectados al pozo negro. Bury Cottage se encuentra sobre una ligera pendiente, de modo que mi padre sabía que no se desbordaría, sino que iría filtrándose en la tierra.

—¿Insinúa que alguien se limitó a echarlo por el sumidero del fregadero?

—No veo por qué no. Si esa persona abrió al máximo los grifos y dejó correr el agua lo suficiente, pudo llevárselo la corriente.

—Gracias, señor Somerset. Me ha resultado de gran ayuda. Por cierto, quisiera... esto... darle el pésame por la pérdida de su esposa.

¿Acaso sería su imaginación, o era que por primera vez Somerset se mostraba turbado?

—Ya, sí, gracias —murmuró y colgó de golpe.

Después de hacer examinar el collar por los expertos del laboratorio, pidió una cita con el comisario jefe. Se la concedieron para el viernes siguiente por la tarde, y a las dos de la tarde de ese día se presentó en la casa de Griswold, una granja recargada, sin aspecto de granja, en un pueblo llamado Millerton, ubicado entre Myringham y Sewingbury. Se la conocía por el nombre de Hightrees Farm, pero en privado, Wexford la llamaba Millerton—*Les-Deus-Eglises*.

—¿Qué le hace pensar que esto es un arma? —Fue la pregunta con la que lo recibió Griswold.

—Tengo la impresión de que se trata del único tipo de collar que podían haber utilizado, señor Griswold. Una cadena se habría partido. Los del laboratorio dicen que el baño dorado que todavía le queda es similar a los trocitos encontrados en el cuello de Angela Hathall. Claro que no pueden estar seguros.

—Pero supongo que tienen una «corazonada», ¿no? ¿Algo le induce a pensar que el collar no llevaba veinte años en ese pozo negro?

Wexford no fue tan tonto como para volver a mencionar sus corazonadas.

—No, pero podría encontrar algún fundamento si se me permitiera hablar con Hathall.

—Él no estaba en la casa cuando la mataron —replicó Griswold, torciendo la boca hacia abajo y endureciendo la mirada.

—Estaba su amiga.

—¿Dónde? ¿Cuándo? Se supone que soy el comisario jefe del Medio Sussex, donde se cometió este asesinato. ¿Por qué no me han informado que se ha descubierto la identidad de una cómplice?

—La verdad es que exactamente no he...

—Reg —lo interrumpió Griswold con una voz que comenzaba a temblar de cólera—, ¿tiene usted alguna prueba más de la complicidad de Hathall en este caso que la que tenía hace catorce meses? ¿Tiene usted una sola prueba concreta? Se lo pregunté entonces y se lo vuelvo a preguntar ahora. ¿Tiene usted alguna prueba?

Wexford vaciló. No podía revelar que había hecho seguir a Hathall, y mucho menos admitir que su propio sobrino, el Superintendente Howard Fortune, lo había visto en compañía de una mujer. ¿Qué indicios de homicidio había en la economía de Hathall o en la venta de su coche? ¿Cómo demostrar su culpabilidad aduciendo que el hombre vivía en la zona noroeste de Londres, o que le habían visto tomar un autobús londinense? Aunque estaba lo de Sudamérica... Sombríamente, Wexford se enfrentó a lo que todo ello significaba. Nada. Por lo que él podía probar, nadie había ofrecido a Hathall un trabajo en Sudamérica, ni siquiera había pedido un mísero folleto sobre Sudamérica, y mucho menos un billete de avión. Simplemente un hombre con antecedentes policiales le había visto entrar en una agencia de viajes.

—No, señor Griswold.

—Entonces la situación no ha cambiado. Sigue exactamente igual. No lo olvide.

COLORADO hizo lo que le habían mandado, y el viernes 8 de noviembre, Wexford recibió de él un informe en el que le decía que había estado en su puesto de observación del *pub*, todas las noches y en dos ocasiones, el lunes y el miércoles, Hathall se había presentado en West End Green antes de las siete para tomar el 28. En fin, al menos era algo. El lunes tendría que haber recibido otro informe. Pero ocurrió algo inaudito y Colorado le telefoneó desde una cabina. Y, según le informó a Wexford, tenía mucho cambio suelto, además, estaba seguro de que un caballero como el inspector jefe, le reembolsaría el gasto.

—Dame el número y te llamo yo. —Aquello era el colmo, ¿cuánto más tendría que financiar de su propio bolsillo? Que los contribuyentes soltaran algo también. Colorado levantó el auricular antes que el teléfono sonara dos veces—. Tiene que ser algo bueno, Colorado, para que te hayas decidido a llamar.

—Admito que es muy bueno, maldita sea —replicó Colorado con petulancia—. Lo he visto con una tía, ésa es la novedad.

Nunca se experimenta dos veces el mismo júbilo culminante. Wexford había oído esas palabras —o palabras con el mismo sentido— en otra ocasión, y en esta, no se lanzó en alas del entusiasmo ni dijo que el Señor depositaba a Hathall en sus manos. Se limitó a preguntar cuándo y dónde.

—Bueno, ya sabe usted que habíamos quedado en que debía apostarme en el *pub* y vigilar la maldita parada de autobús. Bien, me dije a mí mismo que no pasaría nada si vigilaba también el domingo. —Asegurándose la paga de siete días en dinero y en Reyes Diabólicos, pensó Wexford—. En fin, que estuve allí vigilando ayer y el domingo, a la hora del almuerzo, cuando lo vi. Sería aproximadamente la una y caían chuzos de punta. El tío llevaba impermeable y un paraguas abierto. No se detuvo para tomar el autobús, sino que siguió andando por West End Lane. La verdad es que ni por un momento pensé en seguirlo, maldita sea. Lo había visto pasar y ya bastaba. Pero se me ocurrió entonces que sería mejor que volviese a casa a comer, porque a mi mujer le gusta que estemos sentados a la mesa a la una y media en punto, de modo que allá me fui yo a la estación.

—¿Qué estación?

—La de West Hampstead —repuso Colorado haciendo una imitación bastante fidedigna de un revisor de autobús antillano. Se rió de su propio chiste—. Mientras meto una moneda de cinco en la máquina de billetes, porque hasta Kilburn sólo hay una parada, veo al sujeto, de pie, junto a una maldita barrera. Gracias a Dios estaba de espaldas a mí, así que me voy a toda pastilla hasta el quiosco de revistas y le echo un vistazo a las revistas de mujeres de las que tiene una selección de calidad. En fin, señor Wexford, que considerando el compromiso que tengo con usted, veo llegar el metro pero no bajo corriendo las malditas escaleras para cogerlo. Espero. Y por la escalera suben unas veinte personas. No me atreví a darme la vuelta, porque no quería que me hincharan el otro ojo, pero cuando me pareció que no había moros en la costa, eché una ojeada y hete aquí que descubro que el tío se había marchado.

»Vuelvo a toda pastilla a West End Lane, bajo un chaparrón de película. Pero allá adelante, caminando en dirección a su casa, veo al maldito Hathall con esa tía. Iban muy juntitos, debajo del maldito paraguas, y la tía llevaba un impermeable de plástico, de esos transparentes, con la capucha puesta. A ella no la pude ver bien,

pero llevaba una falda larga que la iba arrastrando por el suelo mojado. De ahí me fui a casa y me tuve que aguantar el rapapolvo de mi mujer por llegar tarde a comer.

—Más vale virtud que arrobas de oro, Colorado.

—De eso yo no sé nada —replicó Colorado—, pero estoy seguro de que querrá saber a cuánto ascienden mis honorarios y los Reyes Diabólicos, en total son quince libras con sesenta y tres céntimos. Parece mentira cómo aumenta el puto coste de la vida, ¿no?

Al colgar, Wexford decidió que no era preciso pensar más en los medios para seguir a un hombre en un autobús. Porque ese hombre había tomado ese autobús nada más que hasta la estación de West Hampstead, y ese domingo había ido andando porque llevaba un paraguas, y los paraguas suelen representar todo un problema en los autobuses. Ahora se tenía que pescar a Hathall y a su mujer juntos y seguirlos hasta la avenida Dartmeet.

—Me deben quince días de vacaciones —le dijo Wexford a su esposa.

—Te deben todavía unos tres meses de vacaciones de años anteriores.

—Tengo pensado tomarme una parte ahora. Digamos la semana que viene.

—¿Cómo, en noviembre? Entonces tendremos que ir a algún sitio cálido. Dicen que Malta es muy bonita en noviembre.

—También Chelsea es muy bonita en noviembre, y allí es donde vamos a ir.

Lo primero que debía hacer el primer día de sus «vacaciones» era familiarizarse con una parte de la geografía londinense, desconocida para él. El viernes 22 de noviembre hizo un bonito día soleado, por el aspecto parecía junio y por la temperatura enero. ¿Qué mejor manera de llegar a West Hampstead que en un autobús de la línea 28? Howard le había comentado que su recorrido atravesaba King's Road, cuando iba en dirección a Wandsworth Bridge, de modo que

desde Teresa Street a la parada más cercana no había mucho trecho andando. El autobús subía por Fulham hasta West Kensington, una zona que recordaba la época en que había ayudado a Howard en un caso anterior; para su satisfacción, reconoció algunos hitos familiares. Pero no tardó en encontrarse en un territorio desconocido, y se trataba de un territorio muy vasto y variado. Siempre le sorprendía la inmensidad de Londres. Cuando había interrumpido a Colorado en su enumeración de las paradas de este recorrido, no había tenido la más remota idea de lo larga que sería la lista. Había supuesto ingenuamente que a Colorado le habían quedado por nombrar dos o tres paradas más y por último, la terminal, pero de haber continuado la enumeración habría citado una docena más. A medida que el revisor iba indicando en alta voz «Church Street», «Notting Hill Gate», «Pembroke Road»; sintió un alivio creciente de que Hathall se hubiera limitado a coger el autobús sólo hasta la estación de West Hampstead.

Finalmente, llegó a esa estación al cabo de tres cuartos de hora. El autobús cruzó el puente que había sobre las líneas del ferrocarril y en su recorrido dejó atrás otras dos estaciones más, ubicadas al otro lado, West End Lane y otra West Hampstead de alguna línea suburbana. Desde que partiera de Kilburn había ido ascendiendo y siguió ascendiendo por West End Lane, un camino estrecho y sinuoso, hasta llegar a West End Green. Wexford se bajó. Allí el aire era fresco, no sólo fresco en comparación con el de Chelsea, sino tan libre de carburantes como en Kingsmarkham. Subrepticamente, consultó su guía. La avenida Dartmouth se extendía a lo largo de cuatrocientos metros hacia el este, lo cual lo desconcertó un poco. Estaba claro que en cinco minutos Hathall podía haber llegado a pie hasta la estación de West Hampstead, utilizando incluso las calles laterales. ¿Para qué tomar un autobús? Sin embargo, Colorado lo había visto hacer. Posiblemente no le gustara andar.

Wexford encontró la avenida Dartmouth sin dificultades. Era una calle empinada como la mayoría en aquella zona, bordeada de hermosas casas altas, construidas casi todas en ladrillo rojo, pero a

algunas, para modernizarlas, les habían estucado las fachadas, y cambiado las ventanas de guillotina por ventanales de cristal reforzado. Unos árboles altísimos, casi desnudos, se proyectaban por encima de techos y gabletes afilados, y en las aceras crecían árboles maduros sin podar. El número 62 tenía al frente un jardín lleno de arbustos y hierbajos. Ante la entrada lateral había tres enormes cubos de basura de plástico negro, con el número 62 pintado a la cal. Wexford se fijó en la cabina telefónica desde la que Colorado había montado guardia y calculó cuál de las ventanas mirador sería la de Hathall. ¿Adelantaría algo llamando al casero? Llegó a la conclusión de que nada. Con toda probabilidad el hombre acabaría comentándole a Hathall que alguien había preguntado por él, le describiría a ese alguien, y entonces la situación se tornaría crítica. Se dio la vuelta y caminó lentamente hasta West End Green, buscando a su paso cualquier rincón o árbol adecuado que pudieran ofrecerle refugio si se atrevía a seguir personalmente a Hathall. En esa época oscurecía temprano, las noches eran largas y oscuras, y en un coche...

El 28 bajaba por Fortune Green Road cuando él se acercó a la parada. El servicio era bueno y frecuente. Mientras se acomodaba detrás del conductor, Wexford se preguntó si Robert Hathall habría ocupado alguna vez aquel mismo asiento y miró por la ventanilla hacia las tres estaciones y las líneas del ferrocarril que se bifurcaban. Tales reflexiones rayaban en lo obsesivo, y debía evitarlas. Pero le resultaba imposible no volver a preguntarse por qué Hathall había tomado el autobús sólo para llegar hasta allí. La mujer, cuando iba a casa de Hathall, viajaba en tren. Quizás a Hathall no le gustara el metro, se habría hartado de ir a trabajar en metro, por eso, cuando iba a casa de ella, prefería un relajado viaje en autobús.

Tardó unos diez minutos en llegar a Kilburn. Colorado, al que con toda seguridad encontraría en La Condesa de Castlemaine al mediodía, con la misma certeza que el sol sale al alba o que al relámpago sigue el trueno, se hallaba encorvado sobre su taburete.

Estaba tomando media pinta de cerveza amarga, pero cuando vio a su benefactor, apartó de sí la jarra, del mismo modo que un hombre suelta la cuchara y deja la sopa a medias cuando le llevan el filete. Wexford le pidió un Rey Diabólico por su nombre y sin describir sus ingredientes. El tabernero lo entendió.

—El muy maldito lo trae de cabeza, ¿no? —Colorado se dirigió a la mesa de un reservado—. Cada dos por tres aparece usted en Londres. Más le vale no dejar que la situación lo joda tanto, porque cuando uno permite que una situación así lo joda, puede acabar en el manicomio.

—No seas tan necio —replicó Wexford, cuya propia esposa le había dicho más o menos lo mismo esa misma mañana, aunque con términos más refinados—. De todos modos, no será por mucho tiempo. La semana próxima tendría que acabar todo. Verás, quiero que me...

—Señor Wexford, esto se acabó. —Colorado hablaba con una especie de tímida determinación—. Me ha metido en esto para que lo pescara en compañía de una tía, y ya lo he pescado en compañía de una tía. Lo demás es cosa suya.

—Colorado, sólo te pido una cosa —comenzó a decir Wexford en tono persuasivo—, que la semana que viene vigiles la estación mientras yo vigilo la casa.

—No —contesto Colorado.

—Eres un cobarde.

—La cobardía —dijo Colorado, exhibiendo su acostumbrada dificultad para hacer que su dominio de la lengua escrita estuviese a la altura de su manejo de la hablada—, no tiene nada que ver en esto. —Titubeó y con algo que pudo haber sido modestia o vergüenza, añadió—: Es que conseguí un trabajo.

Wexford estuvo a punto de quedarse sin aliento.

—¿Un trabajo? —En épocas pasadas, ese término había sido empleado exclusivamente por Colorado y su hermano para indicar alguna actividad delictiva—. ¿Quieres decir que has conseguido un trabajo remunerado?

—Bueno, no he sido yo exactamente. —Colorado miró su Rey Diabólico con una cierta tristeza, levantó la copa con delicadeza y una especie de nostalgia, y bebió un sorbito. *Sic transit gloria mundi*, en otras palabras, ha sido bueno mientras duró—. La que consiguió trabajo fue mi señora. De camarera. Por las noches y los domingos al mediodía. —Se mostró ligeramente incómodo—. No sé qué le ha dado a la desgracia.

—Pero no entiendo qué te impide trabajar para mí.

—Cualquiera diría —comentó Colorado—, que no tiene usted una maldita familia. Alguien tiene que quedarse en casa a cuidar de los críos, ¿no?

Wexford logró a duras penas contener las carcajadas hasta que salió a la acera. La risa le sentó bien, le limpió de aquella sensación febril y frustrante que le había producido al principio la negativa de Colorado a seguir colaborando. Podía arreglárselas solo, pensó mientras volvía a subir al 28, y en el futuro, utilizaría el coche. Desde su coche, los domingos podía vigilar la estación de West Hampstead. Con suerte, Hathall se reuniría allí con la mujer, como lo había hecho el domingo anterior, y una vez que encontrase a la mujer, ¿qué importaba si Hathall se enteraba de que lo habían seguido? ¿Quién podía reprocharle por infringir las reglas cuando con su desobediencia habría logrado el éxito?

Pero ese domingo, Hathall no se reunió con la mujer, y a medida que avanzaba la semana, a Wexford le extrañó que el hombre se mostrase tan evasivo. Se apostó en la avenida Dartmeet cada noche, pero no vio a Hathall ni una vez; sólo pudo constatar que la habitación estaba ocupada a través de la ventana mirador. El lunes, el martes y el miércoles se presentó allí antes de las seis y entre las seis y las siete vio entrar en la casa a tres personas. Ni señales de Hathall. Por algún motivo, en la noche del jueves, el tráfico fue particularmente intenso. Eran las seis y cuarto cuando llegó a la avenida Dartmeet. La lluvia caía sin cesar y la larga calle empinada era una superficie negra en la que brillaba aquí y allá el dorado fulgor reflejado por las farolas. Aquello estaba desierto, a excepción

de un gato que se escabulló de entre los cubos de basura para desaparecer a través de una abertura en la pared del jardín. En una de las habitaciones del piso de abajo había luz, y a través del montante de la puerta principal se filtraba un resplandor más débil. La ventana de Hathall estaba a oscuras, pero mientras Wexford ponía el freno de mano y apagaba el motor, la ventana mirador se convirtió de repente en un brillante cubo amarillo. Hathall estaba en casa, había llegado quizás un minuto antes que Wexford. La ventana brilló durante unos segundos, luego, una mano invisible corrió las cortinas hasta que sólo se vieron unas finas líneas perpendiculares de luz, como hilos fosforescentes que ardían sobre la oscura y húmeda fachada.

El entusiasmo que aquel espectáculo había encendido en él se enfrió cuando pasaron una hora, dos horas, y Hathall no dio señales de vida. A las nueve y media apareció un hombre pequeño, de cierta edad, hizo salir al gato de entre los hierbajos pisoteados y lo entró en la casa. Cuando la puerta de entrada se cerró tras él, la luz que enmarcaba las cortinas de Hathall se apagó. Aquello alertó a Wexford, que se dispuso a llevar su coche a un sitio menos conspicuo, pero la puerta de entrada permaneció cerrada, la ventana siguió a oscuras, y supo que Hathall se había ido a la cama temprano.

Dado que había llevado a Dora de vacaciones a Londres, Wexford recordó sus deberes hacia ella y, durante el día, la escoltaba por los centros comerciales del West End. Pero como Denise era mucho más eficiente que él en esta tarea, el viernes abandonó a su esposa y a la de su sobrino por una mujer menos atractiva, que ya no era esposa en modo alguno.

Al llegar a la casa de Eileen Hathall, lo primero que vio en la entrada del garaje, fue el coche de su exmarido, el coche que, según Colorado, había vendido hacía tiempo. ¿Se trataría de un error de Colorado? Pasó de largo hasta llegar a una cabina desde la cual telefoneó a Marcus Flower. Sí, el señor Hathall estaba en el despacho, le dijo la voz de una Jane, o una Julie o una Linda. Si

tenía la amabilidad de esperar en línea... En lugar de esperar en línea, colgó y al cabo de cinco minutos se encontró en la árida sala de Eileen Hathall, sentado en una silla sin cojines, debajo de la gitana española.

—Le regaló el coche a Rosemary —replicó Eileen Hathall a su pregunta—. Mi hija lo ve de vez en cuando en casa de la abuela, y cuando le comentó que había aprobado el examen, él le regaló el coche. Adonde se marcha no le hará falta, ¿verdad?

—¿Adónde se marcha, señora Hathall?

—Al Brasil. —Escupió la ese sibilante como si la palabra no fuera el nombre de un país sino el de algún asqueroso reptil. Wexford sintió un escalofrío, la súbita expectación de que se enteraría de algo malo. Y se enteró—. Lo tiene todo dispuesto para salir el día de Nochebuena.

En menos de un mes...

—¿Ha conseguido un trabajo? —inquirió sin inmutarse.

—Un puesto muy bueno en una empresa internacional de expertos contables. —El orgullo con que lo decía tenía algo de patético. Hathall la odiaba, la había humillado, probablemente no volvería a verla y, sin embargo, a cambio de todo eso, se mostraba amargamente orgullosa del puesto que había conseguido—. Si le dijera lo que va a ganar, no se lo creería. Él se lo comentó a Rosemary, y ella me lo dijo a mí. Me liquidarán mi mensualidad desde Londres, descontándosela a él antes de enviarle el sueldo. Así y todo, le quedarán miles de libras al año para vivir. Además, le pagarán el billete, se lo han organizado todo, ya le han encontrado una casa. No ha tenido que mover un dedo.

¿Debería comentarle que Hathall no iría solo, que no viviría en esa casa solo? En el último año Eileen se había vuelto más robusta; su cuerpo macizo —todo bultos donde no debería haber ninguno— iba embutido en un vestido de lana color salmón. Y estaba permanentemente ruborizada, como si corriera una carrera

interminable. Quizá fuera así. Una carrera por seguirle el ritmo a su hija, por seguirle el ritmo a la rabia y dejar atrás el tranquilo aburrimiento de la miseria. Mientras Wexford titubeaba, ella le preguntó:

—¿Por qué quiere saberlo? Cree que él mató a esa mujer, ¿no es cierto?

—¿Y usted no cree lo mismo? —inquirió a su vez osadamente.

Si la hubieran abofeteado, la piel de su cara no habría podido enrojecer más. Parecía como piel azotada a punto de romperse y sangrar.

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —repuso con un sonoro jadeo, y levantó la mano, no para cubrirse los ojos como creyó Wexford en un principio, sino para taparse la boca temblorosa.

Wexford regresó a Londres, a la infructuosa vigilancia del viernes, al sábado vacío, al domingo que quizá —sólo quizá— podía traerle lo que deseaba.

Primero de diciembre y volvió a llover a cántaros. Pero eso no era una desgracia. Las calles quedarían vacías, y la posibilidad de que Hathall se asomara a espiar un coche sospechoso se tornaría menos factible. A las doce y media ya había aparcado en la acera de enfrente de la estación, lo más cerca de ésta que se atrevió, porque no sólo le preocupaba la posibilidad de que Hathall lo descubriese, sino también el poder obstruir la calle estrecha. La lluvia tamborileaba con fuerza sobre el techo del coche, y bajaba en torrentes por la alcantarilla entre el bordillo y la línea amarilla pintada en el suelo. Caía con tal ímpetu que, al escurrirse sobre el parabrisas, no le dificultaba la visibilidad sino que ejercía un efecto distorsionador, como si el cristal estuviese defectuoso. Lograba ver la entrada de la estación con bastante claridad y un tramo de unos cien metros de West End Lane hasta donde se elevaba por encima de las vías férreas. Por debajo de él, sin ser vistos, los trenes pasaban con estruendo; los autobuses de las líneas 159 y 28 subían y bajaban por la colina. Había muy poca gente en la calle, y sin embargo daba la impresión de que toda la población estuviese de

viaje, proveniente de hogares desconocidos hacia destinos desconocidos, atravesando la pálida y húmeda melancolía de aquel domingo invernal. Las agujas del reloj del panel de instrumentos avanzaron lentas hasta señalar la una menos cuarto.

A esas alturas ya se había acostumbrado tanto a esperar, resignado a montar guardia como un hombre al acecho de algún animal astuto y cauteloso, que sintió un sobresalto como una descarga eléctrica, rayano en la incredulidad, cuando a la una menos diez, en la distancia, vio la silueta de Hathall. El cristal le jugaba malas pasadas. Era como si Hathall se encontrase en una galería de espejos: primero fue un gigante esquelético, luego un enano rechoncho, pero con una sola pasada del limpiaparabrisas, de repente lo vio con toda claridad. Llevaba el paraguas abierto, y se dirigía a paso rápido hacia la estación —afortunadamente, por la acera opuesta—. Dejó atrás el coche sin volver la cabeza, se detuvo delante de la estación, con rápido ademán, cerró y abrió el paraguas, volvió a cerrarlo y a abrirlo para escurrirle el agua. Después entró en la estación y se perdió de vista.

Wexford se encontró ante un dilema. ¿Iría Hathall a recoger a alguien o se disponía a tomar el tren? De día, aunque fuera con aquella lluvia, no se atrevía a abandonar el coche. Un tren rojo se escabulló por debajo del camino y se detuvo. Contuvo el aliento. Las primeras personas en bajar del tren comenzaron a salir a la acera. Un hombre se cubrió la cabeza con un periódico y echó a correr, un puñado de mujeres se arremolinó en la entrada luchando por abrir los paraguas. Se abrieron tres simultáneamente, uno rojo, uno azul y uno amarillo en forma de pagoda, cual tres flores abiertas súbitamente sobre el fondo grisáceo. Cuando se levantaron para alejarse danzando, quedó revelado lo que sus brillantes círculos habían ocultado —una pareja dando la espalda a la calle—, una pareja que se mantenía muy junta pero sin tocarse mientras el hombre abría un paraguas negro y cubría a los dos bajo su dosel.

Ella vestía unos tejanos y sobre ellos llevaba un impermeable blanco, con la capucha subida. A Wexford le fue imposible verle la cara. La pareja partió como si se dispusiera a caminar; un taxi avanzó chapoteando en el agua con el cartelito luminoso de «Libre» brillando anaranjado como la brasa de un cigarrillo. Hathall le hizo señas, se subieron al coche y partieron rumbo al norte. «Por favor, Dios mío —pensó Wexford— que vayan a su casa, que no vayan a ningún restaurante». Sabía que le sería imposible seguir a un taxista londinense; de hecho, el coche había desaparecido antes de que él lograra salir a West End Lane.

El viaje cuesta arriba fue enloquecedoramente lento. Wexford iba detrás de un 159 —un autobús que no era rojo, sino que estaba pintado con un anuncio de Dinky Toys, lo cual le recordó a Kidd's de Toxborough— y transcurrieron casi diez minutos antes de que llegara ante la casa de la avenida Dartmeet. El taxi se había marchado, pero en la habitación de Hathall había luz. Con ese tiempo había tenido que encender las luces al mediodía. Preguntándose con interés más que con temor si Hathall le pegaría también a él, avanzó por el sendero de entrada y estudió los timbres. Junto a los botones no había nombres, sólo el número de los pisos. Pulsó el timbre del primer piso y esperó. Cabía la posibilidad de que Hathall no bajara, que rehusara a contestar. En ese caso, procuraría que le abriese alguna otra persona y llamaría a la puerta de la habitación de Hathall.

No fue necesario. Por encima de su cabeza se abrió la ventana; Wexford dio un paso atrás, levantó la vista y vio el rostro de Hathall. Por un instante ninguno de los dos habló. Entre ambos caía la lluvia y los dos se miraron fijamente a través de ella, mientras por las facciones de Hathall pasaron una serie de emociones: asombro, rabia, cautela, pero no temor, pensó Wexford. A todas ellas le siguió, por extraño que pareciera, algo así como una satisfacción. Antes de que lograra interpretar su significado, Hathall le dijo fríamente:

—Bajaré a abrirle.

Tardó quince segundos en hacerlo. Cerró la puerta despacio, sin decir palabra, y le indicó las escaleras. Wexford nunca lo había visto tan tranquilo y cortés. Parecía totalmente relajado. Tenía un aspecto más joven y un aire triunfal.

—Me gustaría que me presentara a la señora que ha traído hasta aquí en taxi.

Hathall no puso reparos. No dijo palabra. Mientras subían las escaleras, Wexford se preguntó si no la habría ocultado. ¿La habría metido en algún lavabo? ¿La habría enviado al piso de arriba? La puerta de su habitación no estaba con llave y la abrió de un empujón, dejando pasar primero al inspector jefe. Wexford entró. Lo primero que vio fue el impermeable de la mujer, puesto a secar sobre el respaldo de una silla.

Al principio no la vio. El cuarto era muy pequeño, no tendría más de tres metros por tres sesenta, y estaba amueblado como suelen estarlo los sitios así. Había un armario que parecía fabricado en la época de la batalla de Mons, una cama estrecha con un cubrecama de algodón indio, unas butacas con brazos de madera, conocidas por el nombre eufemístico de «hogareñas», y unos cuadros que, sin duda, habían sido pintados por algún pariente del casero. La luz provenía de una esfera de plástico cubierta por una capa de polvo, que colgaba del techo como picado de viruelas.

Una cortina de lona de horribles colores separaba un rincón del cuarto del resto. Tras ella, probablemente, había un fregadero, porque cuando Hathall lanzó una tosecita de advertencia, ella la apartó y salió secándose las manos con una toalla de té. Su cara no era bonita, sólo muy joven, de facciones muy marcadas, y aire duro y confiado. Una larga melena negra le cubría los hombros y tenía las cejas espesas y negras como las de un hombre. Vestía una camiseta y encima llevaba una chaqueta de punto; Wexford ya había visto antes esa cara, y se estaba preguntando cuándo y dónde en el momento en que Hathall le dijo:

—Ésta es la «señora» que quería conocer. —Su aire triunfal se había transformado en franca diversión, y a punto estuvo de echarse a reír—. ¿Puedo presentarle a Rosemary, mi hija?

HACÍA MUCHO TIEMPO que Wexford no experimentaba semejante anticlímax. Normalmente, se enfrentaba a situaciones difíciles sin ningún problema, pero la sorpresa que le produjo lo que Hathall acababa de decirle lo dejó sin habla. La muchacha tampoco habló después que lo hubo saludado con un breve «hola», sino que se retiró detrás de la cortina donde se la oyó llenar una pava.

Hathall, que se había mostrado tan retraído y distante apenas llegó Wexford, dio la impresión de divertirse al máximo con la consternación de su adversario.

—¿A qué viene la visita? —le preguntó—. ¿Quería ver a sus viejos conocidos?

Preso por mil, preso por mil quinientos, pensó Wexford, imitando a la señorita Marcovitch.

—Tengo entendido que se marcha usted al Brasil —le dijo—. ¿Se va solo?

—¿Puede uno irse solo? En el avión viajarán conmigo otras trescientas personas. —Wexford padeció al oír la respuesta y Hathall lo vio padecer—. Esperaba que Rosemary me acompañase, pero debe terminar aquí sus estudios. Quizá se reúna conmigo dentro de unos años.

El comentario provocó la reaparición de la muchacha, que recogió el impermeable, lo colgó del perchero y comentó:

—Todavía no he visitado Europa. Y no pienso ir a enterrarme al Brasil.

Hathall se encogió de hombros ante ese típico ejemplo de la descortesía de su familia y, con tono igual de brusco, le preguntó a Wexford.

—¿Satisfecho?

—¿Qué otro remedio queda, señor Hathall?

¿Acaso era la presencia de su hija lo que mantenía a raya la rabia de Hathall? Con voz casi suave, y apenas un ligero deje de su acostumbrado resentimiento quejumbroso, le dijo:

—Si me perdona, Rosemary y yo tenemos que prepararnos el almuerzo, tarea que no resulta tan sencilla en este pequeño agujero. Lo acompañaré hasta abajo.

Cerró la puerta en lugar de dejarla entreabierta. El rellano estaba a oscuras y en silencio. Wexford esperó la explosión de ira, pero no llegó; sólo tuvo conciencia de los ojos de aquel hombre. Los dos eran de la misma estatura y sus ojos se encontraron al mismo nivel. En un instante, los de Hathall dejaron ver un fulgor blanco y en los iris negros y endurecidos que miraban fijamente brillaba esa extraña chispa roja. Se encontraban en lo alto de las empinadas escaleras, y cuando Wexford se volvió para bajar, notó un movimiento a sus espaldas: la mano abierta de Hathall que se alzaba en el aire. Wexford se aferró del pasamanos y bajó deprisa un par de escalones. Luego, se obligó a continuar bajando lenta y firmemente. Hathall no se movió, pero cuando Wexford llegó al pie de las escaleras y se volvió a mirar hacia arriba, vio que la mano continuaba en el aire y que los dedos estaban cerrados en un solemne y, en cierto modo, siniestro gesto de despedida.

—Iba a empujarme por esas escaleras —le dijo Wexford a Howard—. Y no hubiera tenido manera de desquitarme. El hombre podía haber declarado que entré en su cuarto por la fuerza. ¡Dios mío, lo he echado todo a perder! Seguro que presentará otra de sus quejas, podrían despedirme.

—No sin una investigación a fondo, y no creo que a Hathall le hiciera mucha gracia presentarse a los interrogatorios. —Howard lanzó al suelo el periódico del domingo que había estado leyendo y volvió su cara delgada y huesuda, y sus ojos penetrantes de un azul frío, hacia su tío—. Pero durante todo este tiempo no siempre ha sido su hija quien iba a visitarlo, Reg.

—¿No? Sé que viste a esa mujer rubia de cabello corto pero ¿estás seguro de que iba acompañada de Hathall?

—Estoy seguro.

—Sólo lo viste una vez —insistió Wexford—. Lo viste a veinte metros de distancia, durante apenas diez segundos y desde un coche que tú conducías. Si te citaran a declarar ante un tribunal y te pidieran que jurases que el hombre que viste delante de Marcus Flower era el mismo del jardín de Bury Cottage, ¿lo jurarías? Si la vida de un hombre dependiera de ello, ¿lo jurarías?

—Reg, que en nuestra legislación ya no existe la pena capital.

—No, y ni tú ni yo —a diferencia de muchos de nuestra profesión — deseamos que volvieran a imponerla. Pero si existiera, ¿serías capaz de jurarlo?

Howard vaciló. Wexford notó su vacilación y sintió que el cansancio hacía presa de su cuerpo como un sedante. El más mínimo asomo de duda podía disipar la escasa esperanza que le quedaba.

—No, no podría —repuso por fin Howard, rotundamente.

—Ya, comprendo.

—No te precipites, Reg. En estos momentos, no estoy seguro si alguna vez podría jurar sobre la identidad de un hombre si mi juramento pudiera contribuir a su muerte. Me estás presionando demasiado. Pero estoy seguro, más allá de toda duda razonable, e insisto en contestarte que sí, que vi a Robert Hathall. Lo vi ante las oficinas de Marcus Flower de Half Moon Street en compañía de una mujer de cabello rubio.

Wexford suspiró. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía? Gracias a su craso error de ese día, él mismo había puesto fin a

toda esperanza de seguir a Hathall. Howard confundió su silencio con la duda y le dijo:

—Si no está con ella, ¿adónde va todas esas noches cuando sale? ¿Adónde fue en ese autobús?

—Sigo creyendo que está con ella. La hija de Hathall sólo va a verlo algunos domingos. ¿Pero de qué me sirve a mí eso? No puedo seguirlo en el autobús. Ahora estará al quite por si voy tras él.

—Pero tú sabes que él pensará que después de verlo con su hija ha logrado despistarte.

—Quizá. O quizá se ponga nervioso. ¿Y qué? No puedo esconderme en un portal y subirme luego a un autobús para perseguirlo. El autobús se marcharía antes de que yo pudiera subir o el tipo se daría la vuelta y me vería. E incluso si pudiera evitar que me viese...

—Entonces tendrá que seguirlo otra persona —dijo Howard con firmeza.

—Eso es fácil de decir. Mi comisario jefe dice que no, y tú no vas a enfrentarte a mi comisario jefe permitiéndome que utilice a uno de tus hombres.

—Es verdad, no lo haría.

—Entonces más vale que dejemos el tema. Volveré a Kingsmarkham y me enfrentaré a la música —la maldita gran sinfonía en *do* mayor de Griswold—, y Hathall puede marcharse al soleado trópico.

Howard se puso de pie, le colocó la mano sobre el hombro y le dijo:

—Lo seguiré yo.

El temor reverente había desaparecido hacía tiempo, dando paso al amor y a la camaradería. Pero ese «Lo seguiré yo», expresado de ese modo tan gentil y agradable, le devolvió la antigua humillación, la envidia y la conciencia de las ventajas de que gozaba su sobrino. Wexford sintió que le aflucía a la cara un caluroso sonrojo.

—¿Tú? —inquirió bruscamente—, ¿tú en persona? Estás de guasa. No te olvides que tu título está por encima del mío.

—No seas tan esnob. ¿Y qué si lo hago? Me gustaría. Sería divertido. Hace años que no hago nada parecido.

—Howard, ¿de veras que me harías ese favor? ¿Qué me dices de tu trabajo?

—Si soy tan dios como tú me pintas, ¿no te parece que puedo decidir cuántas horas quiero trabajar? Claro que no podré vigilarlo todas las noches. Se producirán las crisis habituales que surgen de vez en cuando y tendré que quedarme hasta tarde. Kenbourne Vale no degenerará en una especie de casa de corrección del siglo XX sólo porque yo me escape de vez en cuando a West Hampstead.

De modo que a la noche siguiente, el superintendente Howard Fortune abandonó su oficina a las seis menos cuarto y una hora después se encontraba apostado en West End Green. Esperó hasta las siete y media. Al ver que su presa no aparecía, avanzó por la avenida Dartmeet y observó que no había luz en la ventana que, según información de su tío, pertenecía al cuarto de Hathall.

—¿No irá a visitarla directamente desde el trabajo?

—Esperemos que no lo convierta en un hábito. Sería imposible seguirlo en las horas punta. ¿Cuándo dejará su trabajo?

—Cualquiera sabe —respondió Wexford—, pero parte para Brasil exactamente dentro de tres semanas.

Una de las crisis vaticinadas por Howard le impidieron vigilar a Hathall la noche siguiente, pero el miércoles no tuvo inconvenientes y, cambiando de táctica, llegó a Half Moon Street a las cinco de la tarde. Una hora después, ya en Teresa Street, daba cuenta a su tío de lo ocurrido.

—La primera persona que salió de Marcus Flower fue un individuo de aspecto zarrapastroso con un bigote tipo cepillo. Iba acompañado de una chica y se marcharon en un Jaguar.

—Sería Jason Marcus y su prometida —comentó Wexford.

—Después salieron dos chicas más y, a continuación, Hathall. Yo tenía razón, Reg. Se trata del mismo hombre.

—Yo no hubiera dudado de ti.

Howard se encogió de hombros y continuó:

—Se metió en el metro y lo perdí de vista. Pero no iba a su casa. Lo sé.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Si hubiera ido a su casa, habría caminado hasta la estación de Green Park, habría cogido la línea de Piccadilly hasta Piccadilly Circus o la línea Victoria hasta Oxford Circus para coger el enlace con la línea de Bakerloo. Habría caminado rumbo al sur. Pero se dirigió hacia el norte, y al principio pensé que iba a volver a su casa en autobús. Pero no, fue a la estación de Bond Street. Nunca irías a Bond Street si quisieras dirigirte a la zona noroeste de Londres. Bond Street forma parte de la línea Central hasta que ésta empalma con la línea de Fleet.

—¿Y adónde va la línea Central?

—Directamente al este y al oeste. Bajé a la estación sin perderlo de vista, pero ya sabes cómo se pone el metro en estas horas punta, Reg. En la cola de las taquillas tenía como a doce personas delante. Además, quise cuidarme de que no me viera. Bajó por las escaleras mecánicas al andén donde para el tren que va al oeste, y ahí lo perdí. —Como disculpándose, Howard agregó—: En el andén habría unas quinientas personas. Apenas podía moverme. Pero esto prueba una cosa. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Creo que sí. Tenemos que averiguar en qué punto de la línea Central, en su dirección oeste, se cruza con el recorrido del 28, y en algún lugar de esa zona vive nuestra misteriosa mujer.

—Te lo puedo decir ya mismo. La línea Central que va hacia el oeste pasa por las siguientes estaciones: Bond Street, Marble Arch, Lancaster Gate, Queensway, Notting Hill Gate, Holland Park, Shepherd's Bush, etc. El recorrido del 28 en dirección sur pasa por Golders Green, West Hampstead, Kilburn, Kilburn Park, Great Western Road, Pembridge Road, Notting Hill Gate, Church Street, Kensington y Fulham hasta llegar aquí y, finalmente, va hacia Wandsworth. De modo que tiene que ser Notting Hill. Esa mujer

vive, junto con la mitad de la población ambulante de Londres, en algún sitio de Notting Hill. Avanzamos poco, pero es mejor que nada. ¿Has logrado averiguar algo más?

Wexford, que pasó dos días en ascuas, telefoneó a Burden, esperando enterarse de que Griswold quería cargárselo. Pero nada más lejos de la verdad. En palabras de Burden, el comisario jefe había estado paseándose como un moscardón por Kingsmarkham dividiendo su tiempo entre esta última comisaría y la de Myringham, donde la desaparición de una mujer tenía a todos medio consternados. Pero el hombre había estado de excelente humor, había preguntado dónde se había marchado Wexford de vacaciones, y cuando le dijeron que a Londres («Para ver museos e ir a los teatros, ya sabe usted, señor Griswold», le había comentado Burden) había inquirido jocosamente cómo era que el inspector jefe no le había enviado una postal de New Scotland Yard.

—O sea que Hathall no se ha quejado —comentó Howard, pensativo.

—Eso parece. Si tuviera que ser optimista, diría que el tipo piensa que es más seguro no atraer la atención sobre sí.

Pero era el 3 de diciembre... faltaban veinte días.

Dora había paseado a su marido por las tiendas, haciendo las últimas compras navideñas. Cargado de paquetes, Wexford había coincidido con su mujer en que aquél era el regalo adecuado para Sheila y que aquello era justo lo que el hijo mayor de Sylvia quería, sin dejar de pensar ni por un instante: veinte días, veinte días... Para él, ese año las Navidades representarían la época de la fuga de Robert Hathall.

Howard pareció leerle el pensamiento. Estaba comiendo una de esas abundantes raciones que consumía sin engordar un gramo. Sirviéndose un segundo plato de *charlotte russe*, le dijo:

—Si pudiéramos arrestarlo por algo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Algún delito menor del que pudieras acusarlo para impedir que abandone el país. Como por ejemplo, hurto en un

supermercado, o viajar en metro sin billete.

—Hathall es un tipo honrado —dijo Wexford con amargura—, si se puede llamar honrado a un asesino.

Su sobrino limpió con la cuchara el plato del postre.

—Supongo que será honrado, ¿no?

—Por lo que yo sé, lo es. Creo que el señor Butler me hubiera comentado algo si hubiese percibido lo contrario.

—No me cabe duda. En aquella época Hathall iba bien de dinero. Pero no iba tan bien de dinero cuando se casó con Angela, ¿no? Sin embargo, a pesar de contar sólo con quince libras semanales para vivir, las cosas comenzaron a irles bien. Me contaste que Somerset los había visto cargados de paquetes y después cenando en un sitio caro. ¿De dónde sacaría ese dinero, Reg?

Sirviéndose una copa de Chablis, Wexford repuso:

—Yo también me he preguntado lo mismo, pero nunca llegué a ninguna conclusión.

—En un caso de asesinato, todo es importante.

—Es cierto. —Wexford le estaba demasiado agradecido a su sobrino como para reaccionar de un modo irascible ante aquella amonestación—. Supongo que me figuré que si un hombre ha sido siempre honrado, no cambia de repente en plena madurez.

—Eso depende del hombre. De repente, este hombre se volvió infiel en plena madurez. De hecho, aunque había sido monógamo desde la pubertad, parece ser que se convirtió en un verdadero tenorio. Y en asesino. Supongo que no querrás insinuar que había matado a alguien más, ¿no? —Howard apartó el plato y comenzó con el gruyere—. Existe un factor en todo esto que, a mi juicio, no has tenido suficientemente en cuenta. Un personaje.

—¿Angela?

—Angela. Él empezó a cambiar después de conocerla. Hay quienes dirían que ella lo corrompió. En realidad se trata de una posibilidad remota; es una idea un poco traída de los pelos, pero Angela también había realizado un pequeño fraude por su cuenta y

riesgo, del cual ya tienes noticias, pero quizás existan otros de los que no te has enterado. ¿Supón que ella lo disuadiera para que hiciera algo ilegal?

—Ahora que lo comentas, me acuerdo de algo que me dijo el señor Butler. Parece ser que oyó por casualidad a Angela cuando le decía a Paul Craig, el socio de Butler, que por su posición podía hacer trampas en la declaración de la renta.

—¿Lo ves? Tienen que haber sacado dinero de alguna parte. El dinero no crece en los árboles como las ciruelas «milagrosas».

—Pero es que no hay indicios de nada —insistió Wexford—. Entonces tuvo que ocurrir en Kidd's. Y Aveney ni siquiera lo ha dejado entrever.

—Pero tú no le preguntaste por asuntos de dinero, sino de faldas. —Howard se levantó de la mesa y apartó la silla—. Vayamos a reunirnos con las señoras. Yo en tu lugar, me iría mañana a Toxborough.

EN MEDIO DEL CÉSPED verde se alzaban la caja blanca y rectangular y la pantalla de árboles jóvenes, desnudos, con su aspecto patético de pleno diciembre; en el interior, se percibía el cálido olor a celulosa; las mujeres con turbantes en la cabeza pintaban muñecas al son de la música de *Doctor Zhivago*. El señor Aveney condujo a Wexford por los talleres hasta la oficina del gerente de personal, hablando todo el rato con un tono entre sorprendido e indignado.

—¿Manipular los libros contables? En esta casa nunca ha ocurrido nada parecido.

—No digo que haya sido usted, señor Aveney. Se trata simplemente de una sugerencia, pues carezco de datos concretos —explicó Wexford—. ¿Alguna vez ha oído hablar del antiguo fraude de las nóminas?

—Bueno sí. Se hacía mucho en las fuerzas armadas. Pero aquí nadie podría haberlo hecho y quedar impune.

—Déjeme averiguarlo, ¿quiere?

El gerente de personal, un joven vago, de cabello rubio y erizado, le fue presentado como John Oldbury. Su despacho era todo desorden y el hombre parecía medio enloquecido, como si lo hubiesen cogido en plena búsqueda de algo que tenía la certeza de no encontrar nunca.

—¿Manipular los salarios, dice? —inquirió.

—Explíqueme cómo trabaja con el contable para llevar la nómina.

Oldbury miró distraídamente a Aveney, éste asintió con la cabeza, encogiéndose ligeramente de hombros. El gerente de personal se sentó pesadamente y se alisó el ingobernable cabello con los dedos.

—Esto de explicar cosas no se me da muy bien —se disculpó—. Pero lo intentaré. Es más o menos así: cuando nos llega una nueva trabajadora, le paso sus datos al contable y él le calcula el salario. No, verás, tendré que ser más explícito. Digamos que contratamos a una... bueno, llamémosla Joan Smith, señora Joan Smith. —Wexford notó que Oldbury tenía tan poca imaginación como labia—. Le digo al contable cómo se llama la nueva trabajadora, le doy su dirección, supongamos que es...

Al verlo completamente fuera de combate, Wexford le sugirió:

—El número veinticuatro de Gordon Road, Toxborough.

—¡Perfecto! —El gerente de personal sonrió feliz, embargado de admiración—. Le digo entonces, señora Joan Smith, del número que sea de Gordon Road, Toxborough...

—¿Por qué medios se lo dice? ¿Por teléfono? ¿Enviándole una nota?

—Cualquiera de esas dos formas. Claro que llevo un archivo. Porque lo cierto es que tengo muy mala memoria —comentó Oldbury innecesariamente—. Le doy el nombre, la dirección y la fecha en que comenzará a trabajar, el horario y demás, él introduce todos los datos en la computadora y ya está todo arreglado. Después, cada semana le paso los datos de las horas extras trabajadas.

—Si la trabajadora se marcha, ¿le informa también cuando lo hace?

—Por supuesto.

—Siempre se van. Son unas inconstantes, es algo que no tiene remedio —comentó Aveney.

—¿Y les pagan a todas semanalmente, entregándoles el sobre?

—Qué va —repuso Oldbury—. Verá usted, algunas de nuestras trabajadoras no utilizan sus salarios para... bueno, para mantener la casa. Sus maridos son el... ¿cómo se dice?

—¿El sostén de la familia?

—Eso mismo. El sostén de la familia. Las señoras, al menos algunas, se guardan lo que ganan para las vacaciones o para mejorar la economía familiar, en fin, para ahorrar, supongo.

—Ya, comprendo. ¿Y entonces?

—Bueno —repuso Oldbury con aire triunfal—, no les entregamos el salario en un sobre, sino que les pagamos a través de una cuenta bancaria, preferentemente la Caja Postal o una Caja de Ahorros.

—En ese caso, es usted quien le pasa los datos al contable y él los introduce en la computadora, ¿verdad?

—Sí, así es. —Oldbury sonrió encantado al comprobar que se había explicado con tanta claridad—. Está usted en lo correcto. Si me permite decirlo, es usted muy rápido para sacar conclusiones.

—En absoluto —repuso Wexford, ligeramente estupefacto ante el encanto simplón de aquel hombre—. De modo que el contable podría inventarse a una mujer, introducir en la computadora un nombre y una dirección falsos y el salario de ese personaje inexistente sería depositado en una cuenta bancaria que el contable, o más bien su cómplice, podrían retirar cuando quisieran, ¿no?

—Pero eso sería un fraude —dijo Oldbury, severo.

—Y tanto que lo sería. Pero, dado que usted guarda un archivo, podemos verificar fácilmente si se ha cometido alguna vez un fraude de ese calibre.

—Claro que podemos. —El gerente de personal volvió a sonreír feliz, y fue trotando hasta un archivador cuyos cajones abiertos aparecían atestados de documentos arrugados—. No hay nada más fácil. Guardamos los papeles hasta un año después que se marchan las trabajadoras.

Un año... Hathall se había marchado de la empresa hacía dieciocho meses. Aveney lo acompañó de vuelta, a través de la

fábrica, donde las trabajadoras eran arrulladas (o estimuladas) por la voz de Tom Jones.

—John Oldbury —le dijo Aveney, a la defensiva—, tiene un buen grado de psicología y es fantástico con la gente.

—No me cabe duda. Han sido ustedes muy amables. Les pido disculpas por haberles hecho perder tanto tiempo.

La entrevista no había corroborado la teoría de Howard, pero tampoco la había echado por tierra. Pero como no existía ningún papel que lo probase, ¿qué se podía hacer? Si la investigación no fuera clandestina, si dispusiera de hombres, podría enviarlos a visitar las Cajas de Ahorros. Pero lo era, y carecía de esos hombres. Sin embargo, veía con pasmosa claridad cómo lo habían organizado: la idea había sido de Angela; se consiguieron una cómplice que encarnara a la mujer inventada por Hathall, y retirara el dinero de las cuentas. Después... sí, después, Hathall se encariñó demasiado con su secuaz y Angela empezó a sentir celos. Si estaba en lo cierto, todo tenía explicación, la soledad deliberadamente fingida de los Hathall, su vida claustral, el dinero que permitía a la pareja cenar fuera y a Hathall comprar regalos a su hija. Los tres habrían continuado con el fraude, pero ocurrió que Angela se dio cuenta de que la mujer era algo más que una cómplice para su marido, más que una útil recaudadora de ingresos... ¿Qué habría hecho? ¿Habría puesto fin a la relación amorosa amenazándolos con delatarlos si volvían a verse? Eso habría acabado con la carrera de Hathall. Habría puesto fin a su trabajo en Marcus Flower o cualquier otro futuro empleo como contable. Por eso la habían matado. Juntos habían matado a Angela, y como sabían que Kidd's guardaba los archivos sólo durante un año, para ponerse definitivamente a salvo del riesgo de ser descubiertos...

Wexford salió lentamente en su coche rumbo a la entrada entre las planas extensiones de verde césped, y en el pórtico de acceso a la fábrica, se cruzó con otro vehículo que entraba en ese momento. El chófer era un agente de policía uniformado y el otro ocupante era

el inspector jefe Jack «Mapache» Lovat, un hombrecito de nariz respingona que llevaba unas gafitas con montura de oro. El coche aminoró la marcha y Lovat bajó el cristal de su ventanilla.

—¿Qué hace usted por aquí? —le preguntó Wexford.

—Mi trabajo —repuso Lovat sencillamente.

El apodo se lo habían puesto porque en el jardín de su casa conservaba tres tejones rescatados de los cazadores, antes de que la persecución de estos animalillos se convirtiera en delito. Y Wexford sabía desde hacía tiempo que era inútil interrogar al jefe del Departamento de Investigación Criminal de Myringham sobre otro tema que no fuese esa afición suya. Con respecto a ese tema se mostraba entusiasta, incluso empalagoso. Con respecto a todos los demás —aunque cumplía con su trabajo de un modo ejemplar— era prácticamente mudo. Uno apenas lograba arrancarle un «sí» o un «no» a menos que se estuviera dispuesto a hablarle de madrigueras y cuadrúpedos plantígrados.

—Como por aquí no hay tejones —dijo Wexford sarcásticamente—, salvo, quizá, los mecánicos, le preguntaré una sola cosa. ¿Está su visita relacionada de algún modo con un hombre llamado Robert Hathall?

—No —respondió Lovat. Le sonrió levemente, lo saludó con la mano y le ordenó al chófer que prosiguiera. De no haber sido por las nuevas industrias, Toxborough habría quedado reducido a una aldea semidesierta, con una población de ancianos. La industria había traído consigo la vida, el comercio, las carreteras, la fealdad, un centro comunitario, un campo de deportes y una urbanización municipal. Esta última era atravesada por una calle denominada Maynnot Way, donde los soportes de cemento de las farolas reemplazaban a los árboles; a la calle le habían puesto el mismo nombre de la única casa señorial que quedaba en ella, Maynnot Hall. Wexford, que hacía diez años que no visitaba esa zona, desde la época en que el cemento y el ladrillo habían comenzado a extenderse por los campos verdes de Toxborough, sabía que en alguna parte, no lejos de allí se encontraba el Trustee Savings Bank.

En la segunda confluencia, giró a la izquierda por la avenida Queen Elizabeth, y allí lo encontró, emparedado entre una casa de apuestas y una tienda que vendía alfombras al contado.

El director, un hombre pomposo, de modales afectados, reaccionó de forma incisiva a las preguntas de Wexford.

—¿Permitirle que inspeccione nuestros libros? No sin una orden.

—Está bien. Pero dígame una cosa. Si en una cuenta dejan de hacerse ingresos y queda un saldo ínfimo, ¿le escriben al titular y le preguntan si desea cancelarla?

—Dejamos de hacerlo. Si a alguien sólo le quedan quince peniques en una cuenta, no se gastará lo que vale un sello para indicarnos que desea que se la cancelemos. Y tampoco va a gastarse los cinco peniques del billete de autobús para venir a cobrar el saldo, ¿no?

—¿Podría hacerme el favor de comprobar si hay algunas cuentas cuyos titulares sean mujeres, en las que no se haya producido ningún movimiento desde... bueno, desde abril o mayo del año pasado? Y si hubiera alguna, ¿podría ponerse en contacto con las titulares?

—No, a menos que se trate de un asunto oficial de la policía —repuso el director con firmeza—. No cuento con personal suficiente.

Al abandonar el banco, Wexford pensó que él tampoco contaba con el personal suficiente. Carecía de personal, de fondos, de apoyo; sólo contaba con sus «corazonadas» para convencer a Griswold de que valía la pena seguir el asunto hasta el final. Kidd's tenía una nómina, Hathall pudo haber sacado el dinero de ella a sus anchas creando cuentas bancarias a nombre de mujeres ficticias. Para el caso, la comisaría de Kingsmarkham contaba con una caja chica y él, Wexford, podía haberse servido de su contenido. En este último caso había tantos fundamentos para la sospecha como en el primero, así era como el comisario jefe lo vería.

—Otro callejón sin salida —le dijo a su sobrino esa noche—. Pero ahora entiendo cómo ocurrió. Los Hathall y la otra mujer logran mantener la estafa durante un par de años. El reparto del botín tiene

lugar en Bury Cottage. Entonces, Hathall consigue su nuevo trabajo y ya no hace falta continuar con el fraude de las nóminas. La otra mujer debería borrarse del panorama, pero no lo hace porque Hathall se ha enamorado de ella y quiere seguir viéndola. Imagínate la rabia de Angela. Fue idea de *ella*, ella lo planificó, y mira adónde la ha llevado su plan. Le dice a Hathall que deje de ver a la mujer o lo denunciará, pero Hathall no puede. Finge dejar de verla y todo parece funcionar bien entre él y Angela, hasta el punto de que ésta le pide a su suegra que vaya a visitarla, y la mujer limpia la casa a fondo para impresionarla. Por la tarde, Angela va a buscar a su rival, quizá para poner punto final a la cuestión. La otra mujer la estrangula tal como ha acordado con Hathall, pero deja esa huella en la bañera.

—Admirable —sentenció Howard—. Estoy seguro de que ocurrió como tú dices.

—Para lo que me sirve. Será mejor que mañana regrese a casa. ¿Vendrás a pasar las Navidades con nosotros?

Howard le dio unas palmaditas en el hombro, al igual que el día que prometió vigilar a Hathall, y le dijo:

—Faltan dos semanas para Navidad. Seguiré vigilándolo todas las tardes libres que tenga.

A pesar de todo, a su regreso no lo esperaba ninguna citación de Griswold. Y durante su ausencia, en Kingsmarkham no se habían producido demasiadas novedades. Habían atracado la casa del presidente del consejo rural. De la empresa de alquileres de televisores de High Street habían robado seis aparatos de color. El hijo de Burden había aprobado con altas calificaciones el examen de ingreso a la Universidad de Reading. La casa de Nancy Lake se había vendido por la friolera de veinticinco mil libras. Se comentaba que se mudaría a Londres; también se murmuraba que se marcharía al extranjero. El sargento Martin había decorado el vestíbulo de la comisaría con guirnaldas de papel y móviles de angelitos voladores; el comisario jefe los había mandado quitar sin dilaciones porque menoscababan la dignidad del Medio Sussex.

—Qué raro que Hathall no se haya quejado, ¿no?

—Es una suerte para ti que no lo haya hecho. —Sintiéndose ya cómodo con sus nuevas gafas, Burden tenía un aspecto más severo y puritano que nunca. Inspirando de un modo más bien exasperado, dijo—: Debes olvidarte del tema.

—¿Debo? Muchacho, muchacho, no tendrías que emplear esa palabra al dirigirte a un inspector jefe. Y pensar que hubo una época en que me llamabas «señor Wexford».

—Y fuiste tú quien me pediste que dejara de utilizar la fórmula. ¿No te acuerdas?

Wexford lanzó una carcajada.

—Vayamos al Carousel a comer algo, y te pondré al tanto de las novedades del tema que debo olvidar.

Antonio se mostró encantado de volver a verlo y le ofreció la especialidad del día: *moussaka*.

—¿Oye, no era un plato griego?

—Los griegos —le explicó Antonio, haciendo un gesto con las manos—, la copiaron de nosotros.

—Una inversión del proceso normal. Qué interesante. Tomaré *moussaka*, Antonio. Y al señor Burden, tráele una ración de ese pastel de carne, que has copiado de *nosotros*. ¿Me ves más delgado, Mike?

—Te estás consumiendo.

—Hace quince días que no como decentemente. Tanto perseguir a ese maldito Hathall... —Mientras comían, Wexford le refirió las novedades—. ¿Te lo crees ahora?

—No lo sé. En realidad, son deducciones que tú mismo has sacado. El otro día, al volver del colegio, mi hija me contó una historia de Galileo. Lo obligaron a que se retractara sobre eso de que la Tierra gira alrededor del sol, pero el hombre se negó, y en su lecho de muerte, sus últimas palabras fueron: «Y sin embargo se mueve».

—Ya lo había oído. ¿Y qué quieres decirme con eso? Galileo tenía razón. La Tierra gira alrededor del sol. Y en *mi* lecho de muerte

diré: «Y sin embargo fue él». —Wexford suspiró. Era inútil, más le valía cambiar de tema—. La semana pasada vi a Mapache, más de cerca que nunca. ¿Ha encontrado a la mujer desaparecida?

—Ha mandado excavar la Ciudad Vieja de Myringham para ver si dan con ella.

—¿Hasta ese punto está desaparecida?

Burden sin decir nada se puso a atacar su pastel de carne.

—Está casi seguro de que la mujer ha muerto y ha arrestado al marido.

—¿Qué, por asesinato?

—No, si no encuentra el cadáver. Resulta que el tío tiene antecedentes penales y lo ha detenido por una acusación de atraco.

—¡Maldición! —estalló Wexford—. Los hay con suerte.

Sus ojos se encontraron con los de Burden, y el subinspector le lanzó el tipo de mirada que se suele dedicar a los amigos cuando se comienza a sospechar de su equilibrio mental. Wexford no dijo nada más, rompiendo el silencio sólo para preguntar por el éxito del joven John Burden y sus proyectos. Pero cuando se levantaron para marcharse y felicitaron al sonriente Antonio por la comida, Wexford le pidió:

—Antonio, cuando me retire o me muera, ¿le pondrás mi nombre a algún plato tuyo?

El italiano se santiguó y repuso:

—¡Qué cosas dice! Pero sí, se lo prometo. ¿Qué le parece la *lassagna* Wexford?

—*Lassagna Galileo* —replicó Wexford riéndose a carcajadas del asombro del italiano—, suena más latino.

En High Street las tiendas presentaban los escaparates repletos de adornos brillantes, y de las ramas del enorme cedro que había ante el *pub* Dragón pendían bombillas luminosas verdes, azules, escarlatas y anaranjadas. En el escaparate de la juguetería, un Santa Claus de *papier maché* y algodón asentía, sonreía y giraba ante una audiencia de gente menuda que aplastaba las narices contra el cristal.

—Doce días más de compras y la Navidad estará con nosotros
—comentó Burden.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le espetó Wexford.

SOBRE EL RÍO SE CERNÍA una niebla gris que ocultaba la orilla opuesta, envolviendo los sauces con su vaporosa mortaja, robándole el color a las colinas y a los bosques desnudos, hasta hacerlos parecer al paisaje desenfocado de una fotografía monocroma. De este lado, las casas de la Ciudad Vieja dormían en la helada niebla, con las ventanas cerradas para protegerse de ella, y los árboles de sus jardines completamente inmóviles. El único movimiento era el de las gotas de agua que caían suave y lentamente de las ramas filiformes. Hacía un frío de perros. Mientras Wexford dejaba atrás St Luke's y Church House, le pareció maravilloso que allá arriba, más allá de aquellas capas de nubes, más allá de la niebla helada, reluciera un sol brillante, aunque lejano. Faltaba muy poco para que llegase el día más corto del año y la noche más larga. Faltaba muy poco para el solsticio, ocasión en que el sol pasaría por el punto más alejado de aquella parte de la Tierra. En otras palabras —pensó Wexford al recordar el retazo de sabiduría popular que Burden le comentara el día anterior—, cuando el suelo que pisaba pasaría por el punto más alejado del sol...

En River Lane vio los coches y los furgones policiales antes de divisar a los hombres que los habían conducido hasta allí o alguna señal de sus propósitos. Estaban aparcados a lo largo de toda la calle, frente a la fila de casas medio en ruinas, cuyos propietarios las

habían abandonado para dejar que las habitaran de forma intermitente los desesperados sin techo. Aquí y allá, donde el cristal e incluso el marco de una antigua ventana se habían desmoronado hasta desaparecer, el hueco aparecía cubierto de plásticos. En otras ventanas habían colocado cubrecamas, sacos, trapos, pliegos de papel castaño que aparecían rotos y empapados. Pero en esos momentos allí no había ocupantes ilegales. El invierno y la humedad del río los había obligado a buscarse otra morada, y las casas viejas, infinitamente más hermosas que cualquier urbanización de chalets modernos, esperaban en el frío atroz a que llegaran nuevos ocupantes o nuevos compradores. Eran viejas aunque, también, casi inmortales. Nadie podía destruirlas. Lo único que podían experimentar era un lento y progresivo deterioro que desembocara en la ruina completa.

Entre muros de ladrillos rotos partía un callejón que conducía a los jardines que había detrás, jardines convertidos en depósitos de basura, infestados de ratas, que descendían hacia las orillas del río. Wexford avanzó por ese callejón hasta un punto donde el muro se había desmoronado, dejando un agujero. Un joven sargento de policía, de pie justo en el óvalo de la abertura con una pala en la mano, le impidió el paso y le dijo:

—Lo lamento, señor, pero no se puede pasar.

—¿No me reconoce, Hutton?

El sargento volvió a mirarlo y desconcertado le preguntó:

—Es usted el señor Wexford, ¿verdad? Discúlpeme, señor.

Wexford le dijo que no se preocupara, y le preguntó dónde podía encontrar al inspector jefe Lovat.

—Allá abajo, donde están cavando. A la derecha, allá al fondo.

—¿Están buscando el cadáver de esa mujer?

—De la señora Morag Grey. Hace dos veranos ella y su marido ocuparon ilegalmente una de estas casas. El señor Lovat cree que el marido la enterró en este jardín.

—¿Vivieron aquí? —Wexford levantó la vista y observó el derruido gablete, apuntalado por un leño. El yeso cuarteado y

leproso se había desmoronado en varios lugares, dejando al desnudo los haces de mimbre con los que habían construido el tejado de la casa hacía cuatro siglos. Una puerta abierta reveló las paredes interiores que, enlodadas y chorreando agua, se parecían a las de una caverna que el mar invade a diario.

—En verano no estaría tan mal —comentó Hutton a manera de disculpa—, y no se quedaron más de un par de meses.

Una espesa maraña de arbustos salpicados de barro, debajo de la cual había un montón de latas vacías y periódicos viejos, separaba el extremo del jardín del resto. Wexford se abrió paso entre los arbustos y se internó en un erial. Había cuatro hombres cavando más de los tres palmos de profundidad, la medida normal entre los jardineros. Contra el muro del río habían apilado montañas de tierra salpicadas de restos de greda. Lovat estaba sentado sobre este muro, con el cuello del abrigo subido, un cigarrillo delgado y húmedo pegado al labio inferior, observándolos, inescrutable.

—¿Qué le hace pensar que está aquí?

—En alguna parte ha de estar. —Lovat no se mostró sorprendido de su llegada, sino que se limitó a extender otra hoja de periódico sobre el muro para que se sentara—. Qué día tan asqueroso.

—¿Cree que la mató el marido? —Wexford sabía que era inútil formular preguntas. Había que hacer una afirmación y esperar a que Lovat estuviera de acuerdo o la refutara—. Lo ha detenido usted por atracar una tienda. Pero no tiene el cadáver, sólo una mujer desaparecida. Seguro que alguien lo ha obligado a tomárselo muy en serio, y seguro que no ha sido Grey.

—La madre de la chica —repuso Lovat.

—Ya. Todo el mundo creía que se había marchado a casa de su madre, y su madre creyó que la hija estaba en alguna otra parte, pero la muchacha no contestaba sus cartas. Grey tiene antecedentes, tal vez viva con otra. La engañó a base de bien. ¿Me equivoco?

—No.

Wexford creyó que había cumplido con su deber. Era una lástima que supiera tan poco sobre los tejones, y que le interesaran mucho menos que el caso Grey. La niebla helada se le filtró por las ropas calándole hasta los huesos, congelándole todo el cuerpo.

—Mapache, ¿me hará un favor? —le pidió.

La mayoría de las personas, cuando se les formula esta pregunta, responde que todo depende del favor. Pero Lovat poseía ciertas virtudes que compensaban su taciturnidad. Sacó otro cigarrillo arrugado del paquete.

—Sí —repuso sencillamente.

—¿Se acuerda de ese tipo llamado Hathall al que todavía le sigo la pista? Creo que mientras trabajaba para Kidd's, de Toxborough, organizó una estafa con las nóminas. Por eso me encontré allí el otro día cuando nos cruzamos. Pero carezco de autoridad para actuar. Tengo casi la plena certeza de que fue así... —Wexford le contó todos los detalles sobre los que tenía casi la plena certeza de cómo se habían producido—. ¿Podría enviar a algunos de sus hombres a esas Cajas de Ahorros para ver si encuentran alguna cuenta falsa? Necesitaría que fuera pronto, Mapache, porque sólo me quedan diez días.

Lovat no le preguntó por qué sólo le quedaban diez días. Se limpió las gafas empañadas por la niebla y volvió a colocárselas sobre la nariz enrojecida y respingona. Sin mirar a Wexford ni mostrar el más mínimo interés, fijó la vista en sus hombres y comentó:

—En otras épocas, por un motivo u otro, siempre estuve relacionado con las excavaciones.

Wexford no dijo nada. En ese momento no estaba de humor ni podía reunir el entusiasmo necesario para la homilía de la Liga Anti-Deportes Crueles. Tampoco insistió en su petición, cosa que habría molestado a Lovat, sino que se limitó a continuar allí sentado, en silencio, en medio de aquel frío húmedo, escuchando el ruido de las palas al chocar contra la greda y de la suave caída de la tierra al ser levantada y lanzada pesadamente a un lado. En las pilas crecientes

había latas, cartones empapados de agua, a los que siguieron rosales largo tiempo enterrados, con unas raíces como escorpiones, llenas de tierra húmeda apelotonada. ¿Habría un cadáver allá abajo? En cualquier momento, una pala podría revelar, no un terrón de mortero antiguo u otra masa de raíces oscuras, sino una mano blanca en plena putrefacción.

La niebla se hizo más densa sobre el agua casi estancada. Lovat lanzó la colilla a un charco grasiento.

—Le haré ese favor —dijo.

Fue un alivio alejarse del río y su miasma —el miasma que en otras épocas se consideraba causa de las enfermedades— para dirigirse a la zona elegante de la Ciudad Vieja, donde había aparcado su coche. Estaba limpiando el parabrisas cuando vio a Nancy Lake, y se hubiera preguntado qué estaba haciendo allí de no haber entrado ella, en ese mismo momento, en una pequeña panadería, famosa por sus panes y pasteles caseros. Había pasado más de un año desde la última vez que la viera, y ya casi se le había olvidado la sensación experimentada entonces, el recobrar el aliento, el ligero temblor del corazón. Volvió a sentir ahora esas sensaciones cuando vio cerrarse tras ella la puerta de cristal y la recibió el brillo cálido y anaranjado de la panadería.

Aunque estaba temblando, y su aliento parecía humo en la fría calina, la esperó junto al bordillo. Cuando salió, Nancy Lake lo recompensó con una de sus sonrisas dulces, plenas.

—¡Señor Wexford! Esto está lleno de policías, pero no esperaba encontrármelo por aquí.

—Yo también soy policía. ¿Puedo llevarla de vuelta a Kingsmarkham?

—Gracias, pero en este momento no voy hacía allí. —Llevaba un abrigo de chinchilla salpicado de gotas menudas y brillantes. El frío que punzaba otras caras había coloreado la de ella y le hacía relucir los ojos—. Pero me sentaré a charlar con usted en su coche, ¿quiere?

En ese momento, Wexford pensó que tendrían que inventar la forma de que la calefacción del coche funcionara con el motor apagado. Pero ella no pareció notar el frío. Se inclinó hacia él con el entusiasmo y la vitalidad de una muchacha.

—¿Compartimos un pastel de crema?

Él meneó la cabeza y repuso:

—No le conviene a mi figura, lo siento.

—¡Pero si tiene usted una figura preciosa!

Sabiendo que no debía hacerlo, que estaba invitándola a reiniciar el flirteo, miró en el fondo de sus ojos brillantes y replicó:

—Siempre me dice usted cosas que hace media vida que no se las oigo decir a ninguna otra mujer.

Ella se echó a reír.

—No siempre —le dijo—. ¿Cómo puede ser «siempre» cuando nunca nos vemos? —Empezó a comerse el pastel. Era la clase de pastel que nadie debería tratar de comer sin un plato, un tenedor y una servilleta. Y ella se las arreglaba extraordinariamente bien con las manos, y con la lengua roja se retiraba de los labios las partículas de crema—. He vendido mi casa —dijo—. Me mudo el día antes de Nochebuena.

El día antes de Nochebuena...

—Dicen que se marcha usted al extranjero.

—¿Eso dicen? Hace veinte años que hablan de mí por esta zona y gran parte de lo que se ha dicho es una distorsión de la verdad. ¿Acaso dicen que por fin se ha hecho realidad mi sueño? —Terminó el pastel, y se chupó los dedos con delicadeza—. Tengo que marcharme. Hace tiempo, un tiempo que me parece un siglo, le pedí que viniese a tomar el té conmigo.

—Es cierto.

—¿Vendrá? ¿Qué le parece el próximo viernes? —Cuando Wexford asintió, ella añadió—: Nos tomaremos el resto de la mermelada milagrosa.

—Me gustaría que me contara por qué la llama así.

—Ya se lo contaré... —Wexford le abrió la puerta del coche y ella se aferró de la mano que él le tendía—. Le contaré la historia de mi vida. Todo quedará claro. Hasta el viernes entonces.

—Hasta el viernes. —Era absurda aquella sensación de entusiasmo. Eres viejo, se dijo severamente. Quiere darte mermelada de ciruelas y contarte la historia de su vida; en estos momentos, no te da el pellejo para más. La vio alejarse a pie hasta que su abrigo gris de pieles se confundió con la niebla del río y desapareció.

—No puedo seguirlo en el metro, Reg. Lo he intentado en tres ocasiones, pero con la Navidad tan cerca, cada día hay más gente.

—Ya me lo imagino —comentó Wexford, deseando no volver a oír la palabra Navidad. Tuvo más conciencia que nunca de las presiones festivas de esa celebración. ¿Acaso ese año las Navidades eran más navideñas de lo acostumbrado? ¿O se trataba sencillamente de que en cada postal que caía sobre el felpudo de la puerta principal de su casa, en cada alusión a las próximas celebraciones, veía una amenaza de fracaso? Había una amarga ironía en el hecho de que ese año fueran a llenar la casa de gente como nunca antes lo habían hecho; estaban invitadas sus hijas, su yerno, sus dos nietos, Howard y Denise, Burden y sus hijos. Y Dora ya había empezado a decorar la casa. Tuvo que encogerse en la silla con el teléfono sobre las rodillas, para no pincharse en la cara con el enorme ramo de acebo que colgaba encima de su escritorio —. Parece que aquí se acaba la cosa, ¿no? Déjalo, se acabó. Quizá consiga por el lado de la estafa de las nóminas. Es mi última esperanza.

La voz de Howard sonó indignada.

—No tengo intenciones de dejarlo. Sólo he querido decirte que no puedo hacerlo de ese modo.

—¿Qué otro modo hay?

—¿Por qué no puedo intentar seguirlo desde el otro extremo?

—¿El otro extremo?

—Anoche, cuando perdí su rastro en el metro, salí a la avenida Dartmeet. Yo calculo que en ciertas ocasiones pasa toda la noche con ella, aunque no siempre. Si fuera así, no tendría sentido que alquilara una habitación. Y anoche, Reg, no se quedó con ella. Regresó a su casa en el último 28. Se me ocurrió entonces que por qué no cojo yo también ese mismo autobús.

—Se ve que con la edad me estoy poniendo espeso —se excusó Wexford—, pero no entiendo de qué podría servir.

—Te lo diré. Cogará el autobús en la parada más cercana de la casa de ella, ¿no? Una vez que encuentre esa parada, podré esperar allí al día siguiente desde las cinco y media en adelante. Si llega en autobús podré seguirlo, si llega en metro será más difícil, pero todavía queda una posibilidad.

Kilburn Park, Great Western Road, Pembridge Road, Church Street... Wexford suspiró.

—Hay una decena de paradas —protestó.

—En Notting Hill no. Y tiene que ser Notting Hill, no lo olvides. El último 28 pasa por Notting Hill Gate a las once menos diez. Mañana por la noche estaré esperando ese autobús en Church Street. Todavía me quedan seis tardes libres, Reg, seis noches de vigilancia antes de Navidad.

—Te dejaré la pechuga del pavo —le prometió su tío—, y la moneda de cincuenta peniques del budín.

Cuando colgó, sonó el timbre de la puerta de la calle y oyó las voces chillonas de los jóvenes cantores de villancicos.

*«Que Dios os dé alegría, caballeros,
Que nada os desaliente...».*

PASÓ EL LUNES de la semana anterior a Navidad y llegó el martes sin noticias de Lovat. Probablemente estaría muy ocupado con el caso de Morag Grey como para dedicarle demasiado tiempo al favor prometido. Todavía no habían encontrado su cadáver, y Grey, al que le habían prolongado el auto de prisión por una semana más, volvería a comparecer ante el tribunal bajo la acusación de atraco. El martes por la tarde, Wexford telefoneó a la comisaría de Myringham. El sargento Hutton le informó que era el día libre del señor Lovat; le dijo, además, que no lo encontraría en casa, porque iba a asistir a algo así como la convención de la Sociedad de Amigos del Tejón Británico.

No tuvo noticias de Howard. No era el temor reverencial lo que impedía a Wexford telefonear a su sobrino. No se puede perseguir a quien te hace el enorme favor de renunciar a su tiempo libre para gratificar tu obsesión, para perseguir tu quimera. Te limitas a dejar en paz a esa persona y a esperar. *Quimera*: Monstruo, espantajo; creación de la mente tomada como realidad. Wexford descubrió que así era como la definía el diccionario, cuando buscó la palabra en la soledad de su despacho. Creación de la mente tomada como realidad... Hathall era de carne y hueso, pero ¿y la mujer? Howard era el único que la había visto, y no estaba preparado para jurar que Hathall —el monstruo, el espantajo— la acompañaba. Que nada os

desaliente, se dijo Wexford. Alguien había dejado esa huella, alguien había dejado esos cabellos gruesos y oscuros en el suelo del dormitorio de Angela.

Aunque las posibilidades de encontrarla eran ahora remotas, y se tornaban más remotas con cada día que pasara, seguiría deseando enterarse de cómo lo habían hecho, seguiría queriendo llenar esos huecos que aún quedaban. Le hubiera gustado saber dónde la había conocido Hathall. ¿En la calle, en un *pub*, tal como Howard había sugerido en cierta ocasión? ¿O habría sido una amiga de Angela, de sus primeras épocas londinenses, antes de que a Hathall le presentaran a su segunda esposa en aquella fiesta de Finchley? Sin duda, debió de haber vivido en las cercanías de Toxborough o de Myringham si a ella le había correspondido la tarea de retirar el dinero depositado en aquellas cuentas. ¿O acaso había compartido con Angela esa tarea? Hathall había trabajado en Kidd's cumpliendo un horario parcial. En los días libres de Hathall, Angela pudo haber utilizado el coche para efectuar los cobros.

Además, quedaba el libro de lenguas celtas, otra «prueba instrumental» del caso para la que ni siquiera tenía una explicación. Las lenguas celtas guardaban una cierta relación, no del todo remota, con la arqueología, pero Angela no había demostrado ningún interés en ellas mientras estuvo trabajando en la biblioteca de la Liga Nacional de Arqueólogos. Si el libro no venía a cuento, ¿por qué Hathall se había molestado tanto al verlo en manos de Wexford?

Dedujera lo que dedujese del examen repetido de esos hechos, de las cuidadosas listas confeccionadas a partir de retales de información aparentemente inconexa para buscarles una relación, lo único de veras importante, o sea arrestar a Hathall antes de que abandonase el país, dependía ahora de que él encontrase alguna prueba de esa estafa. Podía dedicarse a unir las piezas del rompecabezas para obtener un cuadro de su quimera cuando fuera demasiado tarde y Hathall hubiera huido. En esa tarea, pensó amargamente, emplearía las largas tardes de Año Nuevo. Llegó la

mañana del miércoles y él seguía sin noticias de Lovat; se dirigió a Myringham a ver si lograba localizarlo en su despacho; llegó alrededor de las diez. El señor Lovat —le informaron—, estaba en el tribunal y no lo esperaban hasta poco antes del almuerzo.

Wexford se abrió paso entre la multitud que atestaba el área comercial de Myringham, subió escaleras de cemento, ascendió y descendió por las escaleras mecánicas —por todas partes colgaban unas lucecitas titilantes en forma de margaritas blancas y rojas— y se dirigió hacia los juzgados. La parte de la sala destinada al público se encontraba casi vacía. Silenciosamente, se instaló en un asiento, miró a su alrededor en busca de Lovat, y lo vio sentado en el frente, casi debajo del estrado de los jueces.

Un hombre delgaducho, de rostro pálido, de unos treinta años, ocupaba el banquillo de los acusados —según el abogado defensor, mi cliente, un tal Richard George Grey, carece de domicilio fijo. Ah, y se trata del marido de Morag—. Con razón Lovat tenía ese aire de preocupación. Wexford no tardó en deducir que la acusación de atraco contra Grey se basaba en pruebas muy nimias. La policía, como era obvio, quería un auto de prisión, cosa que al parecer les resultaría difícil conseguir. El abogado de Grey, un joven agradable y pulido, se esforzaba por ayudar a su cliente, esfuerzo que provocaba la mueca de disgusto de Lovat. Con extraña *schadenfreude*, Wexford comenzó a abrigar la esperanza de que Grey saliera en libertad. ¿Por qué iba Lovat a tener tanta suerte, por qué él sí podía retener a un hombre hasta conseguir pruebas para acusarlo del asesinato de su esposa?

—Y como podrán observar, Señorías, mi cliente ha sido víctima de una serie de graves desgracias. Y aunque no está obligado a revelarles ninguna de sus anteriores condenas, desea hacerlo, porque, sin duda, es consciente de lo trivial que considerarán ustedes esa única condena suya. Y con la venia de la sala, me permito preguntar en voz alta en qué consiste esa única condena. Pues Señorías, esa única condena consiste en haber sido puesto en

libertad condicional a la tierna edad de diecisiete años por haber sido hallado en el interior de un establecimiento cerrado.

Wexford dejó paso a dos señoras cargadas de paquetes, que fueron a sentarse en su mismo banco. Tenían una expresión de avidez y parecían encontrarse muy cómodas allí. Aquel entretenimiento, pensó Wexford, era gratuito, matutino, y ofrecía la parte más sustancial de la vida, tres de las ventajas que tenía con respecto al cine. Saboreando la derrota de Lovat, escuchó cómo la defensa proseguía con su alegato.

—Aparte de esto, ¿qué comportan sus inclinaciones delictivas? Es verdad que cuando se encontró en la indigencia y sin un techo bajo el cual cobijarse, se vio obligado a refugiarse en una casa en ruinas, no utilizada por su legítimo propietario, y que estaba clasificada como inadecuada para su ocupación. Pero como sus Señorías sin duda saben, esto no constituye ningún delito. Y tal como lo ha venido estipulando la ley en los últimos seis siglos, no constituye siquiera una transgresión. También es cierto que fue despedido por su anterior empleador, según reconoce él mismo abiertamente, aunque no se presentaron cargos en su contra, por haberse apropiado indebidamente de la insignificante suma de dos libras con cincuenta. En consecuencia, se vio obligado a abandonar el piso de Maynnot Hall, Toxborough, que le había dejado su empleador, y la consecuencia más grave de todo esto fue que su mujer lo abandonó aduciendo que se negaba a vivir con un hombre cuya honradez no estuviera fuera de toda duda. Esta dama, cuyo paradero se desconoce y cuyo abandono ha causado a mi cliente una profunda zozobra, comparte con la policía de Myringham la bonita cualidad de golpear a un hombre cuando está caído...

El alegato continuó en el mismo tono durante un buen rato. Wexford lo habría encontrado menos aburrido si se hubiera referido un poco más a las pruebas concretas y hubiera tenido menos de insustancial diatriba. Pero las pruebas debieron de ser muy débiles y la identificación de Grey poco consistente, porque los jueces, después de tres minutos de deliberaciones, dieron por cerrado el

caso. Disgustado, Lovat se puso en pie y Wexford se incorporó para seguirlo. Sus ancianas vecinas apartaron los paquetes bajo protesta; fuera de la sala había un revuelo de gente —una nube de testigos que debían declarar en un caso por lesiones físicas graves — y cuando por fin logró pasar, Lovat se alejaba en su coche y no iba en dirección de la comisaría.

Pues bien, se encontraba a veintidós kilómetros al norte de Kingsmarkham, y veintidós kilómetros más cerca de Londres. ¿Por qué no aprovechar el camino ya recorrido? ¿Por qué no seguir hacia el norte para hablar por última vez con Eileen Hathall? Las cosas no podían estar peor de lo que estaban. Sólo cabía la posibilidad de mejorar. ¿Y cómo se sentiría si ella le dijese que Hathall había postergado su partida, que se quedaba en Londres una semana o quince días más?

Mientras atravesaba Toxborough y el camino pasaba por Maynnot Way, un recuerdo se agitó en el fondo de su mente. Richard y Morag Grey habían vivido allí una vez, probablemente habían sido criados en Maynnot Hall, pero no, no era eso. Sin embargo, estaba relacionado con lo que el joven abogado había dicho. Repasó el caso, todo aquello que había llegado a imaginar del pueblo de Hathall, un paisaje con figuras. Tantos sitios y tantas figuras... De todas las personalidades que había conocido o de las que había oído hablar, había una a la que el abogado se había referido de pasada durante su espectacular alegato al tribunal. Pero sólo se había mencionado el de Grey... Sí, la esposa de Grey. La mujer desaparecida, eso era. «Su esposa lo abandonó aduciendo que se negaba a vivir con un hombre cuya honradez no estuviera fuera de toda duda». ¿Qué le recordaba aquello? Había pasado mucho tiempo, había sido en el pueblo de Hathall, hacía un año quizás, o meses, o semanas, alguien, en alguna parte, le había hablado de una mujer con una extraña inclinación a la honradez. El problema radicaba en que no tenía siquiera el más vago recuerdo de quién había sido esa persona.

No tuvo que forzar la memoria para identificar a la invitada de Eileen Hathall. Hacía quince meses que Wexford no veía a la anciana señora Hathall y se sintió más bien horrorizado de encontrársela allí. La exesposa no le hablaría al exmarido de su visita, pero con toda probabilidad, la madre sí. Daba igual. Ya no importaba. Hathall se marcharía del país dentro de cinco días. Un hombre que huye de su tierra natal para siempre no tiene tiempo para venganzas menores ni para tomar precauciones innecesarias.

Y al parecer, la señora Hathall, que estaba sentada a la mesa bebiendo una taza de té después del almuerzo, afortunadamente había interpretado mal la causa de su visita. Aquel policía molesto se había presentado en una casa donde ella había estado en otra ocasión, y volvía a presentarse en una casa donde ella se encontraba en ese momento. En las dos ocasiones anteriores, había preguntado por su hijo, por lo tanto, con su voz gruñona y su leve acento norteamericano le anunció:

—No lo encontrará usted aquí. Está ocupado con los preparativos de su viaje. Se marcha al extranjero.

Eileen notó su mirada interrogante y le dijo:

—Vino anoche a despedirse. —Su voz sonaba tranquila, casi complacida. Wexford miró a una y después a la otra y advirtió lo que les había ocurrido. Mientras vivió en Inglaterra, Hathall había sido para ambas una permanente fuente de amargura crónica, alimentando en la madre la necesidad perpetua de acosarlo e importunarlo, y en la exesposa, el resentimiento y la humillación. Si Hathall se marchaba lo bastante lejos como para considerarlo muerto, ambas estarían en paz. Eileen asumiría un estado cercano a la viudedad, y la anciana contaría con un motivo respetable y preconcebido —los estudios de su nieta en Inglaterra— que explicara la separación de su hijo y su nuera.

—¿Se marcha el lunes? —inquirió Wexford.

La anciana señora Hathall asintió con una cierta satisfacción vanidosa.

—No vaya a creer que volveremos a verlo —dijo. Terminó su té, se incorporó y comenzó a recoger la mesa. En cuanto se termina de comer, se recogen los restos. Ésa era la regla. Wexford vio cómo levantaba la tapa de la tetera y contemplaba su contenido con aire de irritación, como si lamentara el desperdicio que significaba tirar media pinta de té. Con una serie de pantomimas le indicó a Eileen que si quería, había más. Eileen sacudió la cabeza y la señora Hathall se llevó la tetera. El hecho de que Wexford pudo habérselo bebido, o al menos que podían haberle dado la ocasión de rechazar el ofrecimiento, no se les pasó por la cabeza. Eileen esperó hasta que su suegra hubo abandonado la sala.

—Me alegro de sacármelo de encima —le dijo—. No tenía por qué haber venido, estoy segura. Me las arreglé sin él durante cinco años y puedo arreglármelas sin él el resto de mi vida. Por lo que a mí respecta, en buena hora me he librado.

Era tal como Wexford se lo había imaginado. Ella podría fingir que había echado a su marido, y que ahora que Angela había muerto, ella misma podría haberlo acompañado al Brasil si lo hubiera decidido así.

—Mamá y yo —dijo Eileen, inspeccionando la habitación desnuda, sin ningún tipo de adorno navideño, ni siquiera un ramillete de acebo o una guirnalda de papel—, mamá y yo pasaremos unas Navidades tranquilas, nosotras solas. Rosemary se va mañana a casa de una amiga francesa con la que se cartea, y no regresará hasta que comiencen las clases. Estaremos tranquilas y nos lo pasaremos bien solas.

Wexford estuvo a punto de sentir escalofríos. Le asustaba la afinidad entre aquellas dos mujeres. ¿Acaso Eileen se había casado con Hathall porque le aportaría la madre que ella deseaba? ¿Acaso la señora Hathall había elegido a Eileen para su hijo porque era la hija que necesitaba?

—Mamá considera la posibilidad de venirse a vivir conmigo —le dijo, cuando la anciana entró andando pesadamente—. Es decir,

cuando Rosemary se marche a la universidad. No tiene sentido mantener dos casas, ¿verdad?

Una mujer más cálida, más cariñosa, habría sonreído para demostrar su gratitud o bien habría cogido del brazo a una nuera tan ideal. Los ojitos fríos de la señora Hathall pestañearon levemente indicando su aprobación, al tiempo que miraban la sala vacía, se posaron durante un breve instante en la cara regordeta y el cabello rizado de Eileen, mientras en su boca, rígida y con una mueca de disgusto, se reflejó algo parecido al desencanto por no haber encontrado error alguno.

—Vamos, Eileen —dijo la señora Hathall—. Tenemos que fregar los platos.

Dejaron plantado a Wexford sin dignarse a acompañarlo a la puerta. Cuando se encontró debajo del dosel que le recordaba una estación de ferrocarril de provincias, el coche que había pertenecido a Hathall se aproximó a la casa; Rosemary iba al volante. Su rostro, versión inteligente del de su abuela, denotó reconocimiento, pero ninguna expresión amable de saludo, ni una sonrisa.

—Me han comentado que se irá a Francia a pasar las Navidades.

La muchacha apagó el motor.

—Recuerdo que en cierta ocasión dijo usted que nunca había salido de Inglaterra.

—Es verdad.

—¿Pero no fue nunca de excursión a Francia con su escuela, señorita Hathall?

—Ah, esa vez —dijo ella con helada calma—. Fue el día que estrangularon a Angela. —Con un ademán rápido y frío se deslizó un dedo por la garganta—. Le dije a mi madre que iba con la escuela. Pero no fui, salí con un chico. ¿Contento?

—No del todo. Sabe conducir, hace dieciocho meses que conduce. Angela no le caía bien y, al parecer, aprecia a su padre...

Lo interrumpió bruscamente.

—¿Que aprecio a mi padre? No los soporto. Mi madre es un vegetal y esa vieja es una foca. Usted no sabe, nadie sabe, lo que me han hecho pasar, me han utilizado, se han valido de mí para sus rencillas. —Aunque hablaba en tono encendido no levantó la voz—. Este año pienso marcharme y no volverán a verme en su vida. Esas dos pueden vivir juntas en esta casa; un buen día se morirán y pasarán meses antes de que las encuentren. —Levantó la mano para apartarse de la cara un mechón de cabello oscuro y grueso, y le vio la punta sonrosada y lisa del dedo—. ¿Contento? —repitió.

—Ahora sí.

—¿Matar a Angela yo? —Lanzó una carcajada ronca—. Le aseguro que hay otras personas a las que mataría antes. ¿De veras creyó que había sido yo?

—En realidad no —repuso Wexford—, pero estoy seguro de que, de habérselo propuesto, podría haberlo hecho.

Se sintió satisfecho de esa frase de despedida y al alejarse en el coche se le ocurrieron unos cuantos *esprits d'escalier* más. Sólo en una ocasión anterior había tenido la suerte de confundir a un Hathall. Obviamente, podía haberle preguntado si había conocido a alguna mujer con una cicatriz en el dedo, pero hubiera sido ir en contra de sus principios pedirle a una hija que traicionase a su padre, aunque se tratase de esa hija y de ese padre. No era él un inquisidor medieval ni el pilar de un estado fascista.

De vuelta en la comisaría, telefoneó a Lovat quien, naturalmente, no estaba en el despacho y no lo esperaban hasta el día siguiente. Howard no telefoneó. Si la noche anterior había estado de vigilancia, había sido en vano, porque Hathall se había marchado a Croydon a despedirse.

Dora estaba alcorzando la tarta de Navidad, colocando en el centro del círculo blanco y escarchado un Santa Claus de yeso pintado y rodeándolo de petirrojos también de yeso, ornamentos que cada año sacaban de sus envolturas de papel de plata y que habían comprado cuando la hija mayor de Wexford tenía unos pocos meses.

—¡Listo! ¿No ha quedado bonita?

—Preciosa —repuso Wexford sombríamente.

Con calculadora dureza, Dora le comentó:

—Me alegraré cuando ese hombre se haya marchado adonde quiera que se vaya y vuelvas a ser tú mismo. —Cubrió la tarta y se enjuagó las manos—. Por cierto, ¿te acuerdas que una vez me preguntaste acerca de una mujer llamada Lake? ¿Esa que, según tú, te recordaba a Jorge II?

—Nunca dije una cosa así —protestó Wexford, incómodo.

—Pues algo parecido. Bueno, creí que te interesaría saber que va a casarse. Con un hombre llamado Somerset. Su mujer murió hace unos meses. Me imagino que hacía años que entre ellos había algo, pero se lo tenían muy callado. Todo un misterio. En el lecho de muerte de su mujer no debió de prometerle que sólo tendría amantes, ¿verdad? ¡Cariño, no sabes cómo me gustaría que de vez en cuando demostraras un poco de interés y no tuvieras siempre esa cara de aburrido!

EL JUEVES TENÍA el día libre. En realidad no pensaba tomárselo sino que se había propuesto remover cielo y tierra para obligar a Lovat a meterse en su madriguera —una bonita metáfora para usar en relación con un protector de la fauna silvestre— por lo que no había necesidad de madrugar. Se había marchado a la cama pensando que era un viejo tonto al haber creído que le gustaba a Nancy Lake, cuando ella iba a casarse con Somerset, y al llegar la mañana soñó con Hathall. Fue un sueño sin pies ni cabeza en el que Hathall y su mujer embarcaban en un autobús volador de la línea 28, del que despertó sobresaltado al sonar el teléfono a las ocho de la mañana.

—Quería comunicarme contigo antes de ir al despacho —le explicó Howard—. Encontré la parada del autobús, Reg.

Aquello era más alarmante que el timbre del teléfono.

—Cuéntamelo —le pidió a su sobrino.

—Lo vi cuando salía de Marcus Flower a las cinco y media y cuando se dirigió a la estación de Bond Street supe que iba a verla. Tuve que volver a casa durante un par de horas, pero regresé a New King's Road a eso de las diez y media. Dios mío, qué fácil fue. Todo ha salido mejor de lo que me atreví a esperar.

»Ocupé uno de los asientos delanteros de abajo, junto a la ventanilla. No lo vi en la parada del comienzo de Church Street ni en la siguiente, justo después de la estación de Notting Hill Gate. Supe

que si iba a tomar ese autobús tendría que hacerlo pronto y, entonces, he ahí que lo veo solo en una parada discrecional a mitad de camino del Pembridge Road. Se fue al piso de arriba. Yo seguí en el autobús y lo vi bajar en West End Green y entonces —concluyó Howard triunfante—, proseguí hasta Golders Green y volví a casa en taxi.

—Howard, eres mi único aliado.

—Ya sabes lo que Chesterton dijo sobre eso. Esta noche me apostaré en esa parada de autobús a partir de las cinco y media en adelante y luego veremos.

Wexford se puso la bata y bajó para averiguar qué había dicho Chesterton. «No hay palabras para expresar el abismo que existe entre el aislamiento y el tener un aliado. Se podrá reconocer a los matemáticos que cuatro es dos veces dos. Pero dos no es dos veces uno: dos es dos mil veces uno...». Se sintió considerablemente animado. Quizá no dispusiera de hombres bajo su mando, pero tenía a Howard, el decidido, el infinitamente fiable, el invencible, y juntos valían por dos mil. Dos mil uno, contando a Lovat. Debía bañarse, vestirse y salir hacia Myringham de inmediato.

El jefe del Departamento de Investigación Criminal estaba en su despacho, acompañado del sargento Hutton.

—No hace mal día —sentenció Lovat espiando a través de sus cómicas gafitas el cielo lúgubre, sin sol y de un blanco uniforme.

Wexford creyó mejor no mencionar para nada a Richard Grey.

—¿Ha logrado averiguar algo sobre lo de las nóminas?

Lovat asintió lenta y profundamente, pero el portavoz oficial era el sargento.

—Encontramos una o dos cuentas sospechosas, señor Wexford. Tres, para ser exactos. Una en el Trustee Savings Bank de Toxborough, una en Passingham St John y otra aquí. Todas ellas habían recibido pagos y las extracciones cesaron en marzo o abril del año pasado. La cuenta de Myringham estaba a nombre de una mujer cuya dirección resultó ser una especie de hotel pensión. Los

de la pensión no se acordaban de ella y no hemos podido localizarla. La de Passingham resultó ser válida, todo legal. La mujer de allí trabajó en Kidd's y se marchó en marzo, pero no se molestó en sacar los últimos treinta céntimos.

—¿Y la cuenta de Toxborough?

—Ahí está el problema, señor Wexford. La titular es una tal señora Mary Lewis y la dirección es de Toxborough, pero la casa está cerrada y, al parecer, sus propietarios se han marchado. Los vecinos dicen que la familia se apellida Kingsbury, no Lewis, pero como a lo largo de los años han tenido inquilinos, uno de ellos pudo haberse llamado Lewis. Tendremos que esperar a que los Kingsbury regresen.

—¿Saben estos vecinos cuándo regresan?

—No —repuso Lovat.

Los que se marchan de la ciudad una semana antes de Navidad permanecen fuera hasta pasadas las fiestas ¿no es así? Wexford lo consideró probable. Le esperaba un día libre, vacío de actividades. Un año atrás había resuelto ser paciente, pero había llegado al punto en que contaba las horas, ya no los días, que faltaban para la partida de Hathall. Cuatro días. Noventa y seis horas. Pensó que ésa debía de ser la única ocasión en que un número alto suena penosamente menor que un número bajo. Noventa y seis horas. Cinco mil setecientos sesenta minutos. Nada. Pasarían en un abrir y cerrar de ojos...

Lo más frustrante era que tendría que malgastar esas horas, esos pocos miles de minutos, porque a él, personalmente, no le quedaba nada por hacer. No le quedaba otra salida que regresar a su casa y ayudar a Dora a colgar más guirnaldas de papel, disponer más ramilletes de humilde muérdago, plantar el árbol de Navidad en su tonel, especular junto con su mujer si el pavo era lo bastante pequeño como para caber en una bandeja del horno o lo bastante grande como para asarlo colgado, atado con cordeles. El viernes, cuando sólo quedaban setenta y dos horas (cuatro mil trescientos veinte minutos) asistió en compañía de Burden a la comida especial

de Navidad, celebrada en la cantina de la comisaría. Llegó incluso a ponerse un sombrero de papel y a hacer estallar un petardo con la agente Polly Davis.

Le esperaba la invitación para tomar el té con Nancy Lake. A punto estuvo de telefonear para cancelar la cita, pero no lo hizo; se valió de la excusa de que todavía le quedaban un par de preguntas que quizá ella podría contestar y que aquélla era una forma tan buena como cualquier otra de emplear parte de aquellos cuatro mil y pico de minutos. Llegó a Wool Lane a las cuatro de la tarde, sin siquiera pensar en ella, recordando cómo, ocho meses antes, había caminado por allí junto con Howard, lleno de energías, esperanza y determinación.

—Hace diecinueve años que somos amantes —le confesó ella—. Yo llevaba cinco años de casada cuando me mudé aquí con mi marido, y un buen día, mientras caminaba por la calle, conocí a Mark. Estaba en el jardín de su padre, recogiendo ciruelas. Conocíamos el nombre correcto del ciruelo, pero lo llamamos árbol milagroso porque para nosotros fue un milagro.

—La mermelada es muy buena —comentó Wexford.

—Sírvase un poco más. —Nancy Lake le sonrió desde el otro lado de la mesa. El cuarto donde estaban sentados aparecía tan desnudo como la sala de Eileen Hathall, y no había adornos navideños. Pero no parecía desierto, ni frío, ni yermo. Por todas partes veía las marcas dejadas por algún cuadro, un espejo, un adorno, que ya no estaban, y al mirar a Nancy Lake, al escucharla, Wexford logró imaginar la belleza y el carácter del mobiliario embalado ya, listo para ser conducido al nuevo hogar de aquella mujer. Las cortinas de terciopelo azul oscuro seguían colgadas ante la ventana mirador; ella las había echado para no dejar entrar el temprano crepúsculo invernal. Le servían de fondo sombrío, color cielo nocturno, y Nancy brillaba contra ese fondo, con el rostro ligeramente sonrojado; el nuevo anillo de diamantes junto al antiguo,

despedía un arcoíris ígneo al ser iluminado por la luz de la lámpara que había a su lado.

—¿Sabe usted lo que es estar enamorado y no tener ningún sitio donde hacer el amor? —inquirió ella, de pronto.

—Lo sé... indirectamente.

—Nos las arreglamos lo mejor que pudimos. Mi marido se enteró y Mark ya no pudo venir a Wool Lane. Intentamos no vernos, y a veces lo logramos durante meses, pero nunca funcionó.

—¿Por qué no se casaron? Ninguno de los dos tenía hijos.

Nancy tomó la taza vacía de Wexford y la volvió a llenar. Al pasársela, sus dedos apenas rozaron los de él y Wexford sintió que le subía un calor parecido a la rabia. Como si no fuera ya bastante malo que estuviera ella allí, con aquel aspecto, como para que además le estuviera hablando de sexo.

—Murió mi marido y habíamos decidido casarnos —prosiguió ella—. Pero entonces fue cuando enfermó la mujer de Mark y él no pudo dejarla. Era imposible.

Wexford no logró borrar el tono de burla de su voz.

—¿O sea que permanecieron fieles el uno al otro y vivieron con la esperanza de encontrar un remedio?

—No, yo... yo he tenido otros hombres. —Lo miró fijamente a los ojos; Wexford no pudo sostener su mirada—. Mark lo sabía, y si le importaba nunca me culpó. ¿Cómo podía? Ya le he dicho en otro momento que me sentía como una distracción algo que lo... que lo distraía cuando podía alejarse del lecho de enferma de su esposa.

—¿Cuando me preguntó si estaba mal desear la muerte de alguien, se refería usted a ella?

—Por supuesto. ¿Quién iba a ser si no? ¿Acaso pensó que... pensó usted que hablaba de Angela? —El tono grave desapareció y volvió a sonreír—. ¡Oh, cielos! ¿Quiere que le cuente otra cosa? Hace dos años, cuando me encontraba muy sola y aburrida porque Gwen Somerset había regresado del hospital y no quería perder de vista a Mark ni un minuto, le... le hice insinuaciones a Robert Hathall. ¡Ya está, se lo he confesado! Y no me quiso. Me rechazó.

No estoy acostumbrada —dijo con fingida pomposidad— a que me rechacen.

—Supongo que no. ¿Me cree usted ciego o tonto perdido? —inquirió Wexford con una cierta brutalidad.

—Inalcanzable, nada más. Si ha terminado, ¿le parece que pasemos a la otra habitación? Es más cómoda. Todavía no le he quitado mis últimos vestigios.

Nancy Lake había contestado ya a sus preguntas y ya no existían motivos para preguntarle a ella o a Somerset dónde habían estado el día que mataron a Angela, ni para indagar sobre los misterios que les rodeaban, pues ya habían dejado de ser misterios. Pensando que ya podía despedirse y marcharse, cruzó el vestíbulo y siguió a Nancy Lake a otra habitación más cálida, de suaves texturas y ricos colores, donde no había superficies duras, sólo sedas fundiéndose con los terciopelos y los terciopelos con los brocados. Antes de que Nancy pudiese cerrar la puerta, Wexford le tendió la mano con la intención de soltarle un pequeño discurso de agradecimiento y despedida. Pero ella le tomó la mano entre las suyas.

—Me marcho de aquí el lunes —le dijo, mirándolo a la cara—. Los nuevos propietarios se instalarán ya. No volveremos a vernos. Se lo prometeré, si lo prefiere.

Hasta ese momento, Wexford no había estado muy seguro de las intenciones de Nancy Lake hacia él. Ya no le cabía ninguna duda.

—¿Qué le hace pensar que quiero ser la última aventura de una mujer que va a casarse con su primer amor?

—¿No le parece un cumplido?

—Soy un hombre bastante mayor, y un hombre bastante mayor que se deja engañar por cumplidos resulta patético.

Nancy Lake se sonrojó un poco y repuso:

—Pronto seré una mujer bastante mayor. Podríamos hacernos compañía y resultar patéticos juntos. —Una sonrisa arrepentida le

hizo temblar la voz—. No se marche todavía. Podemos... hablar. Lo cierto es que aún no hemos hablado en serio.

—No hemos hecho otra cosa que hablar —repuso Wexford, pero no se marchó. Dejó que lo condujese hasta el sofá y que se sentara a su lado y le hablara de Somerset, de la esposa de Somerset y de los diecinueve años de secreto y decepciones. Tenía una de sus manos entre las suyas, y mientras se ponía cómodo y la escuchaba, recordó la primera vez que le había cogido la mano y lo que ella le había dicho cuando la retuvo una fracción de segundo más de lo normal. Finalmente, ella se puso en pie. Él también se incorporó y se llevó sus manos a los labios.

—Deseo que sea feliz —le dijo—. Espero que sea usted muy feliz.

—¿Sabe? Tengo un poco de miedo, no sé cómo será después de tantos años. ¿Me entiende lo que quiero decirle?

—Por supuesto. —Le habló suavemente, sin asomo de brutalidad, y cuando le pidió que tomase una copa con ella, repuso —: Me la beberé a su salud y a la salud de su felicidad.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Fue un beso impulsivo, ligero; acabó antes de que pudiera corresponderle o resistírsele. Se marchó de la habitación durante unos minutos, muchos más de los que hacían falta para buscar las copas y la bebida. Oyó el ruido de sus pasos en el techo de arriba, y adivinó qué aspecto tendría cuando regresara. Debía decidir lo que haría, si quedarse o marcharse. ¿Sería como en «Rosas, recoged vuestros capullos, las flores de otros hombres, mientras estéis a tiempo»? ¿O sería un viejo que sueña con imposibles pero respeta sus votos matrimoniales?

Tuvo la impresión de que en los últimos tiempos su vida había sido una larga serie de fracasos, de cobardías y cautelas. Y sin embargo, en los últimos tiempos, toda su vida se había visto inclinada a hacer lo que creía justo. Quizás, en el fondo, se tratara de lo mismo.

Finalmente, salió del vestíbulo.

—¡Nancy! —la llamó, utilizando aquel nombre por primera y única vez, y cuando se dirigió al pie de las escaleras, la vio allá, en lo alto. La luz era tenue y delicada, innecesariamente delicada, y ella estaba tal como sabía que iba a estar, como la había visto en sus fantasías, aunque mejor, mejor de lo esperado.

La miró con crítica admiración, la miró en silencio durante largos minutos. Pero para entonces ya había tomado una decisión.

Sólo los necios viven en el pasado lamentando las oportunidades rechazadas o sintiendo nostalgia por las delicias escogidas. Él no lamentaba nada, porque se había limitado a hacer lo que cualquier hombre con sentido común hubiera hecho en su lugar. Había tomado su decisión durante esos momentos en que ella estuvo ausente de la habitación, y se mantuvo firme en su decisión, seguro de que actuaba según sus normas y de acuerdo con lo que le convenía. Pero cuando entró en su casa, se sorprendió al descubrir que se había hecho tan tarde: eran casi las ocho de la noche. Al recordar que el tiempo pasa, volvió a contar los minutos, volvió a calcular que sólo le quedaban unos tres mil quinientos. El rostro de Nancy se borró, desapareció su calidez. Entró en la cocina, donde Dora preparaba otra tanda de pasteles de carne y en tono más bien brusco, inquirió:

—¿Ha llamado Howard?

Dora levantó la vista. Wexford se había olvidado —siempre se olvidaba— de lo astuta que era.

—No telefonaría a estas horas, ¿no? Siempre llama a última hora de la noche o a primera de la mañana.

—Sí, ya lo sé. Este asunto me tiene muy nervioso.

—¡Y tan nervioso! Te has olvidado de darme un beso.

La besó y el pasado inmediato se borró de golpe. Nada de lamentaciones, ni de nostalgias, ni de introspecciones. Se sirvió un pastel de carne y le dio un bocado a la masa crujiente y cálida.

—Engordarás, y te volverás un obeso asqueroso.

—Quizá no sería mala idea —admitió Wexford, pensativo—, aunque con moderación.

EL SÁBADO POR LA MAÑANA, llegó Sheila Wexford, la hija del inspector jefe, actriz de profesión. Era fantástico verla en persona, le dijo su padre, en lugar de en dos dimensiones monocromáticas, en la serie de televisión. Dio vueltas por la casa, arreglando las postales de un modo más artístico y cantando que soñaba con unas Navidades blancas. Sin embargo, daba la impresión de que serían neblinosas. El pronóstico meteorológico para la semana preveía nieblas, y las manifestaciones climáticas hicieron realidad esta predicción cuando al mediodía una blanca niebla matutina envolvió al sol, tornándose densa y amarillenta hacia finales de la tarde.

El día más corto del año. El solsticio de invierno. Ártico tanto en la luz como en la temperatura. A las tres, la niebla apagó la luz diurna pregonando las diecisiete horas de oscuridad. Por las calles, los árboles navideños iluminados se veían sólo como una mancha ambarina y borrosa en las ventanas. Que Dios os dé alegría, caballeros, que nada os desaliente... Diecisiete horas de oscuridad; quedaban treinta y seis horas.

Howard había prometido telefonear y lo hizo a las diez. Desde las tres, Hathall había estado solo en su casa del número sesenta y dos de la avenida Dartmeet. Howard se encontraba en la cabina que había delante del edificio, pero ya se marchaba para su casa. Concluían sus seis noches de vigilancia antes de las Navidades, la

de esa noche había sido una vigilancia extra, emprendida porque no soportaba perder, y ya se marchaba a casa.

—Mañana volveré a vigilarlo, Reg, por última vez.

—¿Tiene algún sentido?

—Sentiré que he hecho el trabajo tan bien como he podido.

Hathall había estado solo la mayor parte del día. ¿Significaba acaso que la mujer había partido antes que él? Wexford se acostó temprano y permaneció despierto pensando en las Navidades, imaginándose a sí mismo y a Howard retirados en un rincón tranquilo, realizando el último repaso a lo ocurrido, ¿qué otra cosa podían hacer?, conjeturando sobre lo que hubiera pasado si el 2 de octubre del año anterior, Griswold no hubiera mandado olvidar el caso.

El domingo por la mañana, la niebla comenzó a disiparse. La vaga esperanza de que el mal tiempo obligase a Hathall a postergar su partida desapareció cuando el sol brilló con fuerza al mediodía. Wexford escuchó los informativos de la radio, pero ninguno hablaba de vuelos cancelados ni de aeropuertos cerrados. Y cuando empezó a oscurecer con una puesta de sol brillante y un cielo frío y despejado —como si el invierno comenzara su ocaso por el mero hecho del paso del solsticio— supo que debía resignarse a que Hathall huyera. Todo había terminado.

Pero aunque en lo que a Nancy Lake se refería logró evitar la introspección, le resultaba imposible no rememorar con pena y amargura el largo período durante el cual él y Robert Hathall habían sido adversarios. Las cosas hubieran sido muy distintas si hubiera adivinado mucho antes lo de la estafa de las nóminas —si es que la había habido—. Debió saber también que un paranoico enfurecido, y con mucho en juego, no iba a reaccionar pasivamente a sus chapuceras indagaciones y lo que esas indagaciones implicaban. Pero todo había acabado ya, y jamás iba a saber quién era la mujer. Con pena recordó otras preguntas que quedarían sin respuesta. ¿Por qué estaba en Bury Cottage el libro sobre lenguas celtas? ¿Por qué Hathall había rechazado a una mujer como Nancy Lake,

cuando en plena edad madura había logrado disfrutar de una cierta variedad sexual? ¿Por qué su cómplice, tan cuidadosa y detallista en otros aspectos, había dejado la huella de su mano en un lugar tan extraño como el costado de la bañera? ¿Y por qué el día en que su suegra iba a visitarla, Angela, tan ansiosa por agradar a la anciana, tan desesperada por reconciliarse con ella, se había puesto las mismas ropas que habían contribuido a que la madre de su marido se volviera en su contra?

A esas alturas no se le cruzó por la cabeza que Howard lograría obtener otro éxito. Los domingos, Hathall tenía por costumbre quedarse en casa e invitar a su madre o a su hija. Y aunque ya se había despedido de ellas, al parecer, no existían motivos para suponer que cambiaría sus hábitos hasta el punto de ir a Notting Hill a ver a su cómplice, considerando que se marchaban al día siguiente. De modo que ese domingo cuando contestó el teléfono a las once de la noche y oyó la voz familiar, un tanto cansada e irritable, al principio supuso que Howard telefoneaba sólo para decirles a qué hora llegarían él y Denise el día de Nochebuena. Pero cuando comprendió el verdadero motivo de la llamada, que por fin, cuando ya era demasiado tarde, Howard estaba al borde de lograr su cometido, sintió la desesperación enfermiza de quien no desea dar paso a la esperanza para no poner en peligro su resignación.

—¿La has visto? —inquirió en tono aburrido—. ¿De veras la has visto?

—Sé cómo te sientes, Reg, pero debo decírtelo. No podía guardármelo. Lo vi a él. Y a ella. Los vi juntos. Y los perdí.

—Oh, Dios mío. Dios, a mí me da algo.

—No mates al mensajero, Reg —le sugirió Howard gentilmente—. No me hagas como Cleopatra. Sólo soy el portador de las noticias, yo no he hecho al rival.

—No estoy enfadado contigo. ¿Cómo podría estarlo después de todo lo que has hecho? Estoy enfadado con... supongo que con el destino. Cuéntame lo que ocurrió.

—Empecé a vigilar la casa de la avenida Dartmeet después del almuerzo. No sabía si Hathall estaba en casa o no hasta que lo vi salir a dejar una bolsa de basura en uno de los cubos. Estaba haciendo limpieza, preparando el equipaje, supongo, y tirando lo que no le servía. Seguí sentado en el coche y estaba a punto de marcharme cuando a eso de las cuatro y media vi que apagaba la luz.

»Quizá habría sido mejor que me hubiese ido a casa. Así no te habría dado ninguna esperanza. Salió de su casa a las seis, Reg, y se dirigió hasta West End Green. Lo seguí en mi coche y aparqué en Mill Lane, que es la calle que parte hacia el oeste desde Fortune Green Road. Los dos esperamos unos cinco minutos. El 28 no venía y entonces tomó un taxi.

—¿Y lo seguiste? —inquirió Wexford. Durante un momento, la admiración superó su amargura.

—Es más fácil seguir a un taxi que a un autobús. Los autobuses no hacen más que parar. Pero seguir a un taxi en Londres un domingo por la noche es muy distinto a intentarlo de día y a las horas punta. En fin, que el taxista me llevó más o menos por el mismo recorrido del autobús. Dejó a Hathall delante de un *pub* en Pembridge Road.

—¿Cerca de la parada donde lo viste subir al autobús?

—Sí, bastante cerca. Esta semana estuve en esa parada y en las calles adyacentes casi cada noche, Reg. Pero debió de utilizar las calles laterales para llegar a la casa de ella desde la estación de Notting Hill Gate, porque no lo vi ni siquiera una vez.

—¿Lo seguiste hasta el *pub*?

—Se llama La Cruz Rosada y estaba muy lleno. Pidió dos copas, ginebra para él y Pernod para ella, aunque ella todavía no había llegado. Se las arregló para encontrar dos asientos en un rincón y colocó su abrigo sobre uno de ellos. La mayor parte del tiempo la

multitud me impidió verlo, pero no perdí de vista la copa de Pernod, que esperaba en la mesa a que ella llegase y se la bebiera.

»Una de dos, o él llegó antes de la hora acordada, o ella se retrasó unos minutos. No me enteré de que había llegado hasta que vi una mano rodear la copa amarilla. La mano levantó la copa y ésta desapareció de mi vista. Me cambié de sitio; a empujones, avancé entre la multitud para poder ver mejor. Era la misma mujer con la que lo vi delante de Marcus Flower, una mujer guapa, de unos treinta y pico de años, de pelo corto teñido de rubio. No, no me lo preguntes. No le vi la mano. Tal y como estaban las cosas, ya me encontraba demasiado cerca como para sentirme seguro. Creo que Hathall me reconoció. Dios santo, tendría que estar ciego para no haberlo hecho, a pesar de todas las precauciones que he tomado.

»Se bebieron las copas bastante deprisa y salieron abriéndose paso entre la gente. Ella tiene que vivir muy cerca de allí, pero no sé decirte dónde. De todos modos, no tiene importancia. Al salir los vi alejarse a pie y me dispuse a seguirlos. Pero se acercó un taxi y lo tomaron. Hathall ni siquiera esperó a indicarle al taxista adonde quería ir. Se limitó a subir y seguramente le dio la dirección después. No iba a correr el riesgo de que lo siguiesen, y yo no podía seguirlos. El taxi subió por Pembridge Road y los perdí. Los perdí y me fui a casa.

»No volveremos a ver a Robert Hathall, Reg. Ha sido bueno mientras duró. De verás pensé que... en fin, no tiene importancia. Estuviste en lo cierto desde el principio; me temo que has de consolarte con esa idea.

Wexford se despidió de su sobrino hasta el día de Nochebuena. A lo lejos se oyó un avión que salía de Gatwick. Se colocó frente a la ventana de su dormitorio y observó sus luces rojas y blancas cruzar como meteoros el cielo claro y estrellado. Unas horas más y Hathall se encontraría a bordo de un avión similar. ¿A primeras horas de la mañana? ¿O sería un vuelo de la tarde? ¿O viajarían ambos de noche? Entonces descubrió lo poco que sabía sobre extradiciones. Nunca se le había presentado la ocasión.

Últimamente, las cosas habían tomado un curso tan extraño que un país probablemente pactaría, pediría concesiones o algún tipo de intercambio antes de entregar a un ciudadano extranjero residente bajo sus dominios. Además, aunque se podía conseguir una orden de extradición si se tenían pruebas irrefutables de asesinato, lo más probable era que no se la concediesen por una acusación de estafa. «Dolo —pensó—. La acusación sería por dolo, en virtud del Apartado 15 de la Ley de Robos de 1968». De pronto le pareció fantástico el contemplar la posibilidad de poner en movimiento toda esa maquinaria política para sacar del Brasil a un hombre por echar mano de los fondos de una fábrica de muñecos de plástico.

Pensó en Crippen cuando lo arrestaron en pleno Océano Atlántico gracias a una mensaje cablegráfico, en los ladrones de trenes detenidos después de un largo período de libertad en el lejano sur, en las películas que había visto en las que algún criminal, tranquilo, creyéndose a salvo, sentía la pesada mano de la ley posándose sobre su hombro mientras bebía vino en la terraza de un soleado café. No era su mundo. No lograba verse, ni siquiera desempeñando un papel menor, en una obra dramática tan exótica. Pero veía a Hathall volando hacia la libertad, hacia la vida que había planificado y conseguido después de cometer un asesinato; y sabía que al cabo de una o dos semanas, Mapache Lovat se vería obligado a reconocer la derrota porque no podría encontrar pruebas de estafa, robo o dolo alguno, sino sólo vagos indicios de algo turbio sobre lo que se podía haber interrogado a Hathall, de haber estado presente.

Y llegó el día.

Wexford se despertó temprano y pensó que Hathall también habría hecho lo mismo. Había visto a Howard la noche anterior, y había sospechado que continuaban siguiéndolo, de modo que no se habría atrevido a pasar la noche en casa de la mujer ni ella en casa de él. En esos momentos se estaría lavando en el fregadero de aquel horrible cuartucho, sacaría el traje de aquel armario de la época de la batalla de Mons, se afeitaría antes de guardar la navaja

en el bolso de mano que llevaría consigo en el avión. Wexford vio la cara roja de granito, más sonrojada después del contacto con el filo de la navaja, vio el ralo cabello negro peinado hacia atrás con un peine húmedo. Hathall estaría echando la última mirada al cuarto de tres por tres sesenta que había sido su hogar en los últimos nueve meses, y pensaría con feliz expectación en su futura casa; en esos momentos, bajo el amanecer invernal, se estaría dirigiendo a la cabina de en frente, para telefonear al aeropuerto y preguntar si no había ningún problema con su vuelo; se lo imaginó reprendiendo a la muchacha que lo atendía por no ser lo bastante rápida o eficiente o considerada; finalmente, la llamaría a *ella*, dondequiera que estuviese en el laberinto de Notting Hill. Y quizá, haría otra llamada más. A la parada de taxis o a la oficina de alquiler de coches, y pediría que pasasen a recogerlo a él y su equipaje para llevárselos de allí para siempre...

«Basta ya —se dijo severamente—. Olvídalo. Déjate de tonterías. De aquí a la locura, o al menos a una neurosis obsesiva, sólo hay un paso. Pronto será Navidad, vete a trabajar, olvídate de él». Le llevó una taza de té a Dora y se marchó al trabajo.

En su despacho, repasó el correo de la mañana y desplegó unas cuantas postales navideñas. Había una de Nancy Lake; se la miró pensativo durante unos momentos antes de guardarla en un cajón del escritorio. Le habían enviado por lo menos cinco calendarios, incluido uno de desnudos en papel brillante, cortesía de un taller mecánico local. Le recordó a Colorado en la estación de West Hampstead, las oficinas de Marcus Flower... ¿Se estaría volviendo loco? ¿Qué era lo que le ocurría cuando permitía que el erotismo le recordase la persecución de un asesino? Basta ya. Escogió un calendario bonito y sumamente aburrido: doce reproducciones a todo color de paisajes de Sussex; lo colgó de la pared, junto al mapa del distrito. Metió en un sobre el regalo del agradecido taller mecánico; en el sobre escribió la palabra *Confidencial* y lo hizo enviar al despacho de Burden. Eso haría que el pulcro subinspector se pusiera a despotricar sobre las normas morales actuales y

contribuiría a que él, Wexford, se quitara de la cabeza al abominable, al triunfante, al maldito delincuente y fugitivo, Robert Hathall.

Concentró su atención en los asuntos que preocupaban en esos momentos a la policía de Kingsmarkham. Cinco mujeres de la ciudad y dos de los pueblos vecinos se habían quejado de unas llamadas telefónicas obscenas. Lo único extraordinario del caso era que las llamadas las hacía una mujer. Wexford sonrió levemente al pensar en qué extraños rincones de la vida se infiltraba el Movimiento de Liberación Feminista. Exasperado, sonrió sombríamente cuando el sargento Martin intentó hacer todo un problema de las travesuras de cuatro niños que habían atado un cordel desde una farola al muro de un jardín para hacer trastabillar a los transeúntes. ¿Por qué le hacían perder el tiempo con esas imbecilidades? Sin embargo, a veces es mejor perder el tiempo en esas cosas y no en perseguir algo vano...

El teléfono interior se puso a sonar. Descolgó esperando oír la voz indignada y farisaica de Burden.

—Señor, el inspector jefe Lovat ha venido a verle.

LOVAT ENTRÓ LENTAMENTE, seguido de su inevitable intérprete, de su *fidus Achates*, el sargento Hutton.

—Bonito día.

—Maldito día —profirió Wexford con voz ronca porque el corazón y la presión sanguínea le estaban jugando una mala pasada—. Olvídense del día. Ojalá nevara, ojalá...

En voz baja Hutton le preguntó:

—¿Podemos sentarnos un momento, señor Wexford? El señor Lovat tiene una información para usted que cree que puede interesarle enormemente. Y como ha sido usted quien le dio la pista, por simple cortesía...

—Síéntense, hagan lo que quieran, llévense un calendario, hay uno para cada uno. Sé a qué han venido. Pero dígame una cosa. ¿Se puede pedir la extradición de un hombre en base a lo que han averiguado? De lo contrario, están ustedes listos. Hathall se marcha hoy a Brasil, y apuesto diez a una a que ya se ha ido.

—Válgame Dios —dijo Lovat plácidamente.

A punto de echarse las manos a la cabeza, Wexford le gritó:

—¿Quiere contestarme? ¿Se puede o no se puede?

—Será mejor que le diga lo que el señor Lovat ha averiguado, señor Wexford. Anoche volvimos a la casa de los señores Kingsbury. Acababan de regresar. Habían ido a visitar a una hija

casada que iba a dar a luz. Con ellos no se ha alojado nunca ninguna señora Mary Lewis, y jamás han tenido relación alguna con Kidd y Compañía. Es más, al realizar otras investigaciones en la pensión de la que le habló el señor Lovat, no logró encontrar ninguna prueba de la existencia de la otra titular de la cuenta.

—¿Han pedido un auto de detención para Hathall?

—Verá, al señor Lovat le gustaría hablar con Robert Hathall —repuso Hutton, cauteloso—. Estoy seguro de que usted estará de acuerdo con nosotros en que necesitamos algo más para continuar. Además de haber venido aquí por cortesía, queríamos pedirle la dirección actual de Hathall.

—Su dirección actual se encuentra probablemente a cinco kilómetros en el aire, justo encima de la isla de Madeira, o donde diablos vaya ese maldito avión —le espetó Wexford.

—Es lamentable —dijo Lovat, sacudiendo la cabeza.

—Quizá no se haya marchado, señor Wexford. ¿Podríamos telefonearle?

—Le diré que podría si tuviese teléfono y si no se hubiera ido. —Desesperado, Wexford le echó un vistazo al reloj. Eran las diez y media—. Francamente, no sé qué hacer. Lo único que puedo sugerir es que vayamos todos a Millerton—*les-deux*, quiero decir, a Hightrees Farm, y le expongamos todo el asunto al comisario jefe.

—Buena idea —comentó Lovat—. Me he pasado más de una noche vigilando madrigueras de tejones por esa zona.

A Wexford le entraron unas ganas infinitas de patear a Lovat.

Jamás supo qué lo impulsó a hacer la pregunta. No lo impulsó un sexto sentido. Quizá fue simplemente que creyó que debería tener una idea tan clara sobre lo de la estafa como la tenía Hutton. Pero la formuló, y más tarde, le dio gracias a Dios por haberla formulado entonces, cuando se encontraban en la carretera comarcal, rumbo a Millerton.

—¿Las direcciones de los titulares de las cuentas? Una iba a nombre de la señora Dorothy Carter, de Ascot House, Myringham, donde está la pensión, y la otra es una tal señora Mary Lewis del número 19 de Maynnot Way, Toxborough.

—¿Ha dicho usted Maynnot Way? —inquirió Wexford con una voz que sonó lejana, como ajena a él.

—Así es. Se extiende desde la zona industrial hasta...

—Ya lo sé, sargento. Y también sé quién vivía en Maynnot Hall, en mitad de Maynnot Way. —Sintió un nudo en la garganta—. Mapache —dijo—, ¿qué hacía usted en Kidd's el día que nos encontramos en la entrada?

Lovat miró a Hutton y éste respondió:

—El señor Lovat llevaba a cabo una investigación en relación con la desaparición de Morag Grey, señor Wexford. Morag Grey trabajó como limpiadora en Kidd's durante un corto período, por la época en que su marido hacía de jardinero en esa casa señorial. Como es natural, investigamos todas las pistas que se nos ofrecieron.

—No han investigado Maynnot Way lo bastante a fondo —replicó Wexford, boquiabierto casi, al comprobar la grandeza de su descubrimiento. Su quimera, la creación de su mente tomada como realidad—. Morag Grey no está enterrada en el jardín de nadie. Es la amante de Robert Hathall, y va a marcharse con él al Brasil. Dios mío, ahora lo entiendo todo... —Ojalá hubiera tenido a su lado a Howard para explicárselo todo, en lugar de tener que contárselo al flemático Lovat y a ese sargento boquiabierto—. Verán ustedes, la tal Grey fue cómplice de Hathall en la estafa. La conoció cuando ambos trabajaban en Kidd's; la mujer actual de Hathall y ella se dedicaban a retirar el dinero de esas cuentas. Seguramente se inventó el nombre y la dirección de Mary Lewis porque conocía Maynnot Way y sabía que los Kingsbury alquilaban habitaciones. Hathall se enamoró de ella, y ella asesinó a la mujer de Hathall. No está muerta, Mapache, ha estado viviendo en Londres, como amante de Hathall desde que... ¿cuándo fue que desapareció?

—Por lo que sabemos, en agosto o septiembre del año pasado, señor Wexford —contestó el sargento, y detuvo el coche sobre la grava, delante de Hightrees Farm.

Si Hathall lograba huir sería un golpe de lo más desafortunado para la reputación del Medio Sussex. Ante el asombro de Wexford, eso fue lo que opinó Charles Griswold. Notó cómo un ligero rubor de incomodidad coloreaba el rostro de estadista, cuando el comisario jefe se vio obligado a admitir la teoría de su subalterno.

—Reg, creo que se trata de algo más que una «corazonada» —le dijo y se encargó personalmente de telefonar al aeropuerto de Londres.

Wexford, Lovat y Hutton tuvieron que esperar un largo rato a que regresase. Cuando por fin lo hizo, fue para informarles que Robert Hathall y una mujer que viajaba con el nombre de señora Hathall se encontraban en la lista de pasajeros de un vuelo que salía para Río de Janeiro a las doce cuarenta y cinco. La policía del aeropuerto recibiría órdenes de detenerlos bajo la acusación de dolo, en virtud de la Ley de Robos, para lo cual tenían que conseguir lo antes posible el correspondiente auto de detención.

—Seguramente ella viaja inscrita en el mismo pasaporte de él.

—O con el de Angela —comentó Wexford—. Todavía lo conserva. Recuerdo haberlo examinado, pero se lo dejamos en la casa de Bury Cottage.

—No es preciso que se amargue tanto, Reg. Más vale tarde que nunca.

En tono amable, pero con cierta irritación, Wexford le recordó:

—Es que ya son las doce menos veinte, señor comisario. Espero que lleguemos a tiempo.

—No se nos escapará —replicó Griswold en tono jovial—. Lo detendrán en el aeropuerto, adonde irán ustedes sin dilación. Sin dilación, Reg. Y mañana por la mañana quiero verle para brindar por unas felices Navidades, ocasión que aprovecharemos para que me lo cuente todo.

Regresaron a Kingsmarkham a recoger a Burden. El subinspector se encontraba en el vestíbulo, observando a través de sus gafas el sobre que llevaba en la mano, y preguntando airado a un sargento con cara de perplejo quién había tenido el atrevimiento de enviarle pornografía para su examen exclusivo.

—¿Hathall? —inquirió cuando Wexford le hubo explicado todo—. ¿No lo dirás en serio? Estás de guasa.

—Sube al coche, Mike, y te lo contaré mientras vamos al aeropuerto. No, mejor nos lo contará el sargento Hutton, mientras vamos hacia el aeropuerto. ¿Qué llevas ahí? ¿Bocetos artísticos? Ahora entiendo por qué necesitabas gafas.

Burden lanzó un bufido de rabia y se dispuso a ofrecer una larga explicación de su inocencia, pero Wexford lo interrumpió. En ese momento no deseaba distracciones. Llevaba quince meses esperando ese día, ese momento, y habría sido capaz de gritar su triunfo al aire azul y frío, al sol casi primaveral. Partieron en dos coches. En el primero iban Lovat, su chófer y Polly Davis; en el segundo, Wexford, Burden, el sargento Hutton y el otro chófer.

—Quiero saber todo lo que pueda decirme sobre Morag Grey.

—Era... quiero decir es escocesa, señor Wexford. Del noroeste de Escocia, de Ullapool. Pero como por esas zonas no hay mucho trabajo, se vino al sur como criada. Conoció a Grey hace siete u ocho años, se casó y consiguieron colocarse en Maynnot Hall.

—¿O sea que él cuidaba el jardín y ella hacía la limpieza?

—Efectivamente. No. entiendo bien por qué, pues ella parece bastante preparada como para ese tipo de trabajos. Según su madre, y para ser más exacto, según su empleador en la casa señorial, había recibido una educación razonable y era bastante inteligente. La madre de la chica dice que Grey la echó a perder.

—¿Cuántos años tiene y cómo es físicamente?

—Pues tendrá unos treinta y dos años. Es delgada, de cabello oscuro, nada del otro mundo. Se encargaba de algunas tareas domésticas en la casa señorial y además limpiaba en otros sitios. Uno de los sitios donde trabajó fue en Kidd's, en marzo del año

pasado, pero sólo estuvo allí dos o tres semanas. Fue por la época en que despidieron a Grey por sacar un par de libras del bolso de la mujer de su jefe. Tuvieron que abandonar su apartamento e irse a la Ciudad Vieja de Myringham como ocupantes ilegales. Poco después, Morag plantó a su marido. Según Grey fue porque descubrió el motivo por el que se encontraban en aprietos y se negó a seguir viviendo con un ladrón. Una historia verosímil y supongo que usted, inspector, estará de acuerdo conmigo. Él insistió en sostener esta historia en diversas ocasiones, a pesar de haberse marchado a vivir con otra mujer que tenía una habitación a eso de un kilómetro, al otro lado de Myringham.

—En esas circunstancias no parece ser una historia verosímil —dijo Wexford, pensativo.

—El hombre sostiene que se gastó el dinero robado en comprarle un regalo, un collar dorado en forma de serpiente...

—Ah.

—Lo cual puede ser cierto, pero no prueba demasiado.

—Yo no opinaría lo mismo, sargento. ¿Qué fue de ella cuando se vio sola?

—Sabemos muy poco a partir de ahí. Los ocupantes ilegales de casas no tienen en realidad vecinos, son una población itinerante. Tuvo una serie de trabajos como mujer de la limpieza hasta el mes de agosto, y a partir de entonces comenzó a cobrar el desempleo. Lo único que sabemos es que le comentó a una mujer en esa hilera de casas que había conseguido un buen empleo en el extranjero y que se marcharía del país. Jamás logramos averiguar en qué consistía ese trabajo y adónde iba a marcharse. A partir de mediados de septiembre nadie volvió a verla. Grey regresó más o menos para Navidad y se llevó las pocas pertenencias que ella había dejado.

—¿No dijo usted que fue su madre la que dio la alarma?

—Morag le escribía regularmente, y cuando su madre vio que no contestaba a sus cartas, le escribió a Grey. El hombre encontró las cartas cuando regresó en Navidad y finalmente le contestó

contándole alguna patraña y le dijo que creía que su mujer se había marchado a Escocia. Como la madre de Morag jamás se había fiado de Richard, Grey se fue a la policía. Vino aquí y tuvimos que buscar un intérprete porque, por increíble que parezca, la mujer sólo habla gaélico.

Wexford, que en ese momento sintió, igual que la Reina Blanca, que podía haber creído en seis imposibles antes del desayuno, preguntó:

—¿Morag también... esto... también habla gaélico?

—Sí, inspector. Es bilingüe.

Wexford se hundió en el asiento del coche con un suspiro. Quedaban unos cuantos cabos sueltos por atar, unos cuantos misterios menores por explicar, pero por lo demás... Cerró los ojos. El coche avanzaba muy lentamente. Sin abrir los ojos, se preguntó vagamente si se encontrarían con mucho tránsito al acercarse a Londres. No tenía importancia. A esas alturas ya habrían detenido a Hathall; lo tendrían esperando en algún despacho secundario del aeropuerto. Aunque no le hubieran dicho por qué no le permitían salir del país, él lo sabría. Sabría que todo había acabado. El coche apenas avanzaba. Wexford abrió los ojos y sujetó a Burden por el brazo. Bajó la ventanilla.

—¿Lo ves? —dijo señalando el suelo que iba quedando atrás a paso de caracol—. Se mueve. Y eso... —agregó, señalando con el brazo hacia el cielo—, no.

—¿Qué es lo que no se mueve? —inquirió Burden—. Si no se ve un pimientito. Fíjate. La niebla nos tiene bloqueados.

CUANDO LLEGARON AL AEROPUERTO eran casi las cuatro. Todos los vuelos habían sido cancelados, y los vestíbulos estaban atestados de viajeros que tomaban sus vacaciones navideñas, mientras delante de los mostradores de información se iban formando largas colas. La niebla lo cubría todo, esponjosa como nieve aireada, en densas nubes que se cernían sobre la tierra, un gas blanco que obligaba a la gente a toser y a taparse la cara.

Hathall no estaba en el aeropuerto.

La niebla había comenzado a cubrir Heathrow a las once y media, pero había afectado otros puntos de Londres mucho antes. ¿Habría sido él uno de los cientos de personas que telefonearon al aeropuerto desde los suburbios cubiertos por la niebla para preguntar si sus vuelos partirían? No había manera de saberlo. Wexford caminó lenta y cuidadosamente por los vestíbulos, fue del bar al restaurante, salió a las terrazas mirando las caras: caras cansadas, caras indignadas, caras aburridas. Pero no vio la de Hathall.

—Según el pronóstico meteorológico —anunció Burden—, la niebla se disipará al anochecer.

—Y según el pronóstico meteorológico para la semana, será una Navidad blanca, una Navidad blanca de niebla. Quédate aquí con

Polly, Mike. Ponte en contacto con el comisario jefe y ordenad que vigilen todas las salidas, no sólo Heathrow.

Burden y Polly se quedaron mientras Wexford, Lovat y Hutton iniciaron el largo viaje hacia Hampstead. Fue muy lento. Miles de coches que iban en dirección a la M1 bloqueaban todos los caminos del noroeste, las luces amarillas los tornaba leonados, cerniendo una especie de mortaja ennegrecedora sobre la ciudad. Los hitos de la carretera, que a esas alturas resultaban ya demasiado familiares, habían perdido sus marcados contornos para volverse amorfos. Las sinuosas colinas de Hampstead yacían bajo un manto humeante y los enormes árboles se alzaban como nubes negras antes de ser tragados por vapores más pálidos. Avanzaron lentamente hacia la avenida Dartmeet y a las siete menos diez se detuvieron frente al número 62. La casa estaba a oscuras; todas las ventanas, cerradas a cal y canto. Los cubos de la basura estaban cubiertos de rocío allí donde la niebla se había condensado. Las tapas se encontraban diseminadas por ahí; un gato salió disparado de debajo de una de ellas, con un hueso de pollo en la boca. Cuando Wexford bajó del coche, la niebla le cerró la garganta. Pensó en otro día neblinoso en la Ciudad Vieja de Myringham, en los hombres que cavaban en vano en busca de un cuerpo que nunca había estado allí enterrado. Pensó en la persecución de Hathall envuelta en la niebla de la duda, de la confusión, de la obstrucción; entonces, se dirigió a la puerta principal y pulsó el timbre del casero.

Hubo de llamar dos veces más antes de que una luz iluminara el cristal que había por encima del dintel. Finalmente, abrió la puerta el mismo hombre de edad al que Wexford había visto salir por el gato. Fumaba un cigarro delgado y no mostró ni sorpresa ni interés cuando el inspector jefe le anunció quién era y le enseñó la orden de detención.

—El señor Hathall se marchó anoche —le informó.

—¿Anoche?

—Sí. Para serle sincero, no esperaba que se fuese hasta esta mañana. Había pagado el alquiler hasta esta noche. Pero anoche me pescó justo cuando tenía prisa y me comentó que había decidido marcharse, de modo que para qué iba a discutirle, ¿no le parece?

En el vestíbulo hacía un frío atroz, a pesar de la estufa de petróleo que había al pie de las escaleras; todo olía a petróleo quemado y a humo de cigarro. Lovat se restregó las manos y luego las desplegó ante las vacilantes llamas amarillo azuladas.

—El señor Hathall regresó anoche a eso de las ocho en un taxi —le explicó el casero—. Yo estaba fuera, en el jardín del frente, llamando a mi gato. Hathall se me acercó y me dijo que iba a dejar la habitación en ese preciso momento.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirió Wexford con una cierta urgencia—. ¿Parecía preocupado, molesto?

—Tenía el mismo aspecto de siempre. Nunca fue un tipo agradable. Siempre protestaba por algún motivo. Subimos a su habitación para hacer el inventario. Siempre insisto en hacerlo antes de devolverles el depósito. ¿Quiere usted subir? No hay nada para ver, pero puede subir si lo desea.

Wexford asintió y comenzó a subir las escaleras. Unas luces de esas que se apagan automáticamente al cabo de dos minutos iluminaban el vestíbulo y las escaleras, y se apagaron justamente antes de que llegasen ante la puerta de Hathall. El casero maldijo en la oscuridad, y buscó a tientas las llaves y el interruptor. Wexford, que volvía a tener los nervios a flor de piel, lanzó un gruñido de sorpresa cuando algo serpeó a lo largo de la barandilla y saltó hacia el hombro del casero. Era el gato. La luz se encendió, el casero encontró la llave y abrió la puerta.

El cuarto olía a humedad y estaba helado. Wexford vio cómo Hutton hacía una mueca al observar el armario de la primera guerra mundial, las sillas y los feos cuadros; seguramente estaría pensando cómo se podía hacer inventario de toda aquella basura de

Ciudad Chatarra. Unas delgadas mantas yacían dobladas de cualquier manera sobre el colchón desnudo, junto a un manojo de cuchillos y tenedores de níquel atados con una bandita de goma, una pava con el mango sujeto con cordel y un florero de yeso que conservaba en la base la etiqueta con el precio: treinta y cinco peniques.

El gato corrió por la repisa de la chimenea y saltó sobre el biombo.

—Ya sabía yo que ese tipo tenía algo raro —comentó el casero.

—¿Por qué? ¿En qué se basa usted?

Le regaló a Wexford una sonrisa un tanto desdeñosa y respondió:

—Para que sepa, a usted ya lo vi en otra ocasión. A los policías los huelo a un kilómetro de distancia. Además, siempre había alguien vigilándolo. No suelo hablar mucho, pero no se me escapa una. Vi al pequeñajo ése del pelo rojo, me hizo gracia cuando vino aquí diciendo que era del departamento municipal de catastros, y también vi al tipo ése, el alto y delgado que estaba siempre en un coche.

—Entonces sabrá por qué lo vigilaban —sugirió Wexford tragándose la humillación.

—¿Yo? El hombre no hacía nada más que entrar y salir, invitar a su madre a tomar el té y quejarse del alquiler.

—¿Nunca trajo aquí a ninguna mujer? ¿A una mujer rubia, de pelo corto?

—No. Aquí sólo vinieron su madre y su hija, nadie más. Al menos eso fue lo que él dijo, que eran su madre y su hija. Y supongo que sería cierto, porque las dos eran su vivo retrato.

Wexford se volvió con aire fatigado para detenerse en el mismo lugar donde Hathall había estado a punto de empujarlo escaleras abajo, y dijo:

—O sea que le devolvió usted el dinero del depósito y él se marchó. ¿A qué hora sería?

—A eso de las nueve. —La luz del rellano volvió a apagarse y, nuevamente, el casero pulsó el interruptor mascullando entre dientes mientras el gato ronroneaba sobre su hombro—. Dijo que se marchaba al extranjero. Llevaba las maletas llenas de etiquetas, pero no me fijé bien. Me gusta ver lo que hacen, ¿sabe?, vigilarlos hasta que salen del edificio. Cruzó la calle y telefoneó desde la cabina; después llegó un taxi y se marchó.

Bajaron al oloroso vestíbulo. La luz se apagó y esta vez el casero no se molestó en volver a encenderla. Cerró la puerta tras ellos a toda prisa para impedir que entrase la niebla.

—Quizá se marchó anoche —le informó Wexford a Lovat—. Pudo haber ido a París, Bruselas o Ámsterdam para coger el avión desde allí.

—¿Pero por qué iba a hacerlo? —protestó Hutton—. ¿Por qué iba a pensar que lo seguimos después de tanto tiempo?

A esas alturas, Wexford no quería hablarles de la participación de Howard, o del encuentro de éste con Hathall la noche anterior. Pero la idea lo había asaltado con fuerza allá arriba, en la habitación desierta y fría. Hathall había visto a Howard sobre las siete, había reconocido al hombre que lo seguía, y poco después había logrado despistarlo. Había acompañado a la chica a su casa en el taxi que habían tomado delante del *pub*, y de allí se dirigió a la avenida Dartmeet donde había hablado con el casero para desocupar la habitación, recoger el equipaje y marcharse. ¿Adónde habría ido? A reunirse primero con ella, ¿y después...? Entristecido, Wexford se encogió de hombros, cruzó la calle y entró en la cabina.

Burden le informó que el aeropuerto seguía cerrado a causa de la niebla. Estaba atestado de frustrados pasajeros y, además, de nerviosos policías. Hathall seguía sin aparecer. Si había telefoneado, al igual que otros cientos de personas, no había dado su nombre.

—Pero sabe que lo seguimos —dijo Burden.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de un tal Aveney? ¿El gerente de Kidd's?

—Claro que me acuerdo. ¿Qué diablos pinta él en esto?

—Anoche, a las nueve, lo llamó Hathall a su casa. De una manera indirecta, quiso saber si habíamos preguntado por él. Y el muy idiota de Aveney, le comentó que no preguntamos sobre lo de su mujer, porque aquello era historia pasada, sino que le informó que habíamos estado revisando los libros de contabilidad para ver si había algo raro en las nóminas.

—¿Y cómo te has enterado? —inquirió Wexford en tono sombrío.

—Aveney se lo pensó mejor y le entraron serias dudas de haber hecho bien en decírselo, aunque sabía que nuestras investigaciones no habían dado resultados. Esta mañana intentó ponerse en contacto contigo y, al ver que no te localizaba, habló con el señor Griswold.

Entonces ésa era la llamada telefónica que Hathall había hecho desde la cabina de la avenida Dartmeet, la misma cabina en la que él había entrado, después de dejar al casero y antes de subirse al taxi. Eso, unido al hecho de que había reconocido a Howard, había sido suficiente para volverlo loco del susto. Wexford volvió a cruzar la calle y subió al coche donde Lovat fumaba uno de sus horribles cigarrillos humedecidos.

—Me parece que la niebla se está disipando, inspector —dijo Hutton.

—Quizá. ¿Qué hora es?

—Las ocho menos diez. ¿Qué hacemos ahora? ¿Volvemos al aeropuerto o intentamos encontrar la casa de Morag Grey?

Con paciente sarcasmo, Wexford le contestó:

—Sargento, hace nueve meses que lo intento, el tiempo que dura una gestación normal, y no he logrado nada. Aunque es posible que algo le induzca a creer que obtendrá mejores resultados que yo en un par de horas.

—Al menos regresaríamos por Notting Hill, inspector, en lugar de seguir por el camino más rápido de la Circunvalación Norte.

—Haga como quiera —le espetó Wexford y se arrinconó en el asiento, lo más lejos posible de Lovat y su cigarrillo que olía tan mal como el cigarro del casero. ¡Tejones! Policías de pueblo, pensó injustamente. Imbéciles que no lograban que se aguantase una acusación tan sencilla como un atraco a una tienda. ¿Qué se creía Hutton que era Notting Hill? ¿Un pueblo como Passingham St John, donde todos se conocen y comentan llenos de curiosidad cuando un vecino se marcha al extranjero?

Siguieron el recorrido del 28. West End Lane, Quex Road, Kilburn High Road, Kilburn Park... La niebla había disminuido, se disipaba; se extendía por aquí en densos retales y por allí en temblorosas y diluidas fajas. A través de la niebla comenzaron a titilar los colores navideños, llamativos banderines de papel en las ventanas, lucecitas brillantes en forma de estrellas que se encendían y se apagaban. Shirland Road, Great Western Road, Pembridge Villas, Pembridge Road...

A Wexford se le ocurrió de pronto que una de aquéllas debía de ser la parada donde Howard había visto a Hathall subir al 28. Por todas partes emergían calles, calles que conducían a otras calles, a plazas, hacia vastas zonas, alejadas del centro urbano, y pobladas de multitudes. Que Hutton se las arreglara como...

—¿Quiere usted parar? —le ordenó rápidamente.

Desde las puertas lustrosas de un bar emergía un torrente de luz rosada que bañaba el camino. Wexford había visto el cartel luminoso y lo recordaba. La Cruz Rosada. Si habían sido parroquianos de aquel bar, si se habían reunido allí con frecuencia, el propietario o algún tabernero los recordaría. Quizá se hubieran encontrado allí anoche, antes de partir, o habían vuelto sólo para despedirse. Al menos lo sabría. De esa manera lo sabría sin lugar a dudas.

El interior era un infierno de luz, ruido y humo. La multitud manifestaba una densidad y una alegría que sólo se alcanzaba a horas más avanzadas, pero estaban en Navidad, faltaba un día para la Nochebuena. Todas las mesas estaban ocupadas, al igual que

todos los taburetes y todo el espacio aledaño a la barra, así como cada metro cuadrado del suelo, donde la gente se apretujaba; de sus cigarrillos se elevaban espirales de humo que iban a mezclarse con el manto azul que sobrevolaba suavemente entre las guirnaldas de papel y los ojos entrecerrados y enrojecidos. Wexford se abrió paso a empujones dirigiéndose a la barra. Tras ella, dos taberneros y una chica servían copas con febril rapidez, secando el mostrador y sumergiendo los vasos sucios en un fregadero humeante.

—¡El siguiente! —gritó el tabernero de más edad, probablemente el propietario. Tenía la cara roja, la frente perlada de sudor y el cabello pegoteado contra ella en húmedos rizos—. ¿Qué le pongo, caballero?

—Soy de la policía —repuso Wexford—. Busco a un hombre alto, de cabello negro, de unos cuarenta y cinco años, y a una mujer rubia, más joven que él. —Le dieron un golpe en el codo y sintió que un chorrito de cerveza le corría por la muñeca—. Estuvieron aquí anoche. Él se llama...

—Aquí nadie da su nombre. Anoche tuvimos alrededor de quinientas personas.

—Tengo motivos para pensar que venían aquí con frecuencia.

—Tengo que atender a mis clientes —le dijo el tabernero encogiéndose de hombros—. ¿Puede esperar diez minutos?

Pero Wexford creyó que ya había esperado demasiado. Delegaría aquel asunto, ya no podía hacer nada más. Luchando contra la marea de gente, volvió hacia la puerta, pasmado por los olores, las luces, el humo y el embriagante olor a licor. Había siluetas de color por todas partes, los círculos de los globos rojos y púrpura, los conos translúcidos y brillantes de las botellas de licor, los cuadrados del cristal manchado de las ventanas. Al sentir un mareo recordó que no había probado bocado en todo el día. Círculos rojos y púrpura, esferas de papel anaranjado y azul, aquí un cuadrado de vidrio verde, allí un brillante rectángulo amarillo...

Un brillante rectángulo amarillo. La mente se le despejó. Se calmó un poco. Apretujado entre un hombre con una chaqueta de

cuero y una muchacha con un abrigo de pieles, miró a través de un pequeño espacio no atestado de faldas, piernas, patas de sillas y bolsos, miró a través del humo azul y acre, y vio el rectángulo amarillo que formaba aquel líquido en una copa alta, y vio también que una mano la levantaba y la apartaba de su vista.

Pernod. No era una bebida popular en Inglaterra. Colorado lo bebía mezclado con Guinness y llamaba a la mezcla Rey Diabólico. Y esa otra, la que él buscaba, su quimera, la creación de su mente tomada como realidad, lo bebía diluido y amarilleado por el agua. Wexford avanzó lentamente, abriéndose paso hacia la mesa del rincón donde ella estaba, pero sólo logró acercarse a unos tres metros de distancia. Había demasiada gente. Pero en ese momento, a la altura de sus ojos, se abrió un espacio lo bastante despejado como para que él la viera, y la miró largamente, la contempló con voracidad, como contempla un hombre enamorado a la mujer cuya llegada ha estado esperando durante meses.

Tenía un rostro bonito, cansado y pálido. Los ojos se le estaban enrojeciendo por el humo, y en el cabello corto y rubio comenzaba a notársele un centímetro de raíces negras. Estaba sola, pero la silla junto a ella aparecía cubierta por un abrigo doblado, un abrigo de caballero, y apiladas contra la pared detrás de ella, apiladas a sus pies, amurallándola, había media docena de maletas. Volvió a levantar la copa y bebió unos sorbos, sin fijarse en él, pero lanzando de vez en cuando miradas rápidas y nerviosas hacia la pesada puerta de caoba con el letrero de *Teléfono* y *Lavabos*. Pero Wexford continuó allí, mirando hasta hartarse a su quimera hecha realidad, hasta que convergieron los sombreros, las melenas y las caras y le impidieron seguir mirándola.

Abrió la puerta de caoba y se internó en un pasillo. Se encontró ante otras dos puertas, y al final del pasillo vio una cabina de cristal. Hathall se encontraba inclinado sobre el teléfono, de espaldas a Wexford. Seguramente estará telefoneando al aeropuerto, pensó

Wexford, telefoneando para comprobar si saldrá su vuelo ahora que la niebla comienza a disiparse. Se metió en el lavabo de caballeros, entrecerró la puerta y esperó hasta oír los pasos de Hathall recorrer el pasillo.

La puerta de caoba se abrió y se cerró con un clic. Wexford dejó pasar un minuto y después regresó al bar. Las maletas habían desaparecido, y la copa amarilla estaba vacía. Apartando a la gente a empujones, sin hacer caso de las protestas, llegó hasta la puerta de calle y la abrió de par en par. Hathall y la mujer se encontraban junto al bordillo, rodeados de maletas, esperando a que pasara un taxi para pararlo.

Wexford miró hacia el coche, sus ojos se cruzaron con los de Hutton y levantó la mano con vehemencia, haciéndoles una señal. Tres de las puertas del coche se abrieron simultáneamente y los tres policías que estaban dentro se pusieron en pie y saltaron sobre los adoquines húmedos como impulsados por resortes. Entonces, Hathall lo comprendió. Se volvió para enfrentárseles, rodeando a la mujer con un brazo en un gesto de protección inútil. Su rostro palideció, y bajo la luz amarilla de las farolas empañadas, la mandíbula prominente, la nariz puntiaguda y la frente alta adquirieron la tonalidad verdosa del miedo, del fracaso definitivo de todas sus esperanzas. Wexford fue hacia él.

—Debíamos habernos marchado anoche, Bob —dijo la mujer, y cuando Wexford oyó su acento, mucho más marcado por el miedo, lo supo. Lo supo sin lugar a dudas. Pero había perdido la voz y, allí de pie, en silencio, dejó que Lovat se acercara a ella y le leyera sus derechos y la acusación.

—Morag Grey...

La mujer se llevó el puño cerrado a los labios temblorosos, y Wexford le vio la pequeña cicatriz en forma de A en el dedo índice, tal como la había visto en sueños.

NOCHEBUENA.

Habían llegado todos y la casa de Wexford se encontraba a rebosar. Los dos nietecillos estaban en la cama, en el piso de arriba. En la cocina, Dora volvía a examinar el pavo, en esta ocasión consultaba con Denise la cuestión importantísima de si debía colgarlo o colocarlo en la fuente del horno. En la sala, Sheila y su hermana adornaban el árbol mientras los hijos mayores de Burden sometían al tocadiscos, que debía estar en buenas condiciones para el día siguiente, a un manejo más bien inexperto. Burden se había marchado en compañía del yerno de Wexford a tomar una copa al Dragón.

—Nos queda el comedor —anunció Wexford a su sobrino. La mesa estaba puesta para la comida navideña, decorada con un bonito centro. El hogar estaba dispuesto también, tan sacrosanto como la mesa, pero Wexford acercó una cerilla a las ramitas diciendo—: Me meteré en un buen lío por esto, pero no me importa. Ahora que la he encontrado, no me importa nada, ahora que tú —añadió generosamente—, y yo la hemos encontrado.

—Yo he hecho muy poco, casi nada —comentó Howard—. Ni siquiera logré averiguar dónde vivía. Supongo que ahora lo sabrás, ¿no?

—En Pembridge Road mismo —repuso Wexford—. Él vivía en aquel cuarto miserable pero a ella le pagaba el alquiler de un piso confortable. Está claro que la quiere mucho, aunque lo último que deseo ahora es ponerme sentimental con Hathall. —Sacó una botella de *whisky* del aparador, sirvió una copa a Howard y luego, temerario, otra para él—. ¿Quieres que te lo cuente?

—¿Acaso queda mucho por contar? Mike Burden ya me dio los datos acerca de la identidad de esa mujer, la tal Morag Grey. Intenté impedírselo. Sabía que querrías contármelo tú mismo.

—Mike Burden —replicó su tío mientras el fuego comenzaba a crepitar y a arder—, tiene hoy el día libre. No lo he visto desde ayer por la tarde, cuando lo dejé en el aeropuerto de Londres. No te ha dado toda la información porque no la tiene, a menos que... ¿ha salido en los periódicos de la tarde? Lo del tribunal especial, quiero decir.

—No estaba en las ediciones anteriores.

—Entonces todavía queda mucho por contar. —Wexford echó las cortinas para no ver la niebla, que por la tarde había vuelto a caer—. ¿Qué fue lo que te contó Mike?

—Que había ocurrido más o menos en la forma que tú creías, que los tres estaban implicados en el fraude de las nóminas. ¿No fue así?

—Mi teoría —repuso Wexford—, tenía demasiados cabos sueltos. —Acercó más la butaca al fuego—. Qué bueno es relajarse, ¿no? ¿No te alegra no tener que ponerte el disfraz de perseguidor y partir hacia West End Green?

—Insisto en que he hecho muy poco. Pero al menos creo que no merezco que me tengas en suspenso.

—Es verdad, y no seguirás en suspenso por más tiempo. Efectivamente, planearon la estafa de las nóminas. Hathall abrió por lo menos dos cuentas ficticias, quizá más, poco después de entrar a trabajar para Kidd's. Se pasó dos años cobrando un mínimo de treinta libras extra a la semana. Pero Morag Grey no tuvo nada que ver en el asunto. Jamás habría ayudado a nadie a estafar a una

empresa. Era una mujer honrada. Era tan honrada que ni siquiera se quedó con un billete de una libra que había encontrado en un despacho, era tan honrada que no quiso seguir casada con un hombre que había robado dos libras cincuenta. No pudo haber sido cómplice de este engaño y mucho menos haber planeado y cobrado el dinero depositado en la cuenta de Mary Lewis, porque Hathall no la conoció hasta marzo. Morag Grey trabajó para Kidd's un par de semanas y eso fue tres meses antes de que Hathall se marchara.

—Pero Hathall estaba enamorado de ella, ¿no? Tú mismo lo dijiste. ¿Qué otro móvil habría tenido...?

—Hathall estaba enamorado de su mujer. Vale, ya sé que hemos llegado a la conclusión de que había adquirido ciertos gustos amorosos, pero ¿qué pruebas concretas teníamos de eso? —Con una ligera timidez, demasiado bien disimulada como para que Howard la detectase, Wexford le dijo—: Si era tan susceptible, ¿por qué rechazó las insinuaciones de una vecina suya, por cierto muy atractiva? ¿Por qué le dio a todos cuantos lo conocían la impresión de ser un marido obsesivamente devoto?

—Dímelo tú —repuso Howard sonriendo—. Sólo te falta decirme ahora que Morag Grey no mató a Angela Hathall.

—Así es. No lo hizo. Angela Hathall mató a Morag Grey.

Desde la habitación contigua les llegó un grito agudo proveniente del tocadiscos. Unos pies pequeños corrieron por el suelo, en el piso de arriba, y en la cocina se oyó un violento estrépito. El ruido ahogó la exclamación de Howard.

—También me sorprendí bastante —prosiguió Wexford como quien no quiere la cosa—. Creo que lo intuí ayer, al descubrir que Morag Grey era tan honrada y que sólo había trabajado en Kidd's por tan poco tiempo. Pero cuando los detuvimos, y oí el acento australiano de la mujer, lo supe.

Howard meneó la cabeza despacio, no tan escéptico como sorprendido y maravillado.

—¿Y la identificación, Reg? ¿Cómo podía Hathall salirse con la suya en lo de la identificación?

—Se salió con la suya durante quince meses. Verás, la vida aislada y secreta que llevaban para hacer funcionar la estafa de las nóminas jugó en favor suyo cuando planificaron este asesinato. Para Angela no hubiera sido nada positivo que la vieran mucho por si llegaban a descubrir que no era la señora Lewis o la señora Carter al ir a retirar el dinero de aquellas cuentas. Casi nadie la conocía, ni siquiera de vista. La señora Lake la conocía, claro está, y también Mark Somerset, su primo, ¿pero quién diablos iba a llamarlos para que identificaran el cadáver? Lo natural era que la identificación la hiciera el marido de Angela. Y por si cabía la posibilidad de alguna duda, se hizo acompañar de su madre, cuidándose muy bien de que fuera ella la primera en ver el cuerpo. Angela vistió a Morag con su propia ropa, las mismas ropas que llevaba en la única ocasión anterior en que su suegra la había visto. Fue un detalle psicológico muy acertado, Howard, y estoy seguro de que fue idea de Angela, fue ella quien planificó los detalles intrincados del caso. Fue la anciana señora Hathall quien nos telefoneó, fue ella la que eliminó toda duda al decirnos que habían encontrado muerta a su nuera en Bury Cottage.

»Angela había empezado a limpiar la casa con semanas de antelación, para borrar *sus propias huellas*. Con razón usaba guantes de goma y guantes para quitar el polvo. No le habrá resultado un trabajo complicado, dado que se pasaba la semana sola, sin Hathall dando vueltas por la casa, dejando sus propias huellas. Y si hubiéramos sospechado de semejante furia limpiadora, ¿qué mejor explicación que el hecho de que quería dejar la casa perfecta para la visita de la anciana señora Hathall?

—¿Entonces la huella de la mano y la de la cicatriz en forma de A eran de ella?

—Por supuesto —respondió Wexford. Bebía su *whisky* lentamente, haciéndolo durar—. Y las huellas que creíamos que eran de ella pertenecían a Morag. El cabello del cepillo, que

creíamos que era de ella, pertenecía a Morag. Seguramente le cepilló el pelo después de haberla matado... qué horrendo. Los cabellos oscuros, más gruesos, eran de Angela. No tuvo que limpiar el coche en el garaje ni Wood Green. Pudo haberlo limpiado en cualquier momento de la semana anterior.

—¿Pero por qué dejó esa única huella?

—Creo que puedo adivinarlo. La mañana en que murió Morag, Angela se levantó temprano para seguir limpiando. Estaría limpiando el cuarto de baño, y posiblemente se había quitado los guantes de goma y se disponía a ponerse los otros para sacarle brillo al suelo, cuando sonó el teléfono. La señora Lake le telefoneó para preguntarle si podía pasar a recoger las ciruelas milagrosas. Y Angela, que naturalmente estaba nerviosa, se apoyaría con la mano desnuda en el borde de la bañera para incorporarse e ir a contestar el teléfono.

»Morag Grey hablaba y, sin duda, leía el gaélico. Hathall debió de saberlo. Por eso Angela averiguó su dirección, para poder vigilarla bien de cerca, y le escribió, o lo más probable es que la visitara para pedirle ayuda en un trabajo de investigación sobre las lenguas celtas. Morag, que era empleada del hogar, debió de sentirse muy halagada. Y como además era pobre, seguramente necesitaría el dinero. Creo que éste era el buen trabajo del que le habló a su vecina, por eso dejó su puesto en esta época, para cobrar el desempleo hasta que Angela estuviera en condiciones de que ella empezara a ayudarla.

—¿Pero no conocía a Angela?

—¿Y para qué? Angela seguramente le daría un nombre falso y no veo ningún motivo por que el que Morag tuviera que conocer el domicilio de Hathall. El diecinueve de septiembre, Angela fue en coche hasta la Ciudad Vieja de Myringham, la recogió y la llevó a Bury Cottage para hablar de su futuro trabajo. Acompañó a Morag al piso de arriba, para lavarse las manos o para ir al lavabo o a peinarse un poco. Y allí la estranguló, Howard, con su propio collar dorado en forma de serpiente.

»Después todo fue sencillo. Vistió a Morag con la camisa roja y los tejanos, dejó sus huellas en algunos objetos, le cepillo el pelo. Con los guantes puestos, condujo el coche por el túnel arbolado de la calle, rumbo a Londres. Pasó una o dos noches en un hotel hasta que encontró una habitación y esperó a que transcurriera el tiempo hasta que Hathall pudiera reunirse con ella.

—¿Pero por qué la matarían, Reg? ¿Por qué?

—Era una mujer honrada y descubrió la estafa de Hathall. No era tonta, Howard, sino más bien de esas personas que poseen un cierto potencial pero les falta el empuje. Tanto su exjefe como su madre coincidieron en que estaba muy por encima del nivel de trabajos que hacía. El inútil de su marido la echó a perder. ¿Quién sabe? Tal vez habría sido capaz de asesorar a un *verdadero* etimólogo sobre el gaélico demótico, tal vez creería que por fin, después de deshacerse de Grey, le había llegado la oportunidad de mejorar. Lo cierto es que cuanto más lo piensas, más te das cuenta de que Angela Hathall es muy buena psicóloga.

—Ya, entiendo —replicó Howard—, ¿pero cómo hizo Morag para enterarse de la estafa de las nóminas?

—La verdad —respondió Wexford con franqueza—, no lo sé... todavía. Me imagino que algún día Hathall se quedaría a trabajar hasta tarde, mientras Morag hacía la limpieza, y supongo que ella lo escucharía hablar por teléfono con Angela. Puede que Angela sugiriera una dirección falsa y él la llamase para comprobarla antes de introducir el dato en la computadora. No te olvides que Angela fue la artífice de todo. Estabas muy en lo cierto al decir que ella influyó en él y lo corrompió. Hathall es ese tipo de hombres que considera que una mujer de la limpieza no es más que un mueble. Y aunque hablara con cautela, el nombre de Mary Lewis, y la dirección del 19 de Maynnot Way, le habrían llamado la atención a Morag. Era el final del camino donde vivían ella y su marido, y sabía que allí no vivía ninguna Mary Lewis. Y si después de aquella llamada, Hathall se dispuso a introducir los datos en la computadora...

—¿Le hizo chantaje?

—Lo dudo. Era una mujer honrada. Pero lo más probable es que se lo preguntara, y en ese mismo momento, además. Posiblemente le comentaría que sin querer había oído lo que había dicho y que en aquella dirección no vivía ninguna Mary Lewis, y si él se mostró turbado —¡Dios santo, deberías verlo cuando se siente turbado!— seguramente continuó haciéndole preguntas hasta que logró hacerse una vaga idea de lo que realmente ocurría.

—¿Y la mataron por eso?

Wexford asintió.

—A ti y a mí nos parece un motivo despreciable. ¿Pero a ellos? A partir de aquel momento vivirían en un continuo temor, porque si se llegaba a descubrir la estafa de Hathall, éste perdería el puesto, perdería su nuevo puesto en Marcus Flower, y no volvería a conseguir trabajo en el único campo en el que contaba con preparación. No olvides que son unos paranoicos. Esperaban ser perseguidos y acosados; para ellos, hasta el más inocente e inofensivo de los seres les tenía ojeriza.

—Tú no eras ni inocente ni inofensivo, Reg —comentó Howard en voz baja.

—No, y quizá sea la única persona que alguna vez ha perseguido de verdad a Robert Hathall. —Wexford levantó la copa casi vacía y brindó—: Feliz Navidad. No pienso permitir que el hecho de que Hathall acabe de perder la libertad empañe las fiestas. Si hay alguien que merece perderla, es él. ¿Vamos a reunirnos con los demás? Me parece que Mike acaba de llegar con mi yerno.

El árbol ya estaba decorado. Acompañada de John Burden, Sheila bailaba vigorosamente al ritmo de la colosal cacofonía proveniente del tocadiscos. Después de haber metido en cama, por tercera vez consecutiva, a un niño somnoliento, Sylvia se dispuso a empaquetar los últimos regalos, uno de los Juegos para Niños de Kidd, una caja de colores, un globo terráqueo, un libro con estampas, un coche de juguete. Wexford rodeó con un brazo a su esposa y con el otro a Pat Burden y las besó debajo del muérdago. Riendo, tendió la mano hacia el globo terráqueo y lo hizo girar. Dio

tres vueltas sobre su eje antes de que Burden captara la indirecta y entonces dijo:

—Se mueve. Tenías razón. Fue él quien lo hizo.

—Pero tú también la tenías —admitió Wexford—. Él no mató a su mujer. —Al ver la mirada de incredulidad de Burden, agregó—: Y ahora, me imagino que tendré que volver a contar toda la historia desde el principio.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff

18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse

- 48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
- 49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
- 50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



RUTH RENDELL (Londres, Gran Bretaña, 17 de febrero de 1930) publicó su primera novela en 1964, y pronto se consagró dentro del género policíaco británico. Sus tramas ingeniosas y meticulosas, y las sutiles y agudas descripciones de sus personajes le han valido los más importantes premios: el Edgar, la Daga de oro y la Daga de plata, en varias ocasiones, y el Arts Council National Book Award.

Ha publicado también dos novelas, «El largo verano» e «Inocencia singular», con el seudónimo de Barbara Vine, con las que ha obtenido un enorme éxito en Gran Bretaña.

Notas

[¹] En inglés *Kidd's kits for kids*, literalmente «Juguetes Kidds para los niños», aliteración intraducible (*N. de la T.*). <<